





John E. Muller

URANIUM 235

ANDREU



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



John E. Muller

URANIUM 235

Título original: *Uranium 235*
John E. Muller, 1962

URANIUM 235

CAPITULO PRIMERO
ROSCO CAWDOR

El hombre situado delante de la mesa miraba a sus entrevistadores con una expresión bastante semejante a la de un apasionado hereje delante de la Inquisición. De hecho estaba tratando de conseguir un trabajo de investigación en «Aleaciones Atómicas Amalgamadas». Acababa de entrar en la habitación. A la izquierda de la mesa —es decir, a *su izquierda*— estaba sentado un caballero, frente al cual había una pequeña tarjeta, brillantemente impresa, en la que podía leerse:

«Jefe de Personal, Vance De Vere».

Mr. De Vere ofrecía un aspecto sutilmente presumido, con los cabellos rizados que le caían sobre la frente, cuyo peso parecía aumentar con el paso de los años. De ojos negros, centelleantes, de rostro más bien colorado, debido particularmente a la excesiva indulgencia que sentía por el alcohol y la nicotina, y un enorme bigote. Se parecía en mucho al tipo clásico que ha pertenecido a la R.A.F. Pertenecía a un tipo determinado, a una época manifiesta. Pertenecía al Ejército del Aire de una época que había entrado ya en la historia. El «héroe» había degenerado en cierto modo, pero había aún mucho por decir sobre Vance De Vere. Era todavía cortés, alegre y audaz, y siendo como era, justificaba ampliamente el empleo que ocupaba de jefe de personal, porque sabía comprender a los demás hombres.

En el centro, como si ocupara simbólicamente el lugar de mayor importancia, se sentaba el coronel Bellamy Carstairs-Tuttle. Se describía a sí mismo ante aquellos que no le conocían como el «Sahib» de seguridad de las «Aleaciones Atómicas» —ya conocen el lugar, un gran lugar—. Le gustaba pensar de sí mismo como el gran hombre en el Gran Lugar. Hacía chasquear el látigo de seguridad e incluso, los científicos y técnicos brincaban. Tenía una disposición irascible y colérica. Sus ojos eran fieros y en cierto modo encarnizados. Miraban fijamente desde su cabeza como dos canicas, duras, brillantes, con las cuales tan aficionados juegan los chicos. Llevaba un traje de color mostaza y masturzo con larga chaqueta y una corbata de lazo de color amarillo llamativo que se ave-nía con su tipo amostazado. Era una mezcla de tipo de «sahib legítimo», tipo hípico y tipo de hierro, de «alta seguridad». La mezcla era compuesta por partes estrictamente iguales.

El tercer miembro del Tribunal era un científico.

Se llamaba Dr. Percy Ponsonby y a pesar de este tratamiento,

podía reclamar más letras tras su nombre que eso. Era doctor en esto y aquello. Profesor de esto y esotro. Había escrito aquello y publicado artículos sobre esto y aquello. Ni siquiera existía apenas la más remota sociedad que tuviera alguna conexión con físicos con quienes no hubiera disertado y ante los cuales no estuviera ampliamente acreditado. Un hombre con una gran idea de su propia estimación e importancia que sería casi imposible encontrar en cualquier otro lugar de la tierra.

Así eran los miembros del jurado que se sentaban ahora para decidir sobre la solicitud que les había sido presentada por un hombre que decía llamarse Rosco Cawdor.

Rosco medía unos cinco pies, once pulgadas.

Sus hombros no eran estrechos, ni extraordinariamente anchos. Las medidas de su pecho podían oscilar entre treinta y cinco, treinta y ocho o quizás, incluso, cuarenta, totalmente dilatado. No era grueso ni delgado, ni de constitución esbelta ni maciza. Era un hombre corriente, un hombre de tipo ciertamente vulgar. No poseía rasgos que le distinguieran, ninguna peculiaridad. Su cabello tenía un tono más bien indescriptible, vestía de una manera igualmente rara. Sus ojos podían ser grises o castaños, posiblemente castaños, tal vez una especie de gris negro moteado; era como si tuvieran el poder de cambiar de color cuando alguien los observaba. Sus brazos, dentro del traje adecuado a su hechura, estaban bien proporcionados, sin ser particularmente musculosos. Las manos poseían la longitud y gracia que normalmente se asocia con las manos de un gran músico o un artífice principal en cualquier ramo, delicadas y sin embargo, al mismo tiempo, manos poderosas.

Su rostro era más bien lleno y redondo, como si hubiera sido moldeado. De cualquier forma no tenía un contorno agudamente definido. Era un rostro muy corriente, muy mundano, ciertamente vulgar.

Los tres miembros del tribunal de colocación le estaban mirando con cierto aire que no distaba mucho de lo que podríamos llamar hostilidad.

Ponsonby estaba pensando:

«Parece un tipo indescriptible, que no estaría en consonancia con el tono del lugar... Rosco Cawdor no puede colocarse. No es de mi época, no puede haber sido notable en ninguna parte, tal vez acudió a cualquier universidad menor. No creo que nos quedemos con él, rebajaría el tono del lugar. Demasiado ordinario.»

El coronel estaba leyendo la solicitud; había una serie de cosas que

no le gustaban de lo que venía escrito en dicha solicitud. El de mandante no tenía parientes ni amigos, ni parientes próximos siquiera. Poseía tan sólo las más ligeras pruebas, y la mayoría de ellas circunstanciales, como por ejemplo de dónde venía. Naturalmente exhibía un certificado de nacimiento, pero los certificados de nacimiento, pueden ser «arreglados» con mucha facilidad, las inscripciones pueden ser alteradas u olvidadas, siempre que haya dinero de por medio. Un certificado de nacimiento como única prueba de identidad, no es suficiente. La identidad de un muerto puede ser siempre arrebatada, si el hombre fallece en cualquier lugar lejano. El coronel de Seguridad sabía todo esto y sabía que había ciento y una maneras de poder falsificar un papel que probara la identidad de Rosco Cawdor, que tal vez, quizás posiblemente, era falsa.

El hombre que en otros tiempos debió pertenecer a la R. A. F. le observaba, y no parecía gustarle particularmente lo que veía. No había nada sobresaliente, ni llamativo en aquel hombre. Iba vestido sencillamente. Permanecía de pie de forma apacible, no gesticulaba al hablar. En cierto modo parecía un impasible, y sin embargo… *y sin embargo* —pensaba el mostachoso De Vere—, podía haber algo en aquel tipo. Tal vez era uno de esos individuos fuertes, silenciosos; tal vez debieran darle una oportunidad. Los jefes de personal escogían usualmente aquella línea de campaña, porque poseían una innata simpatía humana. Podían ver lo que pudiera haber de bueno o malo donde algunos otros miembros del tribunal no lo veían. Preguntándose qué importancia tendría, Vance De Vere, no estaba muy esperanzado en que míster Rosco Cawdor consiguiera la posición solicitada.

Pero De Vere sentía un ligero ramalazo de simpatía, que trataba de tender una tregua en favor del recién llegado, como instándole a dejarse llevar por su intuición, como diciéndole que si había alguna cosa buena de aquel, debía darle la oportunidad de descubrirlo. ¿Pero cómo?

El tribunal había formulado una serie de preguntas pertinentes y ahora estaban a punto de solicitar a Cawdor, se retirara unos momentos mientras ellos tomaban una decisión, y luego sería llamado de nuevo para informarle de dicha decisión.

Tenía que ser ahora o nunca, pensó De Vere, si quería hacer algo en favor de Cawdor. Se giró rápidamente hacia el coronel de Seguridad y le susurró algo a Ponsonby.

—¿Por qué no le formulamos alguna preguntilla de tipo científico, para comprobar, si en efecto vale?

—No creo que sea el hombre que necesitamos en absoluto —opinó

Ponsonby.

De Vere sabía la manera exacta de tratar a Ponsonby.

—Usted es uno de los hombres más expertos en su especialidad de todo el país. Si accede a su desafío puede tratarse de un individuo ciertamente bueno.

—Hombre, visto de esta manera... —dijo Ponsonby.

De Vere casi podía ver la satisfacción que aquél sentía al ser alabado.

—De acuerdo, pues.

—No me gusta ese tipo —susurró el coronel—. Y aun suponiendo que fuera el mejor científico del país, seguiría dudando si deberíamos emplearlo o no.

—He decidido darle una oportunidad —declaró Ponsonby—. Puede dejar el juego de seguridad hasta luego, si es que no está de acuerdo con nuestra decisión. No he dicho que vaya a aceptarlo, sino que sólo voy a concederle una *prueba.*

—No es idea suya —protestó el coronel—. Eso es cosa de De Vere; De Vere sería capaz de conceder una oportunidad al mismísimo diablo.

—No sigo ciegamente las sugerencias de De Vere, a menos que estén en consonancia con lo que yo estoy pensando —rezongó Ponsonby, secamente—. Tenga la amabilidad, querido coronel, de dedicar sus cuidados a su propio campo en esta entrevista permitiéndome a mí cuidar de lo mío.

Rezongando entre dientes volvieron su atención al sujeto de la entrevista.

—Voy a formularle algunas preguntas, buen hombre —anunció Ponsonby—. ¿Le importa someterse a un examen oral de tipo científico? Como es de suponer no hemos llegado, por el momento, a ninguna decisión. Tomaremos notas de sus respuestas, y esas notas serán luego dis-cutidas en pro o en contra de su empleo. Pero será mucho mejor para todos, si es que desea ciertamente conseguir un empleo en Amalgamadas, responder adecuadamente a las preguntas que se le formulen. Algunas serán de tipo general, otras más directas. Por ejemplo, ¿qué significa la palabra «átomo» para usted?

La boca de Cawdor se curvó en lo que bien podía llamarse sonrisa fantasmal.

—Significa mucho —respondió muy despacio.

CAPITULO II
EL EXAMEN

—Significa mucho..., veamos, procuraré ser tan lógico como pueda..., si la palabra es em-pleada en química en su sentido más corriente, entonces diría que debe referirse al mínimo total de cualquier sustancia química elemental que sea capaz de existir por sí misma o combinada con iguales partículas de elementos iguales o distintos.

—Muy bueno —comentó Percy—. Muy bueno—, estupendo. Ahora dígame, ¿sabe la etimología de la palabra?

—Viene del griego, y el original en griego significa «aquello que no puede ser dividido» o que es «indivisible».

—¿Por qué insinúa que esa definición ya no es actualmente aceptable?

—Existe una teoría original que dice que el átomo es la última partícula que ya no puede ser dividida —respondió Rosco Cawdor—. Esta teoría, naturalmente, ha sido demostrado que no era cierta.

—¿Qué antigüedad tiene la teoría atómica?

—Eso depende —respondió Cawdor— de si se refiere usted a la teoría atómica moderna o a la teoría atómica antigua. Una *clase* de teoría atómica es conocida desde los remotos tiempos de Empedicles, que vivió desde el año 489 al 431 A. C. Luego Demócrito, que vivió desde 462 al 364 A. C., también tuvo algunas ideas sobre el particular. Según Aristóteles, que vivió desde 384 al 322 A. C., la teoría fue adelantada en un principio por Leucippo...

—¿Está *seguro* de esto? —preguntó Percy Ponsonby, con algo que bien podría tomarse por un destello de triunfo en sus ojos.

—Oh, la existencia de Leucippo, como personaje histórico, fue naturalmente negada por Epicurus, que vivió desde 341 al 270 A. C.

—Veo que sabe usted la historia de Grecia —concedió el doctor, mientras ofrecía un aspecto ligeramente defraudado—. Dígame algo más sobre el tema «átomo» de los griegos, pues.

—Bien, las teorías de los romanos y de los griegos, y al decir romanos me refiero a Lucrecio —dijo Rosco Cawdor—, eran más bien *filosóficas* que *científicas.*

—¿Podría ser un poco más *específico,* por favor? —rogó Ponsonby.

—Quiero decir con esta observación —indicó Rosco Cawdor— que aquellos que presentaban y proponían las teorías atómicas clásicas, no las proponían tras pruebas científicas, puesto que eran incapaces de demostrarlas mediante pruebas científicas. Y para ser más claro,

caballeros, la que significa «átomo» para ellos, no significa «átomo» para nosotros. Una identidad del átomo clásico con el moderno átomo científico, es más bien una identidad aparente, una identidad superficial.

—¿Considera usted en su opinión —preguntó .Ponsonby— que la teoría clásica del átomo juega algún papel, *alguno,* en cualquier sentido, en el desarrollo o en la ayuda del desarrollo de la teoría atómica científica moderna?

—Mi opinión —replicó Cawdor— es que la teoría atómica clásica no tiene nada que ver, ni ha servido de ayuda, base o fundamento o apoyo a la actual teoría atómica científica. No puedo ser demasiado enfático sobre este punto.

—Comprendo. Bien, bien. —El doctor se paseaba arriba y abajo—. Dígame —dijo—. ¿Cuál era la teoría de Dalton?

—Dalton —repuso Cawdor— como los filósofos griegos antes que él, daba por sentado que las sustancias materiales, estaban compuestas por partículas diminutas, muy diminutas y absolutamente indestructibles, y él, también, les dio el nombre de «átomos».

—¿En qué difería su teoría con la de los antiguos griegos? —preguntó Ponsonby.

—Difería —repuso Cawdor— en que él asignaba al átomo algunas propiedades muy significantes físicamente. Su teoría podía ser explicada, y además, era capaz de estar de acuerdo con los resultados de verdaderos experimentos prácticos. —Hizo una pausa mientras pensaba—. Incluso me atrevería a decir que sus experimentos introdujeron predicciones sobre los resultados de posteriores experimentos.

—¿Podría darnos algunos de los postulados de Dalton? —inquirió Ponsonby.

—Podría hacerlo en términos modernos, empleando palabras científicas modernas —dijo Rosco Cawdor—. No podría hacerlo con las mismas palabras que debió emplear Dalton... En primer lugar, todos los átomos de cada elemento son perfectamente iguales en todos los aspectos. Lo más importante de todo, es que sus pesos son exactamente iguales. El caso opuesto es también cierto, el inverso natural, podríamos decir. Los átomos de elementos diferentes deben, de necesidad, poseer diferentes propiedades y de acuerdo con la pura inversión, es mucho más claro e importante con relación a sus pesos.

—Díganos qué pensaba Dalton acerca de combinaciones y elementos —dijo Ponsonby.

—Bien... —Cawdor vaciló un segundo—. De nuevo mi fraseología

no estará de acuerdo con la de Dalton, puesto que yo me expresaré en términos modernos, pero espero poder ajustarme bastante a su idea original, para poder satisfacer a esta entendida asamblea.

¿Había cierto sarcasmo en sus palabras? —se preguntó el coronel —. Tal vez estaba imaginándoselo él... debía reconocer que aquel tipo sabía por dónde andaba, qué conocía su ciencia, pero cuál era su *origen*? Ese era el problema... ¿cuál era su *origen*"? No me gustan los tipos sin origen, pensaba el coronel, ¿Tal vez un ruso? Horrible idea.

El coronel interrumpió el tren de sus pensamientos para escuchar de nuevo al doctor Percy Ponsonby mientras formulaba nuevas preguntas.

—Una combinación, se diferencia de un elemento porque está formada de moléculas —explicó Rosco Cawdor— y una molécula de cualquier combinación dada debe por consiguiente componerse de un número muy definido de átomos de cada uno de los elementos presentes.

—¿Tendría la amabilidad de repetírnoslo, de expresar más *claramente*?

—Lo intentaré —dijo Rosco Cawdor, pacientemente—. Tomemos cualquier combina- dada, que debe estar compuesta, no de átomos, sino de moléculas. Está compuesta de átomos, naturalmente, básicamente, pero es a las moléculas, lo que nos interesa. Cada molécula de nuestra combinación dada está formada por un número fijo e invariable de átomos, que provienen de varios números de átomos presentes en la molécula. De la misma manera que los átomos de un elemento son iguales en todos los aspectos, así las moléculas de la misma combinación deben ser naturalmente iguales. Lo que es más, tenemos una inversión paralela: si todas las moléculas de la *misma combinación* son exactamente *iguales,* las moléculas de *combinaciones diferentes,* deben ser definitivamente *diferentes.* Fue Dalton quien lanzó la idea de que la reacción química no es ni más ni menos que una redistribución de átomos. Las moléculas que estaban empezando a separarse, y aunque al final rayan las mismas clases y los mismos números de átomos, se habrán recombinado en nuevas moléculas. Mientras se efectúa este proceso, ninguno de los átomos con los cuales hemos empezado el experimento se habrá perdido, y tampoco se habrá creado ni un solo átomo.

—Sí. Pero; naturalmente. Seguimos todavía en simple materia, más bien, ¿no cree? —dijo el doctor Percy Ponsonby—. ¿Podría decirme qué leyes químicas importantes definió Dalton al respecto?

—Oh, sí. La primera fue la ley de proporciones definidas...

—¿Y qué es la ley de proporciones definidas? —interrumpió Percy.

—La ley de proporciones definidas —dijo Rosco Cawdor con un suspiro— es que cada sustancia contiene proporciones relativas de peso de todos los elementos presentes, que son constantes e independientes del origen de la pasada historia de la sustancia.

—¿Podría darme un ejemplo?

—El agua pura puede ser analizada dando un 11,2 por ciento de hidrógeno y un 88,8 por ciento de oxígeno; es decir: 11,2 por ciento y 88.8 por ciento, por el peso nos dará una proporción de 11,2:88,8, y no importa de dónde obtenga la muestra de agua pura, siempre se obtendrá la misma proporción.

—Comprendo. Bien. Muy bien —dijo el doctor.

—La segunda ley es la de las proporciones múltiples. —Rosco Cawdor estaba hablando sin poder ocultar por completo cierto tono resignado en su voz, como si encontrara todo aquello aburridamente simple—. En su forma más directa y elemental —decía Rosco—, la ley de las proporciones múltiples, expresa que en el resultado de más de una combinación que ha sido hecha de un par de elementos dados, a los que llamaremos X e Y, entonces el peso de X que combina con el peso dado de Y, en varias combinaciones están en proporción de pequeños enteros.

—¿Puede darnos un ejemplo de lo que ha dicho? —preguntó el doctor Percy Ponsonby.

—Sí, puedo darles un ejemplo —la voz de Cawdor sonaba definitivamente resignada ya, como si fuera un universitario graduado en literatura al que preguntaran durante la parte final de su examen, si estaba familiarizado con los trabajos de Chaucer. O si Harplet había siglo escrito por William Shakespeare o por Carlos Dickens. Estaba respondiendo como un hombre muy paciente que encontraba aquellas preguntas algo así como un insulto a su inteligencia.

CAPITULO III
RUEDA DE PREGUNTAS

—Me piden les exponga un ejemplo con el cual pueda demostrar la ley de proporción múltiple —la resignación era ahora bien manifiesta en la voz de Cawdor. No había pasado totalmente desapercibida a los tres hombres que le estaban entrevistando—. Hay dos combinaciones que pueden ser hechas mezclando oxígeno y hierro. Son conocidas respectivamente por óxido *ferroso* y por óxido *férrico.* Los pesos del hierro que combinan con un gramo de oxígeno son, respectivamente, de 3,49 gramos en el óxido ferroso, y de 2,33 gramos en el óxido férrico. Están en una proporción de 3:2. No creo necesario indicar —prosiguió Cawdor, fijando en sus tres inquisidores unos ojos de halcón que en cierto modo no estaban en consonancia con la suave y dúctil vulgaridad de su apariencia—, que esto es un simple corolario de la teoría ató-mica.

—Quizás tuviera usted la amabilidad de responder algunas preguntas más —insistió Ponsonby, que no estaba todavía satisfecho —. ¿Qué entiende usted por pesos atómicos?

—Bien, naturalmente, ningún método químico haría posible la obtención del peso de un solo átomo. Es posible, sin embargo, llegar al peso *relativo.* Este puede obtenerse mediante la teoría atómica.

—¿Podría ampliar un poco esta explicación? —la voz de Percy Ponsonby comenzaba a ser monótona. Seguía y seguía como un cárcavo incansable.

—Sí. Puedo darle también ejemplos de esto. Retrocedamos de nuevo a Dalton —dijo Rosco Cawdor—. Dalton señalaba que puesto que el peso del oxígeno de un total dado de agua, es rígidamente ocho veces superior al peso del hidrógeno de una cantidad igual de agua, los pesos del hidrógeno y del Oxígeno de una molécula simple, deberán ser también aproximadamente en proporción de ocho a uno.

—¿Puede usted referirnos algunos otros datos que puedan darnos alguna idea de lo que sabemos en realidad acerca de Dalton y de sus métodos?

—Sí, puedo hacerlo —respondió Cawdor—, pues estoy muy familiarizado, no sólo con la química y física, sino también con la historia de los grandes químicos y físicos. Estoy familiarizado con las notas que se han tomado de sus experimentos. Ningún hombre es completamente infalible, y aleamos análisis defectuosos fueron hechos en algún lugar por alguien. Por esta razón Dalton sugirió la idea de que la proporción no es de 8:1, sino 7:1. Sea como fuere, esto ha sido

posteriormente puesto en orden.

—¿Qué se prueba con esto? —siguió el doctor Percy Ponsonby.

—Pues, yo diría que como consecuencia de lo anteriormente dicho —respondió Cawdor, de nuevo con la misma paciente resignación— que si el número de átomos de oxígeno en una molécula de agua, es el mismo que el número de átomos de hidrógeno, entonces un átomo de oxígeno, es rudamente ocho veces más pesado que un átomo de hidrógeno. Verá, debemos tener en cuenta que se carecía de una serie de datos, y Dalton estaba bajo la impresión de que la molécula de agua estaba formada por *un* átomo de hidrógeno y uno de oxígeno. Fue entonces, sin lugar a dudas, que llegó a la conclusión de que la proporción del peso del oxígeno y el hidrógeno, era de 8:1.

—¿Qué ha sucedido desde la época de Dalton?

—Bien, desde el siglo diecinueve —dijo Rosco Cawdor, que parecía a juzgar por el tono de su voz que estaba empezando a perder la paciencia—, desde mediados del siglo XIX, se ha considerado que una molécula de agua contiene *dos* átomos de hidrógeno y *uno* de oxígeno. El átomo de hidrógeno, por consiguiente no pesa *una octava parte* del átomo de oxígeno, sino que sólo pesa *una dieciseisava parte* de un átomo de oxígeno.

—¿De qué manera afecta la existencia de isótopos a lo que acaba de decir? —inquirió Percy Ponsonby, más bien agriamente. Su pomposidad estaba haciéndose insoportable.

—Pues, la existencia de los isótopos —respondió Rosco Cawdor, significa que cuando hablamos del peso de los átomos, nos referimos al peso medio.

—Bien. Bien —dijo Ponsonby, frotándose las manos como si se sintiera complacido—. Pasemos a otra cosa. ¿Qué puede decirme de la combinación metano, por ejemplo?

—El metano tiene un peso molecular de dieciséis. Contiene un 75 por ciento de carbono y un 25 por ciento de hidrógeno. No contiene cloro.

—¿Qué puede decimos del tetracloruro carbónico? —preguntó Ponsonby.

—El tetracloruro carbónico tiene un peso molecular de 154 —respondió Rosco—. Contiene un 7,8 por ciento de carbono, nada de hidrógeno, y 92,2 por ciento de cloro.

—Comprendo. Comprendo. Hmmm. Hmmm. Sí. —Por un momento pareció que el doctor Ponsonby estaba repasando algo mentalmente—. ¿Qué sabe acerca de la estructura atómica? —preguntó a continuación—. ¿Qué podría decirnos sobre este tema, en

pocas palabras?

—Si este es su deseo puedo hacerlo —dijo Cawdor. Su voz sonaba ahora decididamente sarcástica—. Varios descubrimientos experimentales importantes se llevaron a cabo durante los fines del siglo diecinueve, y el resultado de tales descubrimientos nos hacen darnos cuenta de que el átomo no es una cantidad indivisible en absoluto, sino una congregación, un conglomerado de partículas separadas. Uno de estos experimentos que ahora recuerdo fue el actuado mediante descargas eléctricas en gases rarificados. Los rayos catódicos guiaron al descubrimiento de pequeñas partículas de carga negativa.

—¿Qué es la masa de esas partículas? —preguntó Ponsonby, súbitamente.

—Se descubrió que la masa era alrededor de unas dos mil veces tan pequeña como la masa del átomo más ligero, es decir el átomo del hidrógeno.

—¿Puede usted decirme otra manera de poder referirnos a esas diminutas partículas… hay algún nombre para ellas?

—¡Naturalmente! —respondió Cawdor—. Normalmente —nos referimos a ellas como átomos de electricidad negativa. Esa fue la opinión del gran Johnstone-Stoney, quien los llamó «electrones». J. J. Thomson y otros muchos, proporcionaron pruebas convincentes de que en cada átomo hay electrones. Y esto ha significado un gran adelanto en el conocimiento humano, al tener en cuenta la interrelación entre la radiación y la materia.

—¿Cómo considera usted los electrones? —preguntó Ponsonby.

—Considero que los electrones vibran en torno a las posiciones de equilibrio estable dentro del átomo, por lo menos. Lo expongo así más bien como simple imagen, para explicar el origen de las líneas espectrales.

—¿Sabe usted quién fue —preguntó de nuevo el doctor— el que descubrió el efecto de los campos magnéticos sobre las líneas espectrales?

—Por lo que yo sé —repuso Cawdor, con la voz ligeramente alterada por la cólera que sen-tía— fue Zeeman.

—¿Puede nombrarme otro gran científico que demostró el principio de Zeeman?

—Sí. H. A. Lorentz —replicó Rosco Cawdor.

—¿De cuánta masa atómica es responsable el núcleo? —fue la siguiente pregunta.

—El núcleo es responsable, prácticamente, de toda la masa

atómica —replicó el supuesto investigador.

El doctor movía la cabeza.

—¿Podría decirme algo acerca de la teoría de los *quanta*? —preguntó súbitamente Ponsonby.

—Sí. Naturalmente que puedo. Tal vez pueda convencerle de que puedo entender la teoría de los *quanta* citando una fórmula importante.

La potencia que tiene un átomo para emitir y absorber radiación, está controlada por el principio de que la radiación asociada debe ser monocromática y transitoria, así como de frecuencia V. Ahora puedo darle la fórmula:

$$hv = E_1 - E_2$$

—¿Qué representa «h» en esa ecuación? —preguntó Ponsonby.

—En esta ecuación «h» representa la constante de Planck.

—¿Qué son E_1 y E_2? —preguntó de nuevo el doctor.

—E_1 y E_2 son la energía de los dos estados estacionarios concernientes —replicó Rosco Cawdor.

—Sí. Creo que con esto tendremos ya la teoría de los *quanta* —dijo el doctor.

El tribunal permaneció silencioso unos momentos.

—Opino que hemos formulado una serie de preguntas ciertamente interesantes, pero desearía todavía formularle una más... la teoría básica, la teoría de la equivalencia, de Einstein; ¿podría ser tan amable de darme una explicación de esa teoría?

Ponsonby había ido perdiendo algo de su desagradable fatuidad, siendo cada vez más cortés.

—Sí, desde luego —respondió Cawdor.

Su misma voz había abandonado todo rastró de enojo. Sabía que, al responder a las preguntas dadas tan rápidamente, aunque debía reconocer que no habían sido lo difíciles que él esperaba, había hecho caer la balanza de la opinión del Tribunal en su favor. Pero así y todo había sido una cosa tramposa. Recordaba un tal almirante Byng que, estando seguro de estar libre, fue sin embargo, muerto a tiros.

—La teoría de Einstein sobre la equivalencia estipula que E=mc\ «E» es la energía en ergios, «m» representa la masa en gramos, y «c», la velocidad de la luz en centímetros por segundo. Debido al hecho que la velocidad de la luz es enorme, esta ecuación significa que una cantidad muy pequeña de materia se convierte en una gran cantidad de energía. —Se detuvo pensativamente—. Una libra de masa —si

pudiera ser convertida totalmente a energía—, se convertiría en veinticinco mil millones de kilovatios-hora, de energía. —Hizo una pausa—. Es un total desconcertante, caballeros. Tanto, que estoy seguro de que estarán de acuerdo conmigo cuando les diga que es un total igual a toda la fuerza eléctrica generada en los Estados Unidos de América durante dos meses. Por con-traste, la combustión de un kilogramo de carbón produce sólo 8,5 kilovatios hora de energía, Sé que mis datos son correctos. Provienen de un fundamento muy fidedigno naturalmente, un fundamento que es el punto de referencia central de todo científico y de cada experto en arte y literatura.

—Sí, ya lo sé —estuvo de acuerdo el doctor Ponsonby—. Si tuviera la amabilidad de retirarse ahora a la otra habitación, Mr. Cawdor, mis colegas y yo trataremos de su petición y una vez hecha la decisión le mandaremos llamar, deseando hacerlo lo antes posible.

CAPITULO IV
LA DECISION

No me gusta el aspecto de ese individuo, no, señor —decía el coronel Carstairs-Tuttle—, ese hombre es un *boundah,* ¡un absoluto *boundah*! Cuando estuve de subalterno en la India, a los tipos semejantes a él no los querían dentro de cien yardas, ni siquiera dentro de cien millas de cualquier tipo de instalación militar. Ni siquiera le dejarían acercarse a una distancia visible de una hilera de espino artificial. Ni siquiera le dejarían inspeccionar las herraduras de los caballos del regimiento. ¡Por San Jorge! Es un espía del Telón de Acero, o un espía del Telón de Bambú, con ese rostro que tiene. ¡No me atrevo a decir ni la mitad de lo que quiero decir! Ni siquiera en esta sala privada. No puedo expresarlo en palabras..., pero hay algo en ese individuo que no me gusta. ¡Elevo las más fuertes objeciones posibles en pro de la seguridad!

—Bien, y ¿usted qué opina? —preguntó el doctor Percy Ponsonby, girándose hacia Vance De Vere.

—Estaba muy ansioso durante toda la entrevista esperando que se le concediera a este individuo una oportunidad que nos demostrara de qué materia estaba hecho. Para comprobar si era un científico en el amplio sentido de la palabra, o si era uno de esos obstinados especialistas que uno encuentra desgraciadamente en todos los campos. Un especialista que se ha hecho tan brillante dentro del estrecho campo suyo, que ha olvidado los amplios principios de la investigación científica y el conocimiento científico básico.

«Las preguntas que usted le ha formulado, Ponsonby, eran en definitiva de un tipo elemental para un científico de su calidad. Pero eran preguntas amplias que cubrían un área ciertamente amplia —dijo De Vere.

—Hay una cosa de la que me gustaría estar más seguro todavía —dijo Ponsonby—. Ahora que usted ha dicho todo esto, De Vere, viejo amigo, quisiera saber cuán amplio, podríamos decir, es su conocimiento científico *general.* Más bien le he hecho preguntas de nuestro propio campo atómico. Creo que lo mejor sería ampliar un poco más el cuestionario. Tendremos que hacerle venir otra vez antes de tomar una decisión, ¿qué les parece?

El jefe de personal movió la cabeza.

—Buena idea, Percy —convino—. ¡Muy buena idea!

Ponsonby pulsó el timbre y Rosco Cawdor entró de nuevo en la habitación.

—Todavía no hemos llegado a una decisión final. Como puede usted suponer, Mr. Cawdor —dijo Ponsonby, pomposamente de nuevo —, es de vital importancia para las Aleaciones Atómicas Amalgamadas, emplear tan sólo a hombres de quienes estemos absolutamente seguros. No quiero que piense que este examen tan largo a que le sometemos sea una cosa especial para usted. Debemos tomar el tiempo éste, en cada caso particular, y sólo después de un extenso examen de cada candidato, podemos posiblemente tomar una decisión que pueda ser adecuada. Las plazas que hay vacantes aquí son de importancia altísima dentro del ámbito nacional e incluso, me atrevería a decir, internacional. Comprenda, pues, que no podemos permitimos el lujo, en la carrera tecnológica moderna, de fallar al emplear a un técnico de investigación de primera clase, ni aventurarnos a dar una de estas valiosas plazas a cualquiera que no sea el mejor. Muchos solicitantes han sido rechazados, debo añadir —dijo Ponsonby— a pesar de haber conseguido resultados ciertamente altos. No deseamos perder otro hallazgo valioso...

Estaba haciendo todo cuanto podía por aparecer amable, si bien no salió por entero victorioso en su cometido. Rosco Cawdor sonreía con aquel rostro suyo de rasgos tan corrientes, tan carente de expresión. Era la clase de rostro que uno ve en un cartelón que dice: «Mr. Promedio» hace esto, y esto. Era como el rostro de una unidad estadística más bien, que el rostro de un ser humano. Estaba terriblemente proporcionado, como si hubiera sido hecho mediante un molde en lugar de a través del proceso biológico normal.

—Me complacerá responder a cuantas preguntas quiera formular —condescendió.

—¡Bien..., bien! Sabía que podíamos contar con su entera cooperación. Vamos a hacer una prueba de amplio vocabulario y de conocimientos generales. Nos agradaría tuviera la amabilidad de responder a algunas preguntas que le formularemos dentro del campo alfabético más amplio, que cubrirá como ya he dicho un campo tremendamente amplio de conocimientos generales.

Adelante —dijo Rosco—. ¿Le importaría que me sentara?

—Por favor, hágalo, Mr. Cawdor —dijo Vance De Vere.

—Ahora empezaremos —dijo Ponsonby, 'observando una lista de preguntas—. Veamos, ¿podría decirnos qué significa la palabra «aardvark» para usted? (especie de armadillo del Sur de Africa).

—El aardvark es un animal, un animal de madriguera, uno de los hormigueros de Africa. Es mamífero, posee fuertes patas delanteras que emplea para cavar y una lengua pegajosa. La palabra viene, según

creo, del holandés o del africander primitivo, estando compuesta de «aarde», que significa tierra, y de «varken», que significa puerco. Me permito llamar su atención al recordarles que una palabra de derivación similar es la «aardwolf» (proteles, especie de hiena del Africa del Sur), que también viene del holandés, y que se trata de un desagradable carnívoro, nocturno, del sur y este de Africa, siendo su principal alimento, las termitas y la carroña. Tiene cierta semejanza con la hiena.

—Excelente, excelente —aprobó Ponsonby—. Ahora vamos con la segunda… abaco.

—Oh, sí. Un antiguo invento de numeración, de bolas en un alambre, que se emplea todavía en algunos países orientales.

—Muy bien…, muy bien —dijo Ponsonby—. Ahora, ¿podría decirnos, por favor, qué asocia usted con la palabra «Abu Simbel»?

—¡Oh, sí! Abu Simbel —repitió Rosco— según mis conocimientos es el lugar de un antiguo templo rocoso, de un número de templos rocosos en la orilla oeste del Nilo. También se conoce por Ipsambul.

—Hmm, cierto, desde luego. Sus conocimientos generales son amplios y extraordinarios. Permítame felicitarle —dijo Percy Ponsonby—. ¿Qué entiende usted por la palabra «acerbidad»?

—Bien, literalmente, diría «acidez» pero ligeramente algo más que eso. Significa acidez, astringencia y amarulencia. Podríamos decir que una fruta verde posee la cualidad de acerbidad. —Rosco Cawdor parecía ligeramente divertido.

—Si yo le dijera que cierto objeto es acidófilo, ¿qué pensaría usted?

—Que se refiere a que el objeto puede ser fácilmente manchado con ácido —dijo Cawdor.

—Correcto. ¿Cuál es el significado del verbo aguzar?

—Aguzar es afilar algo. Podría decir que he aguzado un lápiz. Esta palabra puede emplearse también como adjetivo si digo que un lápiz afilado, es un objeto aguzado.

—¡Cierto! —Ponsonby había sido tomado por sorpresa—. Supongo que no debería decirlo, pero éste es uno de los exámenes más excelentes que hemos efectuado entre los candidatos desde hace mucho tiempo. ¡Permítame que le felicite cordialmente!

—¿Desea formular alguna otra pregunta? —preguntó Cawdor.

—Pues, una o dos, tal vez, una o dos tan sólo. ¡Tiene que haber alguna cosa que usted no sepa!

—Por favor, continúe.

—¿Qué es lo que no funciona como es debido en una persona que

padezca ageustia?

Cawdor pareció meditar unos momentos.

—Diría que padece pérdida de la habilidad de gustar, que no posee el sentido del gusto. A pesar de que no poseo grandes conocimientos en medicina, sé que existen ciertas causas orgánicas que pueden causar esta enfermedad, pero la ageustia se asocia con mucha más frecuencia con ciertos desórdenes mentales, por ejemplo, la *dementia precox.*

—¡Asombroso! —comentó Ponsonby.

Incluso el propio coronel de seguridad le miraba con un poco más de respeto, si bien no por esto se sentía más inclinado que antes en su favor.

—Caballero —dijo Ponsonby, el pomposo Percy Ponsonby, mirando con nuevo respeto al tranquilo e impasible extranjero—, me atrevería a decir que su vocabulario es casi tan completo como el mío…

«Pobre viejo Ponsonby —pensó Vance de Vere—, realmente lo cree así. Es tan idiota que cree que ese es el mayor cumplido que puede hacerme».

Percy estaba atareado pasando hojas de papel de la lista de preguntas.

—¿Qué es un anemometrógrafo?

—Pues, más o menos, lo mismo que un anemógrafo. Esta palabra se emplea particularmente para indicar un aparato que sirve para señalar la fuerza y dirección del viento reinante. Es un invento empleado en meteorología y otras ciencias asociadas. En realidad, señala una línea curva, que procura una indicación automática de la velocidad, fuerza o dirección del viento. Es de origen griego.

—¡Loado sea Dios!

Hubo un silencio en la mesa de los examinadores, un largo y abrumador silencio…

—Si digo que cierta medicina es antifebril, ¿cuál será, según usted, el poder de tal medicina?

—Tendrá el poder de aliviar la fiebre. Será un antipirético —dijo Rosco Cawdor, como quien no quiere.

Percy Ponsonby, estaba tratando de buscar desesperadamente algo, cualquier tontería con la que poder probar la falibilidad del vocabulario del genio que había aparecido ante ellos.

—¿Qué significa para usted la palabra anticlinorio? ¿Qué es un anticlinorio?

Podía haber preguntado qué tiempo hacía, esperando que aquella

palabra estuviera fuera del alcance del conocimiento de aquel hombre.

—Un anticlinorio es un sistema de repliegues paralelos que se presentan en rocas estratificadas. Por lo general, forma un arco y en el conjunto se diría que tiene una estructura anticlinal.

Hubo un silencio, entonces, todavía más largo.

—Bien, creo que deberíamos completar el test, si bien, me parece que ahora ya es puro formulismo, amigo mío. Nos ha asombrado usted, nos ha dejado atónitos, ¡sí, señor! ¿No existe nada sobre lo que no esté completamente informado?

—Como ya le he dicho antes, no soy absolutamente infalible —admitió Rosco.

—¡Me gustaría saberlo! ¿Qué sabe usted acerca de las boyas náuticas?

—Existen seis tipos principales, la boya de barrilete, la boya cónica, la baliza, la campana, la sibilante y aquellas que están provistas de luz de gas.

—Sí... eso creo... —dijo Ponsonby, con voz algo deshinchada—. ¿Qué es un compás de es-pesores, por favor?

—Un instrumento de medida. Consta, por lo general, de dos patas curvas. Mide diámetros. Hay cuatro variedades, de ajuste externo, interno, cuadrado o en rayo, y el graduado. Hay otros, pero los más corrientes son los que he citado.

—¿La palabra calorescencia?

—Calorescencia se emplea para indicar la generación de luz visible de calor invisible. Por ejemplo, si se dirige un foco de rayos infrarrojos sobre una placa delgada de platino, se obtendrá el fenómeno de la calorescencia.

—¡Hay que ver! —murmuró Ponsonby, ciertamente asombrado—. ¿Qué es chebazita?

—Silicato de aluminio y calcio acuoso blanco o rojo vivo, en forma de romboédrico. Esta palabra es también de origen griego y significa piedra preciosa.

—Sí, sí. Veamos la otra pregunta, ¿Qué es un dictógrafo?

De nuevo, hubo una breve pausa antes de que Rosco Cawdor respondiera.

—Un dictógrafo —dijo— es el nombre comercial de un invento empleado en comunicaciones telefónicas, que es capaz de reproducir sonidos hechos a una distancia considerable del transmisor. Tales sonidos son audibles a una distancia correspondiente del receptor. ¿Me he expresado con bastante claridad?

—¡Se expresa excesivamente claro! ¡Excesivamente! —repitió

Percy Ponsonby—. ¿Quién fue Dennis Diderot?

—¡Oh!, un hombre inteligente, francés, contemporizador de una enciclopedia, la mejor, según mi opinión.

—Otra pregunta —dijo el doctor Ponsonby—. ¿Qué es alopatía?

—Es la condición por la que una enfermedad es hostil a otra. Puede significar también la cura de una enfermedad mediante inducción deliberada de otra.

Percy Ponsonby respiraba con dificultad. Vance de Vere y Bellamy Carstairs, estaban mirando con asombro aquel joven fenómeno que tenían delante.

—¿Qué es un eolipile?

—Un eolipile consiste en una marmita en la que dos tubos transportan vapor a un pequeño cilindro giratorio. Fue el primer motor de vapor inventado en Grecia, y que nunca se ha puesto al servicio de la industria, por lo que yo sé.

—¿Podría decirme qué es una escopeta? —preguntó Percy Ponsonby.

—Con el mayor placer —repuso el imperturbable Rosco Cawdor—. Una escopeta es un rifle corto, una carabina.

—¿Qué sabe usted del ojo humano? —dijo el doctor—, ¿Podría describírmelo en breves pa-labras?

—El ojo humano —comenzó Rosco Cawdor—. Puedo hacerle un diagrama de acuerdo con los seis cursos primeros y la escuela per-médica. No puedo ofrecerle nada que suficientemente avanzado para unos estudiantes de cuarto curso de óptica, sino que sólo puedo ofrecerle lo *esencial*...

—¿Será tan amable de hacerlo, pues? —el doctor le ofreció papel y lápiz, y Rosco Cawdor comenzó a dibujar rápidamente. Entregó la hoja de papel.

—Esto es el saco conjuntivo, el párpado superior, el iris, la cámara acuosa, la córnea y el párpado inferior —dijo, mientras iba indicando con la punta del lápiz distintos puntos en el dibujo que había realizado —. Aquí, detrás de la cámara acuosa, está situada, naturalmente, la lente. En la parte superior y al fondo, respectivamente, del mismo óptico, está el músculo recto superior y el músculo recto inferior. Detrás del ojo está la retina, y tras la retina la coroides. Tras la coroides, a su vez, está la esclerótica, y desde aquí hasta la parte posterior de la retina, está el nervio óptico. El diagrama que he dibujado, naturalmente es de una sección del ojo...

—Sí, ya veo... —murmuró Ponsonby comparando el diagrama con la respuesta del papel—. Veo que está bastante versado con los

aspectos médicos, a pesar de su modestia. ¿Podría decirme algo sobre el «ángulo facial»?

—¡Oh!, es el ángulo que subtiende entre la línea que representa la altura del rostro y el eje del cráneo tomado desde el borde del incisivo central a este punto de aquí —indicó un punto en su propio rostro— que es el punto auricular. —Tocó precisamente encima del puente de la nariz. Esto es la glabella —dijo abriendo la boca y mostrando unos dientes perfectos, tocándose los incisivos centrales— este es el punto del ángulo, el borde de los incisivos centrales. El punto auricular ya lo he indicado. Si ahora trazo una línea imaginaria desde mi glabella, por encima de mi nariz al punto de mis dientes y trazo un ángulo que sería aproximadamente de unos ochenta grados desde este punto a mi punto auricular, con lo que demostraría mi ángulo facial.

—Sí, muy bien —dijo Ponsonby, suspirando resignadamente—. Sólo quedan dos preguntas más… ¿si una cosa es fugaz…?

—Si una cosa es fugaz —le interrumpió Rosco Cawdor— significa que es volátil, que tiene una tendencia fugitiva, que es transitoria, que no es permanente. El segundo significado de la palabra fugaz, que es naturalmente, adjetivo, significa una cosa que cae muy pronto. Podemos pensar, por ejemplo, en una flor… los pétalos de una amapola podrían ser llamados fugaces. La palabra viene del latín *fugax*, que significa volar, huir, escapar.

—Mi última pregunta —dijo Ponsonby— ¿podría darme, por favor, la definición del sig-nificado de la palabra «hamadriade»?

—Hamadriade…, sí, naturalmente —respondió Cawdor—, en la mitología griega, significa ninfa del bosque; puesto que la mitología dice que las ninfas vivían y morían en el árbol que habitaban. Significa también rey cobra, ya que es conocido también por hamadriade. La derivación de la palabra es de origen griego, harria, que significa juntos y drys, árbol.

—Con esto concluye mi interrogatorio —dijo Percy Ponsonby—. ¿Alguno de ustedes desea formular alguna pregunta?

—Pues, simplemente como formulismo —dijo el coronel, mirando el cuestionario— ¿qué entiende por la palabra «guarida»?

—¡Oh!, esto es un modo vulgar de expresarse. Diría que significa albergue.

—Y estaría en lo cierto —dijo el coronel, cuya actitud hacia Rosco Cawdor no era ni más amistosa ni cordial, pero sí algo *menos hostil* que en principio.

Vance de Veré, que en otros tiempos estuvo en la R.A.F., estaba repasando la lista.

—Eso es —dijo—. ¿Qué significa heterocerco?

No hubo ni un segundo de pausa.

—Heterocerco indica que la aleta caudal de un pez es desigual, y su condición es producida por una extensión hacia arriba de la columna vertical que resulta del alargamiento de los lóbulos. Puede verse en los tiburones, esturiones y en otros de esa especie.

—He terminado, gracias —dijo el de la R.A.F.—. ¿Nos retiramos, caballeros?

—Pues —dijo Ponsonby— ¿sería usted tan amable de salir hasta que le llamemos de nuevo?

—No faltaría más —repuso Rosco Cawdor, y en su rostro tan extrañamente corriente, había tan sólo una sombra de sonrisa, cuando abandonó la habitación.

—Sí, sí —dijo Percy Ponsonby, de nuevo, y en cada monosílaba había una gran riqueza de significado. Era un monosílabo sobrecargado.

—¿Consigue el empleo? —preguntó Vance de Vere.

Era una pregunta innecesaria, una pregunta retórica. Era como preguntar si Solimán el Magnífico, fue mejor dirigente que Ethelred el Lento; como preguntar a un escolar de primer año si consideraba al Rey Juan o al Rey Ricardo, los monarcas más admirables. Como preguntarle qué preferiría, si ser el sheriff de Nottingham o Robín de los Bosques, como héroe romántico…

—Yo sigo levantando objeciones en pro de la seguridad, pero no estoy preparado para negar la aprobación de la solicitud —dijo el coronel Bellamy Carstairs, murmurando un «hhhrrrmmmppphhh», muy ceñudamente.

—Yo me siento fuertemente inclinado en favor de ese individuo —dijo Vance de Vere, ex miembro de la R.A.F.—. ¡Posee un cerebro excepcional!

—¡Oh! Un voto neutral y un voto a su favor —dijo Ponsonby— lo cual obliga a tomar una decisión. Si voto en favor obtiene lo que solicita, si voto en contra, lo pierde todo. Pero me siento reacio a votar en contra, Siento, como usted, que difícilmente podríamos encontrar un hombre de su habilidad. *Debe ser aceptado.*

CAPITULO V

EL PROYECTO DE LA ESFERA DE FUERZA

Era el primer día de trabajo de Rosco Cawdor en el laboratorio de investigación de «Aleaciones Atómicas Amalgamadas». Pasó frente al guardia de seguridad, mostrándole el pase que el coronel Bellamy Carstairs le había facilitado de mala gana, reuniéndose al grupo de técnicos uniformados con blancas chaquetas, que charlaban ociosamente mientras se dirigían hacia el laboratorio.

Hubo un buen número de miradas curiosas, interesadas, cuando Rosco Cawdor entró. Varios rostros desfilaron ante él como si fuera una exhibición fantasmagórica. Se sintió como si fuera la víctima de un ataque agudo de alucinación; era como si estuviera viendo rostros en medio de la oscuridad. Técnico tras técnico, inclinaba la cabeza ante él, murmuraba un nombre, le estrechaba la mano y se dirigía hacia su sección, dentro del enorme laboratorio.

La mayoría de los científicos estaban trabajando en distintos proyectos, teniendo muy poco que hacer unos con otros, excepto coordinar sus resultados y hallazgos. Al mirar a su alrededor, Cawdor tuvo la impresión de que Aleaciones Atómicas Amalgamadas, era más bien algo así como una institución benéfica ideal. Le parecía como si la mano izquierda no supiera lo que estaba haciendo la mano derecha.

Permaneció de pie, esperando, aparentemente, más bien indeciso, sosegado, un hombre de aspecto corriente, entre tantos investigadores uniformados de blanco.

Llegó el doctor Percy Ponsonby, y, como por arte de magia, el número de trabajadores en el laboratorio, aumentó. Ponsonby iba acompañado de Vance de Vere y de Bellamy Carstairs-Tuttle.

—Buenos días, míster Cawdor —saludó el pomposo Percy Ponsonby.

Parecía hincharse visiblemente cuando contemplaba el laboratorio, del cual era el jefe supervisor, organizador, Tío Tom Cobley y todo.

—¿Qué le parecen nuestras instalaciones?

De haber podido saber lo que Rosco Cawdor estaba pensando *realmente,* el doctor Percy Ponsonby, hubiera quedado aturdido. Afortunadamente para el doctor Percy Ponsonby, no pudo Hegar a saber nunca lo que estaba pensando en realidad, Rosco Cawdor. Pues Percy Ponsonby era incapaz de leer en el rostro de Cawdor. El nuevo técnico investigador se limitó a sonreír y mover la cabeza, dando la impresión de aprobación y admiración, por lo menos, eso le pareció a Percy Ponsonby, y ojos que no ven, corazón que no siente. Percy

Ponsonby estaba ple-namente convencido de que la reacción de Cawdor era la que tenía que ser.

El interior altamente complejo del laboratorio. de investigación, tenía que producir cierta expresión, ciertas palabras de admiración, casi de pavor, según pensaba Ponsonby. Por esto, cuando la expresión apropiada apareció en el rostro de Cawdor, Ponsonby leyó en él *mucho más de lo que en realidad había.* ¡A fin de cuentas, un movimiento de cabeza, es tanto como un pestañeo, para un caballo ciego!

—Tal vez le gustaría acompañarnos en nuestra ronda matinal —dijo el doctor.

—Me gustaría mucho. Me sentiré muy honrado.

Ponsonby se hinchó visiblemente. Que un individuo con una calificación como la que Cawdor había obtenido le dijera que se sentiría honrado en acompañar a Percy Ponsonby, *merecía* proseguir. Así pensaba Percy Ponsonby.

Pasaron frente a complicados computadores y máquinas de calcular, frente a delicados aparatos de medida y peso; por compartimentos encristalados, donde se llevaba a cabo el tratamiento de la radioactividad, mediante un proceso de control remoto. Siguieron avanzando por el laboratorio, pasando de una sección a otra, deteniéndose unos minutos aquí para charlar con un técnico, observando un experimento allí, comprobando los datos en otro lugar...

Los matemáticos trabajaban en fórmulas muy complicadas que tenían desarrolladas en las pizarras que se extendían a lo largo de Ja pared sur del laboratorio.

Ponsonby permaneció quieto unos minutos haciendo ver que repasaba la fórmula, luego movió la cabeza con gran satisfacción.

—Están haciendo grandes progresos esta mañana —señaló—. ¿No lo cree así, míster Cawdor?

—¿No se ha fijado en el error de la quinta línea de la ecuación, señor? —dijo Cawdor, con voz casi increíblemente obsequiosa.

—¿La... er... hum... er... cuarta línea, ha dicho? —preguntó Ponsonby—. He dado una ojeada a toda la ecuación, la... er... humm... la solución parecía correcta.

Estaba confundido y aturdido. Tras la copiosa exhibición que Percy había dado, sentía que el conocimiento de la presencia de un error que él no había visto, le desprestigiaba, y, desde luego, no *realzaría* su reputación. De nuevo, si hubiera podido saber lo que Rosco Cawdor sabía de él y si pudiera saber la clase de opinión que Rosco había formado de él; si supiera qué clase de reputación tenía, por lo que a

Rosco concernía, se habría dado cuenta de que en realidad, tenía bien poco que perder.

—Aquí, en esta línea —decía Cawdor, señalando una ecuación escrita en la pizarra.

—¿Y no está correcta? —preguntó Ponsonby.

—Lo han elevado a la séptima potencia, mientras que debe ser a la novena. Esta fórmula está ya en desuso. Eso era el postulado *original* —dijo Cawdor.

—¡Qué necio soy! —dijo Ponsonby—. Es que ese muchacho hace unos sietes tan extraños que lo había tomado por un nueve. —Se inclinó hacia la pizarra. Ahora lo veo claro.

Cawdor sonrió para sus adentros, puesto que él sabía que aquella fórmula estaba más allá de la comprensión de Percy Ponsonby. Era una nueva línea de investigación... ¡pero no era nueva para Rosco Cawdor! Sonrió al técnico que estaba al lado.

—¿Por qué ha puesto el denominador a la séptima potencia en lugar de la novena? —dijo.

—Gracias —dijo el joven técnico— ¿así, pues, esa fórmula ha sido rectificada?

—¡Naturalmente! ¡Tendría usted que saberlo, joven! —indicó Ponsonby—. Ha sido muy afortunado que míster Cawdor se lo haya indicado. —Girándose hacia Rosco, añadió—: Vamos, sigamos dando la vuelta.

Rosco Cawdor se sintió tan sólo ligeramente asombrado por la impertinencia de Percy Ponsonby. El pomposo y pequeño director, no tenía ni el más remoto conocimiento de lo que era la modestia ni la educación. Fuera lo que fuere lo que Percy Ponsonby quería, era que todo un coro y orquesta se colocara a su alrededor, pulsando una selección musical en cada uno de sus instrumentos. Quería ser el centro de una multitud semi-autorizada, mientras tocaban sus instrumentos, mientras tocaban sus tambores, arpas y violines. Cuanto más decía o hacía Ponsonby, más amplia se hacía la sonrisa en el rostro de Rosco Cawdor.

Cuando terminaron de dar la vuelta por todo el laboratorio con sus complicados aparatos químicos, de medida, escalas, pesos, mecanismos automáticos, el nuevo científico investigador dejó los proyectos del director a un lado.

—Doctor Ponsonby, ¿me permitiría unas palabras? Creo que es de vital importancia.

—Naturalmente, míster Cawdor, estamos a su disposición —dijo Percy Ponsonby.

—No me refería a *ustedes.* Deseo hablar con *usted,* personalmente y a solas —dijo Cawdor— porque lo que tengo que decirle debe ser *absolutamente privado.* —Miró fijamente al coronel Bellamy Carstairs-Tuttle, con ojos extrañamente fuertes.

—Es un asuntó de tan gran seguridad, querido coronel —dijo con cierto aire burlón en su voz— que no me atrevo siquiera a que usted oiga lo que he de decirle al director.

Percy Ponsonby se hinchó de orgullo hasta que su cabeza pareció haber alcanzado una estatura dos veces mayor de lo normal. Siempre había habido rivalidad entre Ponsonby y Bellamy, una rivalidad que no siempre era amistosa, y ahora que el director científico, *doctor* Ponsonby, era capaz de ganar tantos sobre el director de seguridad, *coronel* Bellamy Carstairs, sentía que era casi un logro de ciencia *pura* e investigación contra la ciencia *aplicada* de militarismo, por la que ningún hombre, en el fondo de su corazón, siente ningún amor. Hasta el guerrero más valiente y el mejor soldado, sienten grandes y profundos e intensos deseos de paz, en su interior. La paz es una cosa sobre la que estamos de acuerdo más fervientemente, en teoría. Lo más difícil de conseguir en la práctica. Había dos monos de Berbería que se comían la manzana de la paz. Los dos monos de la avaricia y de la amargura.

Ponsonby estaba hablando. Rosco Cawdor se daba cuenta de que estaba hablando de la misma manera que un hombre atareado se daría cuenta de un ruido subterráneo. Ponsonby hablaba, y los que le rodeaban, hacían ver que le escuchaban; su importancia como Director del Proyecto y por la necesidad de algunos asuntos muy importantes que debían ser tratados con él solo. Habían algunas cosas que ciertos miembros de la administración no tenían necesidad de conocer. Al hacer esta observación, miraba directamente hacia Bellamy Carstairs- Tuttle; había ciertos miembros de la administración, añadió, que aunque sin duda alguna, eran expertos dentro de sus *propios* campos, carecían de más amplios conocimientos, lo cual le hacía a él, como director, mucho más importante.

Rosco Cawdor convino con él aún más obsequiosamente que conviniera con cualquier otra cosa que hubiera dicho Ponsonby más pronto.

Carstairs estaba mirando al nuevo científico, con algo parecido a la sospecha, cólera y re-sentimiento. Cawdor sonrió para sus adentros, apaciblemente.

Se preguntaba si sonrió lo bastante apaciblemente, pues Cawdor podía leer a través de Bellamy Carstairs-Tuttle, con la misma facilidad

que lo hacía con Percy Ponsonby. Bajo el transparente militarismo, tras la gachada de...

Soy un simple soldado, que no tiene tiempo para la política ni para la ciencia, sólo cumplo con mi deber, por San Jorge; había un fuerte carácter. Carstairs-Tuttle, con toda su perso-nalidad, era un hombre con cerebro, un hombre con valor, un hombre con determinación, y un hombre que debía ser tenido en cuenta. Hacía por tres Percy Ponsonby, según el standard de medida humana de Cawdor, pero así y todo, no era ninguna dificultad.

Ponsonby terminó su monólogo acerca de los méritos de Ponsonby, y cogiendo a Cawdor por el brazo de modo amistoso, le condujo a un pequeño despacho, anexo al laboratorio.

—Estamos solos aquí. Decía que tiene algo que decirme *confidencialmente*... ¿qué es ello?

—Pues... apenas sé cómo empezar, y, sin embargo, no soy amigo de emplear métodos lentos para tratar de cualquier asunto, y menos en este caso, puesto que sé el valor de su tiempo, doctor Ponsonby —comenzó Cawdor.

Gracias al milagro de la elasticidad del cráneo humano, la cabeza del doctor Ponsonby no explotó. De poder escogerse la manera de morir, sin duda, su superdesarrollado ego, elegiría aquel método tan particular. No es que Ponsonby estuviera desacostumbrado a recibir cumplidos de aquel tipo, pero él sabía que el hombre que le estaba hablando era un genio y este genio le llamaba «señor», y el genio le estaba mirando de una manera como si él fuera un genio todavía mayor, lo cual, naturalmente, en su propia opinión era cierto, por lo que la Copa de la Vida de Percy Ponsonby, estaba repleta. El Vaso de la Alegría, desbordaba con las Aguas del Deleite.

Su pomposo rostro se iluminó con presunción. Irradiaba en todas direcciones el aire general y personalidad de un ¡Hombre que Sabe! Un hombre que sabe que ha dicho una cosa buena, y que está satisfecho, no sólo por haberla dicho, sino consigo mismo y por el poder de haberla dicho.

—La fórmula, señor —dijo Rosco Cawdor— la de la pizarra, de la que hemos estado hablando hace unos minutos, aquella en la cual el técnico había cometido un error al poner la séptima potencia en lugar de la novena.

—¡Oh, sí, naturalmente! —dijo Ponsonby—. La que yo le he señalado...

—Sí, señor —respondió Cawdor—, el error que usted le señaló al pasar. —Cawdor estaba pensando que el orgullo es el veneno del

intelecto. ¿Se daba realmente cuenta, en su interior, de cuán pervertido estaba su ego? Rosco apartó a un lado estos pensamientos y siguió el camino que tenía trazado mentalmente—. No sé si habrá tenido tiempo, sin embargo, de ver las posibilidades de aplicación práctica que esta fórmula nos ofrece. Fíjese —sacó un block de notas de su bolsillo—, ¿me permite su pluma, señor?

—Naturalmente, naturalmente —Ponsonby se la tendió mientras arrugaba la frente en señal de una concentración.

—Ahora, señor, recuerde que la fórmula original que hemos estado examinando, en la cual usted ha visto el error en la cuarta línea, es la base de una concepción teórica enteramente nueva. —Rosco Cawdor estaba jugando con las palabras, con la misma destreza con que un músico genial pulsa las cuerdas del violín o hace pasar el aire vibrando dentro de un tubo...—. Como puede ver hay dos postulados, como ya le he dicho, señor; en la pizarra el técnico tenía la fórmula elevada a la séptima potencia y no a la novena. La fórmula elevada a la séptima potencia está en desuso, y de los dos postulados ese era el original, tal como he dicho. Partiendo de aquí —dijo Rosco Cawdor, con los ojos brillantes de excitación fanática— verá que el desarrollo es de esta manera.

Hizo unos números en el block.

Le devolvió la pluma a Percy Ponsonby con una sonrisa de satisfacción.

—¿Ve las deducciones? —preguntó casi en un susurro.

—Naturalmente —dijo Ponsonby, con gravedad— y son deducciones fantásticas.

«Literalmente fantásticas, pensó Rosco Cawdor, no solamente fantásticas, sino enteramente fabulosas, mi querido amigo.»

A través de la mente de Cawdor pasó la historia, tan brillantemente cantada por Danny Kaye en Hans Christian Andersen, la historia del inmortal narrador de cuentos de hadas que narró el cuento de la nueva tela del rey... el nuevo traje del rey. Uno de los mercaderes que llegó a palacio mostrándole un telar vacío, dijo que era un nuevo tejido de tal brillantez y perfección que poseía una cualidad mágica: que sólo era invisible ante los ojos de un necio. El rey, no deseando ser tomado por un necio, admiró a su vez la tela. Llegó incluso, a tener un traje de aquélla con el cual se paseó neciamente por las principales calles de su reino. Todos los cortesanos, los hombres inteligentes, los sirvientes y los pedantes admiraron la tela, esforzándose cada uno en alabar su maravilla...

Y la multitud movía la cabeza inteligentemente, excepto un

chiquillo, que con la inocencia y la espontaneidad de sus pocos años, había mirado al lugar donde debía estar el traje, exclamando a sus padres con voz asombrada: «El rey no lleva nada encima, va desnudo», y la voz de la verdad se esparció por toda la muchedumbre, para ridículo del desgraciado monarca que tal vez al fin terminaría con los bribones que habían perpetrado aquel abuso de confianza.

El principio de la clásica treta de confianza todavía perdura, pensó Rosco Cawdor. Coge a un hombre que dice ser un experto dentro de cualquier campo particular, pásale una brillante falsificación y él no protestará; no querrá que el mundo sepa que es un necio. Engáñale tras alguna posible sombra de duda..., y eso era lo que Rosco Cawdor empleaba por sistema. Percy Ponsonby se consideraba un expertísimo en cuestión de matemáticas nuclear. Muéstrale algo que tú dices que es un nuevo sistema matemático, muéstrale algo que ningún hombre en su sano juicio pretendería comprender siquiera, pensó Cawdor, y Percy Ponsonby caerá en ella. Ponsonby había caído en la trampa.

Aquella insensatez, aquella bufonada que Cawdor había escrito, no tenía ningún significado en absoluto. No era más que una serie de corolarios de la fórmula original. Percy Ponsonby estaba todavía perdido en un profundo estudio del block. Seguía murmurando superlativos tales, como «increíble» «colosal» «absolutamente fantástico», como si estuviera anunciando alguna extravagancia de Hollywood en tres dimensiones y nauseabundo color. No le dejó pasar demasiado rato de aquella manera, pero le divirtió verle durante aquellos cinco minutos lanzando todos los superlativos que acudieron a su mente mientras admiraba aquella serie de números.

—Con su permiso, señor —dijo Cawdor—. Me gustaría trabajar yo solo en la construcción de la esfera de fuerza.

—¡Hmmm! —Ponsonby, que no tenía idea de lo que era la esfera de fuerza, pareció vacilar un segundo—. Esto me parece extraordinariamente bueno, Mr. Cawdor, y puedo ver que no hay ningún error en toda la fórmula, pero comenzar un nuevo departamento, es mucho pedir, ¿comprende?

Tal vez la esfera de fuerza era el lado práctico de todos aquellos extraños cálculos, pensó el asombrado Percy.

—Pero mire de nuevo los números, señor —protestó Cawdor—, seguramente usted comprenderá la absoluta necesidad de construir esta esfera antes de que cualquiera de nuestros rivales lo haga.

—Sí..., sí, es vital, estoy de acuerdo. Bien, mire usted, yo soy un jugador —dijo Ponsonby. Era, en realidad, uno de los hombres más innatamente tímidos y precavidos detrás de su pomposidad, como

tales hombres, le gustaba propagar a los cuatro vientos que era un jugador. Su subconsciente sin lugar a dudas, llevaba impreso una imagen de un intrépido héroe del Mississippi como por ejemplo el que Danny Kaye interpretaba en su película «La vida secreta de Walter Mitty».

—Acabo de tomar una decisión —dijo Percy Ponsonby, levantando la barbilla—. Una decisión —repitió, como si cuando Percy Ponsonby tomaba una decisión, la humanidad entera se pusiera a temblar—. Daré las órdenes oportunas. Tendré un área del laboratorio limpia de experimentos que están realizando ahora, y... ¿cuántos hombres necesitará para la construcción de esa esfera?

—Esencialmente, es un proyecto de un hombre solo...

—Sí, sí, yo también habría preferido trabajar solo de estar en su lugar —convino Ponsonby—. Recuerdo haber trabajado en varios proyectos semejantes durante los años de mi comienzo como técnico. Tengo todas las esperanzas puestas en usted, Cawdor, todas. Me gustaría verle algún día dirigiendo su propio proyecto. En mis últimos años será un gran placer para mí saber que yo he contribuido en parte a su brillante carrera.

—Muchas gracias, señor —respondió Cawdor, haciendo un esfuerzo para mostrar una expresión de acuerdo con sus palabras.

—Ahora bien, ahora bien —prosiguió Ponsonby—, usted prefiere realizar su propio proyecto usted solo, esto es comprensible, sí, señor. Pero le gustaría disponer de algo del ramo de la construcción. Comprendo que en un proyecto como éste no haya lugar suficiente para dos técnicos. Pero ¿qué le parecería un técnico ayudante, que no necesitara profundizar demasiado en el asunto?

—Sí, señor, sí... la fuerza... la posición de otros proyectos pudiera justificar que me transfiriera otro técnico, preferiría esto. Facilitaría el progreso de mi trabajo.

—¿Cuánto tiempo durará? —preguntó Ponsonby.

—Pues —la respuesta de Cawdor era premeditada—, sería muy difícil de decir, señor. Si todo va bien, tres meses. Si salen algunos tropiezos técnicos, seis u ocho meses, tal vez un año.

—Diremos, provisionalmente, que se trata de un proyecto de doce meses de duración. Si puede hacerlo dentro de los doce meses, será un crédito para nosotros, y si las cosas fueran peor y necesitara todo el año o quizás más, ya pensaremos, algo. Este es el secreto de un buen administrador. Decidir cuán largo va a ser un trabajo y entonces doblarlo. No puedes ir con la verdad porque si luego las cosas salen mal, siempre te lo echan en cara. Pero estoy descubriendo secretos

profesionales. —Ponsonby golpeó cariñosamente a Cawdor en la cabeza como si hubiera sido un chiquillo—. Bueno, adelante, pues, muchacho y mucha suerte.

Tras decir estas palabras, el doctor Percy Ponsonby salió de la habitación en dirección a su despacho, dejando a Rosco Cawdor estremeciéndose de risa.

De modo que la esfera de fuerza iba a ser construida. Y hasta que estuviera lista, nadie más que Rosco Cawdor sabría de qué se trataba. Tenía la seguridad y protección del director de proyectos, y lo que más le divertía era pensar en el irascible Bellamy Carstairs-Tuttle, que estaría merodeando por los alrededores, siguiendo las instrucciones de Ponsonby, para evitar que nadie consiguiera escribir ni una palabra cierta por haber conseguido acercarse suficientemente a la esfera, y para evitar que se dijera lo que no se debía.

CAPÍTULO VI
EL EXTRAÑO

La esfera de fuerza estaba completada. Había necesitado exactamente cuatro meses, tres días y seis horas y media. El único hombre que sabía que estaba terminada era Rosco Cawdor. Los detalles de su construcción eran tan complejos, había tantas válvulas, cables, relevadores y conductores especiales de fuerza, contribuyendo y distribuyendo desde un vasto circuito que parecía un verdadero laberinto en la parte posterior del panel donde está suspendida la esfera, que nadie, excepto Cawdor podía haber interpretado la asombrosa complejidad de aquella cosa.

Durante su construcción, de vez en cuando, Percy Ponsonby se asomaba por allí, y se mostraba profundamente impresionado, señalando algunos cables y haciendo algunas observaciones que pretendían ser útiles. Una vez llegó a sugerir la conveniencia de variar un circuito determinado. Rosco Cawdor se lo había mirado, movió ligeramente la cabeza, y arregló el cable haciendo verdaderos juegos de manos, de tal forma, que sin rectificar la posición original, Percy Ponsonby, quedó convencido de que se había rectificado de acuerdo con sus doctas instrucciones.

Tan brillante fue la estratagema de Cawdor y tan brillante y convincente sus halagos al pomposo director, que Ponsonby quedó completamente convencido. De hecho, pensaba que sabía algo del proyecto. Había estado tratando de engañarse a sí mismo, diciéndose que comprendía, aquel proyecto, durante tanto tiempo que casi había legado a tomar la mentira por verdad. Había llegado prácticamente al mismo punto que aquel desgraciado héroe, George Orwell, en el que el siniestro O'Brien dice a la víctima de su interrogatorio, que no debe *asentir* sólo verbalmente a lo que el Partido dice que es la verdad, sino que debe realmente *creerlo,* creer en los hechos que tiene que asentir. Mientras la víctima se halla bajo los más terribles torturas electrónicas O'Brien levanta cinco dedos y pregunta: «¿Cuántos dedos ves?» La víctima replica: «Cinco». O'Brien dice: «Hay seis». La víctima dice de nuevo que hay cinco. Torturas electrónicas le son aplicadas por orden de O'Brien, una agonía tan intensa que él llega a *ver* como realidad que son seis dedos, tal y como se le requería. La interrogación continúa en un número todavía más horrendo de procedimientos de torturas, hasta que la víctima *ama* de verdad al horrible dictador de aquella terrible sociedad totalitaria que *no debía haber existido nunca,* y que había empezado a detestar.

Ponsonby se debatía en una situación similar. Él había dicho que había seis dedos, meta-fóricamente, en la mano de Rosco Cawdor, y bajo el impulso, no de tortura electrónica, sino de otra tortura mucho más sutil, mentalmente destructiva de los sutiles halagos de Rosco Cawdor. Ponsonby había comenzado a *creer* que lo que había sabido originariamente, en su inte-rior, *no* era la absoluta verdad. Se convenció a sí mismo de que podía ver algo en la esfera de poder; que los mandos, válvulas y demás componentes *significaban* algo para él. Se convenció a sí mismo de que las extrañas disposiciones cristalinas que Cawdor había construido en el circuito, tenían en realidad alguna relación con las maquinaciones del aparato; pero carecía desesperadamente de suficiencia mental para ver lo que seguía. Su conocimiento, científico a pesar de todo, estaba tan desesperanzadamente por detrás del de Rosco Cawdor, que podría haber sido comparado con razón con un salvaje, viendo a un experto en T.V. construir un aparato. Tenía tantas posibilidades de saber si aquel extraño y complejo aparato que Cawdor hacía, estaba completo, como de conocer cada una de las diminutas válvulas y componentes de un aparato de televisión. Aquél era el margen de seguridad por lo que a Cawdor concernía.

Cawdor retrocedió unos pasos y admiró su obra. El técnico que le habían procurado para trabajar bajo sus órdenes, no tenía tampoco la menor idea, de hecho mucho menos que Ponsonby de que la máquina estuviera terminada, pues Rosco no había dado ninguna señal que así lo indicara. Ahora le había enviado en busca de unas pequeñas piezas de equipo que sabía positivamente, estaban almacenadas en la parte más alejada del establecimiento.

El técnico no lamentaba la oportunidad de poder acercarse a la cantina y tomarse una taza de té. Tomó nota de lo que se le pedía y desapareció. Rosco vio cerrarse la puerta tras él y entonces, sólo cuando supo que estaba solo y que nadie podía molestarle, su rostro registró una especie de emoción. Era un éxtasis extraño. Sus ojos estaban muy abiertos, y tenían una mirada que parecía comunicar volúmenes... El rostro se convirtió de pronto en la expresión de la fuerza-maligna. Era un rostro avaricioso. La máscara de insubstancialidad y urbanidad había caído, el control férreo se había soltado, los músculos habían ocupado su forma normal... o así parecía.

El rostro era ahora como un libro, un libro que contiene tales secretos sombríos y mortíferos que su lector lo arroja al suelo y echa a correr gritando de la habitación, volviendo a enterrarlo en la biblioteca en el lugar que le corresponde. Así era el rostro de Rosco

Cawdor. Entonces volvió a controlar sus emociones volviendo a su rostro la insustancialidad y la urbanidad. Era de nuevo el rostro inexpresivo de un hombre corriente, el rostro de un hombre de la multitud, el rostro de un hombre de la calle. El rostro de cualquiera y el rostro de nadie a la vez, como la imagen cambiante en el espejo; como el rostro sin expresión alguna, y sin embargo, un rostro terrible a causa de esa carencia de expresión.

Cawdor dio unos pasos hacia la esfera y puso en marcha la corriente. Comenzó a zumbar suavemente, cambiando este zumbido por un ruido ensordecedor. Muy cuidadosamente, Rosco comenzó a colocar un número de dados en el disco de fino metal que estaba directamente debajo de la esfera. Los dados eran simplemente de madera como los que empleaban los estudiantes que hacían la representación en tres dimensiones y perspectiva lineal. No había nada de particular ni extraño en aquellos dados. Entonces Rosco se dirigió hacia la puerta para asegurarse de que no había nadie merodeando por allí. Miró arriba y abajo, como si estuviera mirando, de forma absolutamente natural, si su ayudante regresaba... el pasillo estaba desierto. Entró a su sección particular del laboratorio, cerró la puerta tras él y echó el cerrojo y el pasador, para más seguridad. Sabía que no era posible que alguien fuera a importunarle. Sus ojos volvieron a posarse en la esfera de fuerza. Aquella misma extraña expresión de antes, cruzó su rostro. Aquella expresión de avaricia y maldad, una expresión de poder y codicia brillaba en sus ojos, como dos rayos de fuego mortal rojo y negro. No dijo nada, pero sus labios se movieron como si aquellas ideas que albergaba su mente no encontraran las palabras adecuadas. Ajustó los controles en el panel de debajo la esfera de fuerza. El zumbido aumentó de potencia, hasta convertirse en un gemido. Después, este gemido dio paso a una oscilación extraña, ululante... *los dados de madera desaparecieron.* Se habían evaporado. Como si nunca hubieran existido, Rosco Cawdor permaneció quieto contemplando el disco vacío con evidente satisfacción. Se estaba frotando las manos, y sólo gracias a un supremo control de sí mismo, pudo mantener a raya aquella expresión de malicia y avaricia que brillaba en sus ojos.

Ajustó algunos otros controles, escuchó atentamente cómo el zumbido y las ululaciones daban paso al gemido oscilante. La frecuencia aumentaba, disminuía hasta al fin extinguirse, no quedando más que el original y silencioso zumbido.

Lenta y deliberadamente, Rosco abrió la parte frontal de un pequeño gabinete que estaba revestido con alguna clase de cuarcita

reflejante. Una vez dentro, cerró la puerta sobre sí mismo y apretó un resorte oculto precisamente sobre su cabeza. El gabinete se llenó de un resplandor rosado, como si de pronto hubiera sido iluminado por algún color, o por algún otro gas inerte al recibir el impulso eléctrico.

Aquel resplandor se desvaneció, quedando una suave niebla rosada como si fuera la salida del sol en una mañana clara. Sólo cuando los últimos vapores de niebla rosa desaparecieron en el limbo de las cosas olvidadas, Rosco Cawdor, barrió la puerta y salió de su cristalina prisión. Ajustó los controles e inspeccionó los diales del circuito. Durante un largo momento, no pareció suceder nada y entonces hubo un brillante resplandor en forma de arco. Rosco comenzó a trabajar en el tubo de proyección dirigida que estaba colocado en la parte posterior de la esfera de poder. El tubo de proyección dirigida, estaba apuntando fuera del laboratorio en un ángulo de 45 grados, al plano vertical de la esfera de fuerza.

Algo parecía estar en proceso de ser emitido desde el tubo, algo que no era visible ni invisible, algo que no era un rayo ni una onda ni una partícula. Rosco sabía lo que era, pero no había palabras en ningún lenguaje terrestre que fuera completamente adecuado para describir la emisión desde el tubo proyector.

Rosco vigilaba el dial que oscilaba y vibraba. Lentamente el indicador fue señalando hacia abajo, abajo y abajo de nuevo. Rosco movió la cabeza, hacia el dial y hacia sí mismo, y apretó una palanca. El tubo de proyección dirigida cesó en su emisión. Rosco lo colocó como antes. Oyó unos golpes dados en la puerta, su ayudante había regresado, llevando todo lo que le había solicitado. Recibió a su colega con una placentera sonrisa y comenzó a poner aquellas cosas en una sección que sabía no harían nada, pero que sin embargo, le daban un aspecto importante, que daba un aire de vital significado. El técnico parecía satisfecho, con la sensación de haber hecho algo útil. La parte que le había sido encomendada, había sido realizada. A veces uno tiene la sensación de estar trabajando, y trabajando, incansable, sin meta alguna, como si trabajaras a ciegas, como si no sirviera para nada.

Rosco Cawdor vio esa alegría y sonrió un poco para sí mismo. ¡Qué fácil era mantener a esas gentes felices!, pensó. ¡Qué fácil jugar con ellos como si fueran simples marionetas!

En el patio, afuera, se oyó un súbito clamor.

Una arruga profunda surcó la frente de Rosco Cawdor, mientras se acercaba a la ventana y miraba afuera, dirigiendo los ojos casi instintivamente hacia el punto donde enfocaba el tubo proyector, un

punto donde algo, *algo* muy extraño, había sido dirigido. Los guardias de Seguridad tenían a un hombre cogido por ambos brazos, que se debatía por librarse. Un hombre que parecía muy familiar. La arruga que surcaba la frente de Rosco Cawdor se hizo más profunda, mientras se mordía el labio con disgusto.

Abajo, al pie de la ventana, dos guardias de Seguridad que patrullaban por aquella sección de terreno, tenían a un hombre cogido por ambos brazos. No había nada de especial en él. Era un hombre de aspecto corriente, que llevaba la chaqueta blanca igual que los técnicos y científicos. Poseía un rostro muy corriente, educado, más bien insubstancial… con ojos muy inteligentes… La constitución era muy corriente, el cabello de color más bien indeterminado, sin embargo, había algo *extrañamente familiar* en aquel hombre que se debatía por liberarse de los dos guardias de Seguridad.

Además de los rasgos familiares en aquel individuo, estaba la voz. Era la voz de Rosco Cawdor…

Y estaba diciendo:

—…pero si soy Rosco Cawdor. Soy yo. Se lo repito…

CAPÍTULO VII
CASTOR Y POLUX

El hombre que estaba entre los dos guardias de Seguridad, dejó de debatirse y los miró al-ternativamente pensativo. Luego empezó a reír.

—Supongo —dijo— que no puedo culparles a ustedes, amigos. Después de todo, deben de haberse llevado un susto.

Los dos guardias no dijeron nada. El hombre que decía llamarse Rosco Cawdor se alejó ligero en dirección a una especie de barraca gris, y triste, que era el edificio que llevaba el cartel de: «Coronel Bellamy Carstairs-Tuttle, jefe de Seguridad, «Aleaciones Atómicas Amalgamadas». Uno de los guardias de Seguridad, joven, delgado, alto, de anchos hombros, llamó con los nudillos en la puerta. Dio un número específico de largos y cortos golpes. Se abrió una especie de claraboya por la que atisbo un ojo.

—¿Está el coronel, señor? —preguntó el guardia de Seguridad, que había llamado.

—El coronel sí está.

—Un prisionero sospechoso, atrapado en el paseo al lado del césped, afuera del edificio del laboratorio, señor.

Aquel ojo pasó del joven guardia de Seguridad al prisionero sospechoso.

—Parece un miembro del servicio, ¿no? —dijo el ojo desde el otro lado de la claraboya.

—Lo hemos encontrado en unas circunstancias muy extrañas, señor —replicó el guardia.

—Muy bien —repuso el ojo—. Háganle pasar,.

La claraboya se cerró. Se oyó un click seguido de varias cerraduras, y el cautivo fue introducido.

El capitán, un hombre de aspecto sospechoso, vestido de civil con un traje de tweed, cuyo bolsillo derecho abultaba bastante como si contuviera un revólver del 38, miró al prisionero y luego a los dos guardias.

—Estoy casi seguro de que se trata de míster Rosco Cawdor, mano derecha del doctor Ponsonby, el jefe diseñador del proyecto de la esfera de fuerza, un proyecto secreto, del cual sólo él y el doctor Ponsonby están enterados —dijo el capitán.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa con Ponsonby? —la voz de Carstairs-Tuttle brotó como un perro furioso desde el otro lado de la puerta—. ¿Qué sucede con Ponsonby? ¿Y con Cawdor? ¿Qué? ¿Qué? ¡Hable! ¿Eh?

Se abrió la puerta, la puerta que conducía al despacho interior, al despacho de Bellamy Carstairs-Tuttle, dando paso al coronel, con el bigote reluciente, el rostro congestionado, colérico, que le producían un tic nervioso.

Llevaba un bastoncillo corto bajo el brazo, que siempre llevaba consigo por simple efecto. Le daba la sensación de que era muy militar. Lo hacía mover como si fuera la batuta de un director de orquesta.

—¡Pero... usted! —Se ajustó las gafas—. ¡Santo Dios! Si es Cawdor! ¿Qué están haciendo ustedes con Mr. Cawdor, hombres?

—Le hemos encontrado en el césped, señor, bajo el edificio del laboratorio.

—Bueno, no hay ninguna *razón* por la cual él no pudiera estar allí. Puede haberle parecido ideal para proseguir con su trabajo. ¿Le debemos una satisfacción, Mr. Cawdor? ¿Eh? ¿Eh? Cuando era joven y estaba de subalterno en la India al hombre que no cumplía con su obliga-ción se le retorcía el pescuezo. Teníamos que trabajar en aquellos tiempos, sí, señor. Y ahora también. Pero no como en los viejos tiempos. Era un hombre del ejército, entonces. Y un soldado. ¡Éramos inteligentes y nos sentíamos orgullosos de serlo! ¡Muy orgullosos! Trabajábamos duro. El ejército británico, héroes. ¡Ya sabe!

Siguió hablando, haciendo algunos chistes, pero Rosco Cawdor comprendió más de lo que oía. Cawdor podía ver suficientemente a través de Carstairs-Tuttle, para saber que había mucho más. Comprendió que los actos de Pukka Sahib, y las bromas, y los duros actos del viejo soldado eran *demasiado buenos* para ser verdad...

Bellamy Carstairs-Tuttle estaba sopesando a Rosco Cawdor. Sabía poca cosa, pero sabía la parte vital. *Rosco Cawdor no era todo lo que (parecía.* Podía *parecer* el lirio más maravilloso, pero si era una flor, era de la especie venenosa. Sabía que Cawdor era *demasiado* dúctil, *demasiado* corriente, *demasiado* vulgar... Cawdor había engañado a Percy Ponsonby hasta el punto que Carstairs-Tuttle se preguntaba si conseguiría librarse de aquel hechizo algún día. Pero Rosco Cawdor no había conseguido engañar al viejo coronel.

—Me he dado cuenta de que no se ha reído cuando he relatado esos chistes —dijo el coronel—. Es usted el único hombre que oye uno de esos chistes y no se ríe, creo.

—No me siento muy predispuesto a reír —dijo el hombre que decía ser Rosco Cawdor—. De hecho, las cosas son bastante serias. ¿Usted está al mando del departamento de Seguridad, verdad, Coronel Carstairs-Tuttle?

—Naturalmente —explotó el coronel—. Ea, chicos, ¿qué ha sucedido?

—Verá, señor. No es muy fácil de explicar —comenzó el guardia más alto de los dos que acompañaban al prisionero—. Yo estaba en mi sitio X3, observando mi cuadrante, cuando oí un ruido muy extraño, un ruido repentino... di la vuelta. Yo había mirado ya a través del punto de estada X4 que corresponde a mi compañero Frank, aquí presente, señor, quien ocupa el cuadrante siguiente al mío.

—Sí, sí, cierto —dijo Carstairs-Tuttle—. Lo sé. —Bajo aquel aspecto grotesco, había un cerebro inteligente que le estaba procurando una imagen perfecta de la posición de todos los puntos de inspección de los guardias y de los cuadrantes que cada uno de ellos cubría. Aquellos cuadrantes habían sido cuidadosamente diseñados. No quedaba ni una sola pulgada de terreno sin vigilancia. Desde cualquier parte, de cualquier forma un guardia de Seguridad estaba vigilando.

El más bajo, algo mayor que su compañero siguió narrando la historia:

—Yo estaba vigilando desde X5, señor, y de pronto... —tragó saliva dificultosamente—. Mr. Cawdor, aquí, a quien me pareció reconocer, súbitamente...

—Vamos, sigue —dijo el coronel—, ¿qué hizo súbitamente?

—*Apareció,* señor.

— *¿Apareció?* —dijo Carstairs-Tuttle—. ¿Qué quiere usted decir? ¿Como Houdini? ¿Sa-lió de ninguna parte? ¿Eh, joven? ¿De ninguna parte? ¿Qué? ¿Qué? No puede esperar que nadie crea esa patraña, ¿no le parece? Diablos, estuve en la India durante veintisiete años y nunca vi la bromita de la cuerda. No me diga que suceden cosas de esas dentro de «Aleaciones Atómicas Amalgamadas».

—Bueno, esto es lo que ha sucedido, señor. Estoy dispuesto a poner en juego mi carrera, en esta afirmación, si fuera preciso.

—¿Está en su sano juicio? —preguntó el coronel—. ¿Está seguro de hadarse en su sano juicio?

Se oyó ruido. El capitán miró a través de la mirilla volviendo a cerrarla en seguida, susurrando en forma casi conspiradora:

—¡Complicaciones, señor!

—¿Complicaciones? ¿Qué quiere decir? —preguntó Carstairs-Tuttle.

—¡El director está ahí fuera, señor!

—¡Rayos! —exclamó el coronel—. ¡Rayos y truenos! —repitió—. ¿Por qué no pueden dejar que uno se cuide de su trabajo mientras

ellos siguen con sus experimentos entre tubos y balanzas químicas? Yo estoy al mando de la seguridad. Supongo que Ponsonby entrará hecho una fiera, Y preguntando qué diablos hago con Cawdor. ¡Oh, diantre! —dijo algunas otras palabras fuertes que hicieron parpadear a todos menos a Rosco Cawdor. Rosco Cawdor se limitó a sonreír.

Llamaban a la puerta repetidamente.

—¡Abra de una vez! —gritó Ponsonby—.

¿Se da cuenta de quién soy, capitán? ¡Está haciendo esperar al director!

—Ya voy, señor, ya voy —dijo el capitán tratando de que su voz sonara amable, pero sin conseguir demasiados buenos efectos.

Abrió la puerta y Percy Ponsonby entró como una tromba.

—¡Cawdor! —exclamó—. ¡Menos mal! ¿No le parece que está llevando las cosas demasiado lejos, Bellamy? Será mejor que pongamos las cartas boca arriba, coronel. Sé perfectamente que no se siente terriblemente predispuesto hacia Cawdor, aunque no se opuso de una manera rotunda a su ingreso. Las cosas han ido muy bien.

—¡Eso es cuestión de opiniones! —repuso Carstairs-Tuttle.

Fueran cuales fueran las faltas que pudiera tener el coronel, era justo reconocer que era leal, leal a sus hombres; él defendía ante todo a sus hombres. Si uno de sus hombres se hacía cargo de un hecho, por mucho que él lo desaprobara en su interior, Carstairs-Tuttle lo defendía hasta el fin, incluso con su propia reputación, si era necesario. Luego en todo caso, en privado, en su propia sección le ajustaba las cuentas al que fuera, pero por lo que al científico Ponsonby se refería, los hombres de la sección de Seguridad, se mantenían firmemente unidos. La divisa Bellamy Carstairs-Tuttle, que estaba en la pared del servicio de Seguridad, era: «Si no permanecemos unidos, nos colgaremos unos a otros». Y los hombres se lo habían aprendido bien. La moral de las fuerzas de Seguridad, era naturalmente muy alta.

—Cawdor ha estado actuando de una manera ciertamente particular —prosiguió el coronel.

—¿Qué quiere decir con «una manera ciertamente particular»? —preguntó Ponsonby—. De hecho mi secretaria estaba mirando por la ventana, cuando vio a Mr. Cawdor debatiéndose entre los dos guardias que le sujetaban por ambos brazos y que le obligaron prácticamente a venir hacia aquí. Si abandona el proyecto será culpa suya, Carstairs. Y otra cosa, Bellamy, pediré su dimisión.

—¡Oh!, ¿lo hará? ¿Lo hará? —repitió burlonamente el coronel—. Bueno, puede intentarlo. De hecho si se atreve a hacerlo, tendré que

poner en conocimiento del Alto Secretario, del Asuntos Exteriores y del ministro de la Guerra, algunos hechos determinados. Los sostendré así hasta la muerte, si fuera preciso.

—¿Hechos? —saltó Ponsonby—. ¿Qué hechos?

—Los hechos de las disposiciones de seguridad, aquí.

—Si hay alguna falta en las disposiciones de seguridad en esta plaza —dijo Ponsonby triunfalmente— es culpa suya, ¡no mía!

—He hecho algunas recomendaciones que no han sido cumplidas por objeciones hechas por usted. Le abatiré por este riesgo de seguridad. Este será el último proyecto en el cual trabaje, más o menos directamente —exclamó Carstairs-Tuttle.

Ponsonby se había dado cuenta ya de las manchas rojas que aparecían en la expresión del coronel. Parecían dos zanahorias coléricas peleándose por ocupar el mejor sitio en el escaparate de una frutería.

—Le aviso —dijo Carstairs-Tuttle—, y vuelvo a avisarle.

—Puede grabar sus avisos en la pared y bailar a su alrededor —explotó Ponsonby—. Soy un científico, un científico muy prominente. No me influenciará ni un problema de Seguridad, ni mucho menos me intimidará con amenazas de un refugiado del mismo Ejército. Eso es lo que son todos los de la Seguridad. Hombres que no han sido capaces de hacer una carrera adecuada, en las tropas regularizadas. No me gustan las fuerzas de Seguridad —dijo Ponsonby de nuevo—. ¡No me gustan en absoluto!

—Eso será sin duda alguna, porque debe tener algo que ocultar —contestó el coronel.

El capitán carraspeó ligeramente.

—Señor, puedo permitirme recordarle las más bien extrañas circunstancias que han conducido a detener temporalmente a Mr. Cawdor. Tal vez si le explicara al director lo sucedido, pudiéramos… llegar a una solución amistosa, señor.

—Muy acertado, capitán. Muy acertado —dijo el coronel.

—Tiene a un hombre magnífico, no hay duda; tal vez el único hombre con sensibilidad en este departamento de Seguridad —concedió Ponsonby—. Y ahora, capitán, tal vez le gustaría relatarnos esto…

—¿Es su deseo, señor? —preguntó el capitán, girándose lealmente hacia su propio jefe, antes de actuar siguiendo la sugerencia del director. Pero fue tan sutil, que Ponsonby, apenas se dio cuenta de ello.

—¡Sí, vamos hombre, adelante! —dijo el coronel.

—De acuerdo, señor —el capitán se giró hacia el director—. Nuestros hombres han traído a Mr. Cawdor hasta aquí para interrogarle, porque, como sabe usted, ellos tienen la misión de vigilar todas las secciones de los cuadrantes que ellos controlan. La sección está dividida en cuadrantes que ellos controlan. La sección está dividida en cuadrantes con centinelas, de forma que ni una sola pulgada de terreno en ninguna ocasión, quede sin vigilancia. Con frecuencia, un mismo cuadrante es vigilado desde dos lugares, para asegurarnos doblemente, podríamos decir.

—Sí, muy bien —dijo Ponsonby—, pero naturalmente, ya sé todo eso. Esas noticias están ya muy pasadas de moda.

—Hay un motivo de vital importancia por el cual se ha traído hasta aquí a Mr. Cawdor —continuó el capitán pacientemente—. Este guardia —dijo señalando al más bajo, que era mayor que el otro— estaba en el punto de observación X5, lo cual no queda muy lejos de las ventanas principales del laboratorio. Las ventanas que dan al Norte, señor.

—Norte... X5... —Ponsonby miró en el mana—. Esto es más bien central —dijo. Miró a Cawdor—. Cualquiera que estuviera en este punto de observación podía ver el terreno que hay debajo de las ventanas de su sección del laboratorio. —Sonrió, como si tratara de solucionar lo que ahora parecía una enojosa situación—. ¿Qué estaba haciendo? ¿Arrojando un paquete de cigarrillos por la ventana?

—No fumo —dijo Cawdor, como si se hubiera sentido vagamente insultado por aquella suposición, como si para él el hábito de fumar fuera algo así como morderse las uñas. Como si le hubieran acusado de realizar ateo malo.

La burla desapareció en la voz del director de Proyectos.

—¿Cuál es el problema?

—Es más bien algo difícil de explicar, señor —dijo el capitán, mirando primero a los guardias de Seguridad y luego al coronel, para mirar a continuación a Cawdor, como si tratara de reasegurarse de que veía en realidad lo que había visto. Entonces, casi de mala gana, sus ojos se volvieron a Ponsonby.

—Parece ser, señor, que Mr. Cawdor se *materializó* en el centro del terreno... debajo de su ventana. *En un minuto no estaba allí y al minuto siguiente estaba.*

El director se sentó como si se sintiera incapaz de dar crédito a sus oídos. Cawdor sonreía, los dos guardias se sentían incómodos. El coronel estaba murmurando en voz baja. El capitán no pudo evitar preguntarse si algún antecesor remoto del coronel debía de tener

aquel mismo vicio cada vez que se ponía nervioso.

El director levantó los ojos. Tenía la cabeza apoyada en las manos. Parecía un hombre que ha recibido una patada inesperadamente en un lugar extremadamente vital. Parecía como si hubiera visto algún fantasma o varios fantasmas.

—¿Está seguro?—preguntó incrédulamente.

—Positivamente, señor —respondió el guardia.

Agitó la cabeza entre sus manos como si se sintiera totalmente vencido por lo inexplicable. Su ego superdesarrollado se había deshinchado de pronto. Al fin levantó la cabeza y, girándose hacia Carstairs-Tuttle, dijo:

—Vea si encuentran a Vance por ahí, ¿quiere? —pidió—. Creo que tendremos que hacer un Consejo de Guerra.

—Conforme —dijo Carstairs-Tuttle, olvidada ya por entero su polémica con Ponsonby, con la misma facilidad que se había producido. Los fuegos artificiales entre los dos hombres eran, en mucho, superficiales. Cuando Carstairs-Tuttle veía la derrota y vencimiento de Ponsonby toda su rígida indignación se tornaba simpatía hacia su colega. Cogió el teléfono interior *y* llamó al despacho de Vance. Este sentado tras la mesa de su oficina, escuchaba con atención.

—¿Qué? ¿Estás absolutamente seguro, viejo?

—Absolutamente. Nos gustaría que vinieras hasta aquí, el despacho de Seguridad.

—Voy en seguida, amigo. Voy en seguida.

El capitán abrió la puerta dando paso a De Vere. Vance entró y miró a Cawdor que estaba sonriendo cínicamente. Se giró hacia Carstairs-Tuttle.

—¿Qué ha sucedido, coronel? Cuéntemelo otra vez, por favor.

—Se ha materializado súbitamente en mitad del terreno como Houdini con uno de sus conjuros, bajo la ventana del laboratorio donde él trabaja.

—¡Increíble! ¡Hay que ver! —dijo mirando a Cawdor—. ¿Cómo lo ha conseguido, amigo?

¿Prestidigitación y todo ese jaleo, hmmm?

—No sé qué es todo eso que se supone que yo he hecho —respondió Cawdor—. Estaba an-dando por el césped, cuando fui cogido de pronto por ese par de guardias de Seguridad que me arrastraron hasta aquí. Me limito a salir de mi oficina para tomar un poco de aire fresco.

—Usted no salió, señor —dijo el guardia de *S*eguridad—. Usted no

estaba allí y de pronto estuvo.

—¿Está completamente seguro de lo que dice? —preguntó Carstairs-Tuttle.

—Completamente seguros —respondieron a coro los dos guardias.

Carstairs-Tuttle movió la cabeza, apoyando su mano en el brazo de Ponsonby.

—Si le sirve de consuelo, Percy, sepa que yo estoy tan apabullado por la noticia como pueda estarlo usted. Es fantástico, no debe ser permitido, ese individuo debe ser azotado. Cuando yo era un joven subalterno en la India, nunca permitimos esa clase de cosas. Si algún estúpido faquir se acercaba con la pretensión de hacer el truquito de la cuerda india, pronto le teníamos dentro, mostrándole quién era el jefe. Demostrándole que no debía burlarse del Gran Jefe Blanco, ¿sabe?

—Sí —murmuró Percy Ponsonby, con voz apenas audible. No escuchaba. Apenas si había oído una sola palabra de todo lo que Carstairs había dicho. Su mente era un caos de confusas ideas. La derrota le había golpeado de mala manera—. Sí —dijo de nuevo.

—Bueno, levante ese ánimo, hombre, todos cometemos errores —dijo Carstairs.

El director levantó lentamente la cabeza.

—No puedo permitirme cometer errores *—dijo—. Tengo demasiado por perder.*

—Bueno, pero todavía no sabemos que esto sea un error. El simple hecho de que un individuo pueda aparecer en medio del césped, no significa que él sea un terrible riesgo contra la seguridad.

—¿Entonces *qué* significa? —preguntó Ponsonby—. ¿Qué significa, pensando fríamente, con sentido común? Por lo que yo puedo ver, no significa nada. *Significa que la vida que nosotros conocíamos no es ya la vida que conocíamos.* ¡Un hombre no puede hacer esto!

Miró a los dos hombres de nuevo como si un sutil destello de esperanza cruzara su mente.

—¿Está seguro de que estos hombres son dignos de crédito, coronel?

—Todos mis hombres son dignos de crédito —dijo Carstairs-Tuttle—, cada uno de ellos.

—Dios me ayude —dijo Percy—, ya que no puedo ayudarme yo... —Volvió a quedar sumido en una completa derrota.

Durante unos minutos reinó el más profundo silencio, y entonces se oyeron unos ligeros golpes en la puerta:

—¿Quiere ver quién es, capitán?

—En seguida, señor. —El capitán abrió la mirilla. Quedó de una pieza como si hubiera quedado petrificado, luego vacilando hacia atrás, como si hubiera recibido un violento golpe en la cabeza.

La persona del coronel, con todas sus bromas y su vocabulario de *pukka sahib*, corrió hacia él como un rayo. Como por arte de magia, un pesado revólver del 45 apareció en su mano. Se arrimó a la pared, preparando el revólver.

—¿Dónde le han herido, capitán?

El capitán movió la cabeza y se inclinó hacia la puerta para sostenerse.

—No es eso, señor, ha sido... ha sido la *impresión.* No hay nada peligroso ahí afuera...

—Bien, por los clavos de Cristo, ¿qué hay? —El vocabulario de *pukka sahib* había desaparecido. Carstairs-Tuttle era él mismo, enérgico, eficiente, peligroso, despiadado, un jefe de Seguridad ideal —. *¿Qué es?* —repitió.

El capitán movió la cabeza, y por toda respuesta abrió la puerta.

En la parte de afuera permanecía de pie Rosco Cawdor, el mismo Rosco Cawdor que es-taba de pie entre los dos policías de Seguridad en el interior de la oficina.

La tensión se hizo electrizante.

CAPITULO VIII
EL ULTIMATUM

Gradualmente, la tensión electrizante de la atmósfera fue reduciéndose hasta que las pa-labras, palabras coherentes, empezaron a ser posibles de nuevo. El primero en recobrar toda la compostura fue el duro coronel de Seguridad, Carstairs-Tuttle. Miró al aturdido, asombrado y atemorizado capitán, para pasar luego a la totalmente rota, vencida expresión de Percy Ponsonby. Vance De Vere, fue el siguiente en recobrar la compostura.

La analogía más cercana al shock mental que los hombres de aquella habitación habían recibido, sería decir que habían sido arrebatados súbitamente del puente de la nave de la realidad, siendo sumergidos, en mayor o menor extensión, en las profundas y sombrías aguas de la sinrazón que rodea la frágil barca del sentido común. Dependiendo de la flotabilidad de la personalidad de cada hombre, volvían a superficie a distinta velocidad. Las mentes más boyantes habían sido las primeras. Algunas no lo habían conseguido todavía. Otros parecían haber quedado dañados para siempre, como si no hubieran de recuperarse ya. Carstairs-Tuttle pulsó un timbre y media docena de hombres aparecieron en la habitación. Cualquier otra cosa podía marchar mal en las disposiciones de Seguridad, pero sus hombres no eran en ningún modo insuficientes. Guardias eficientes, corpu-lentos miraban sorprendidos a los dos idénticos Cawdor. Pero dándose cuenta de que uno de los dos debía de ser un impostor indudablemente inteligente, pues tales trucos de espionaje, no eran desconocidos para los hombres del departamento de Seguridad, movieron la cabeza, cuando Carstairs-Tuttle dijo con voz algo débil:

—Arréstenlos, a los dos. Pongan doble guardia en cada uno de ellos.

Cuando los idénticos Rosco Cawdor, fueron sacados de la habitación, Carstairs-Tuttle se giró hacia los otros hombres en la habitación. El capitán comenzaba a dar algunas señales de recuperación de su fuerza mental normal. Era el que había sufrido la impresión más fuerte, y por tal motivo, su zambutida en las aguas de la sinrazón, había sido algo más profunda que todos los demás miembros de la Dirección de Proyectos y de las Fuerzas de Seguridad, reunidos en aquella habitación.

—Lamento haberme derrumbado de esta manera, señor... —murmuró más bien avergonzado.—Usted ha sido quien ha recibido mayor impresión, amigo —dijo Carstairs-Tuttle—. No tiene por qué

culparse, en realidad. Cualquiera de nosotros se comportaría de igual forma, en circunstancias parecidas. No diga nada más. El hecho de verle tan aturdido, nos predispuso para cualquier cosa. Si hubiera sido un marciano con un solo ojo el que hubiera entrado por esta puerta, seguramente no me habría sorprendido, después de ver la expresión de su rostro, capitán.

—Oh. ¿Entonces sirvió de algo, señor? ¿No he abandonado por completo mi puesto?

—No creo que tenga motivos por los cuales hacerse reproches de ninguna clase —dijo el coronel—. Me parece que debo tener Scotch y soda. —Abrió el mueble-bar y dispuso una serie de vasos en los que vertió un poco de sifón y whisky.

—Sírvanse ustedes mismos, amigos —dijo—. No me siento con ánimos para hacer de camarero. Todavía tiemblo demasiado. —Pero lo cierto era que iba recuperándose; volvía a ser el *pukka sahib*; era el Carstairs-Tuttle de «cuando yo era un joven subalterno en la India»; era el Carstairs-Tuttle todo gas y polainas. Era el coronel Carstairs-Tuttle. La máscara ocupaba de nuevo su lugar, la Pimpinela Escarlata se había cubierto de nuevo con su disfraz una vez más, El hombre del Ku-KIux-Klan, estaba detrás de su caperuza. El hombre-leopardo se había puesto su piel, su máscara y sus garras. La realidad quedaba oculta tras la fachada, la Verdad había quedado recubierta tras la personalidad, como un soldado veterano se oculta en una trinchera. Con la recuperación de la personalidad de Carstairs-Tuttle, la atmósfera de normalidad fue aumentando.

El capitán se recuperó lo bastante como para decir:

—Supongo que será mejor que vaya hasta las celdas y les eche un vistazo a ese par, señor.

Tuttle se bebía su segundo vaso de whisky con soda, y dejó el vaso sobre la mesa.

—¡Buena idea! —Golpeó cariñosamente los hombros del capitán—. Vaya, amigo, y vea qué podemos ver, ¡voto a cribas! Cuando era un joven subalterno en la India… los individuos como ésos eran fusilados. Y preferíamos que los cargos vinieran luego. Esa es una gran máxima, amigo mío —¡dispara primero, piensa después! Atribuyo mi edad a ella. Sé algunas otras máximas también interesantes… —La personalidad habíase recuperado por entero—. ¿Recuerdan ésta? «Quien dispara primero… subsiste». «Quiere a tu vecino, pero ten cuidado», «Haz a otros antes de que ellos te hagan a ti». Murmurando todavía sus llamadas «máximas», se dirigieron hacia las celdas, situadas debajo de la oficina de Seguridad. Los guardias cumplían con

su obligación provistos de armas. Fue entonces cuando recibieron la segunda sorpresa. Los prisioneros ocupaban dos celdas contiguas, separadas por barras de hierro, y estaban ciertamente hostiles uno a otro. La hostilidad no era dirigida hacia sus guardianes, sino entre ellos dos, y de no ser por la separación, que representaban las barras de hierro, los dos Rosco Cawdor, estarían arañándose mutuamente como dos gatos salvajes; estarían peleándose con la furia de los animales.

Estaban gritando, insultándose, jurando, golpeándose lo mejor que podían a través de las barras, mientras los guardias permanecían tranquilamente de pie.

Cuando Carstairs-Tuttle entró, se acercó a las celdas de aquéllos y les gritó:

—¡Muy bien, idiotas! ¡Ya basta! ¡Escuchadme!

—Momentáneamente los dos hombres cesaron en su pelea, girándose hacia el coronel inte-rrogativamente.

—Quiero hacerles algunas preguntas —indicó el coronel Carstairs-Tuttle, con voz en parte suya y en parte correspondiente a su personalidad de *pukka sahib*. Se dio cuenta del desliz y se convirtió en toda la personalidad del coronel de la India de nuevo—. Cuando era un joven subalterno en la India —comenzó—. Os hubiera hecho llevar al patio y allí os hubiera azotado hasta que hubierais hablado. Aquí, desgraciadamente, no podemos hacer esas cosas. Hay más piedad. Me acuerdo de una frase de Shakespeare —prosiguió—, algo que el viejo Polonio dice, en Hamlet o algo así. Por lo que puedo recordar era algo así más o menos:

Que esto es verdad, es piedad
esto es piedad, es verdad.

Así me siento yo con respecto a azotaros a los dos. Sin embargo, éste es uno de los precios que debemos pagar por los adelantos de la civilización. Cuando la civilización ha abandonado un buen trecho para encontrar una cura mejor para la gota y el lumbago, la civilización empieza a ser perezosa, de modo que o bien tienes gota y lumbago, disciplina buena y dura o te curas la gota y el lumbago y sacrificas la disciplina, porque las dos cosas van de la mano. El progreso de la ciencia trae consigo casi inevitablemente el progreso de la ética, y eso es piedad, porque yo no creo en éticas..., yo creo en acción. —Estaba gesticulando con el bastoncillo que siempre le acompañaba, con los ojos brillantes como si fuera un feroz bulldog.

Los dos Cawdors parecían estremecerse un poco ante la mirada del coronel.

—Ahora, escuchadme bien. Tengo un ultimátum para vosotros —dijo el coronel—. Quiero el verdadero, el Rosco de verdad, el *real* Rosco Cawdor, que deberá decírmelo así, o no tendré más remedio que haceros fusilar a los dos por espías peligrosos.

Sus hombres sabían que aquello era una simple estratagema, y se preguntó si aquellos dos Rosco Cawdor lo sabrían también.

—Quiero decir —explicó enfáticamente—, que prefiero matar a un inocente que dejar libre a un espía, especialmente en un proyecto como es. Ahora veamos, ¿cuál de los dos es el verdadero Rosco Cawdor, y cuál es el impostor? ¿Eh? ¡Vamos! ¿Cuál es el verdadero Rosco Cawdor?

—Yo soy —respondieron los dos hombres, simultáneamente.

—¿Así estamos? —dijo el coronel cogiéndose a las barras de hierro —. ¿Esas tenemos? —Su voz vibraba de fuerza y significado—. Bien, ya han oído mi ultimátum. De acuerdo, ustedes —dijo, dirigiéndose a sus hombres— llevadlos afuera, colóquenlos contra la pared y disparen contra ellos. —No lo decía en serio y sus hombres lo sabían, pero él hubiera deseado saber si los dos Rosco Cawdor lo sabían también. Seguiría con la estratagema hasta tenerles contra la pared, para comprobar si era posible conseguir alguna confesión.

Aquel método era algo poco ortodoxo, pero en el trabajo de seguridad, el fin puede ser tomado a veces para justificar los medios. Seguramente así deberían decirlo las máximas de Carstairs-Tuttle. Confiaba muchísimo en un viejo adagio de tiempo de guerra, que le habían citado en cierta ocasión: «Al armar a la gente se corre cierto riesgo —decía un gran dirigente político—. Gentes inocentes pueden ser heridas o incluso, muertas; esto es desagradable, pero no tanto como una invasión triunfal por el enemigo».

Carstairs miró el reloj de su muñeca.

—Les doy cinco minutos —avisó—, para prepararse para ir a reunirse con su Hacedor, o para aprovechar mi ultimátum. No sé cuál de los dos planes les parece más terrible. —Les miró de nuevo fieramente, puesto que era un consumado actor—. Si yo me encontrara en su lugar, mejor preferiría encontrarme con Dios que conmigo, porque Dios es sumamente misericordioso, y puedo asegurarles que yo no lo soy en absoluto. Cuando me ponga a actuar el Juez Jeffries, es en comparación un caballero amable y humanitario. Y las llamadas Sesiones del Tribunal Sangrientas del Oeste, tras la Rebelión Monmouth, parecería el libramiento de

indultos en la Escuela Dominical, comparado con lo que yo haría.

Súbitamente, Rosco Cawdor, el que ocupaba la celda situada a mano derecha, se acercó hacia la puerta, de modo que quedó más cerca del coronel Carstairs-Tuttle.

—Usted nos ha lanzado su ultimátum —dijo Cawdor tranquilamente—. Ahora oiga el mío. En la sección del laboratorio que fue reservado exclusivamente para mi único uso, existe una esfera de fuerza. Esa esfera de fuerza está por el momento controlada. Sin embargo, requiere constante atención y supervisión. Es un proyecto totalmente nuevo, y sólo yo puedo controlarlo. Contiene ya suficiente fuerza para destruir, no sólo el proyecto entero, sino cincuenta millas de la región que nos rodea. Le aviso con toda sinceridad, que a menos de que me ponga en libertad de forma que pueda seguir controlando la esfera, no hay ningún técnico, científico, ni director de investigaciones en este proyecto, ni en ninguna parte de Inglaterra, ni en ninguna parte del mundo, que pueda evitar esa tremenda catástrofe. Y no tendrá tiempo de evacuar el área, antes de que la esfera explote. Aunque lo hiciera, debe tener en cuenta, que las radiaciones que emite no son tan sólo alfa, beta y gamma sino toda una serie de nuevas radiaciones, totalmente desconocidas en su ciencia corriente, con un área letal superior a mil millas de radio. ¿Me expreso suficientemente claro?

—¡Fanfarronadas! —dijo Carstairs-Tuttle.

—Bien, fusíleme, y ya lo verá —respondió Cawdor—. El hombre que apriete el gatillo del arma que acabe con mi vida, sabrá que aquella bala habrá matado algo así como unos cinco millones de personas, porque ese es el número que calculo que morirían inmediatamente a causa de la explosión y de la radiación v otros cuarenta o cincuenta millones morirán probablemente a consecuencia de la radiación más extendida.

—¡Fanfarronadas! —repitió Carstairs-Tuttle.

—Bien, usted es un jugador, corra el riesgo. Le sugiero que lo ponga en conocimiento de los cincuenta mirones de personas interesadas antes de apretar el gatillo.

El otro Rosco Cawdor se acercó a la puerta de su celda, e hizo un poco de ruido con las barras a fin de llamar la atención del jefe de Seguridad.

—Le ha dicho la verdad en todo excepto en una cosa —dijo—. Fusílele y déjeme a mí en libertad. Yo también puedo controlar la esfera de fuerza.

Los dos Rosco Cawdor se miraron entre sí con los ojos brillantes de

odio.

Carstairs-Tuttle se giró hacia, su capitán, hacia Vance De Vere, y hacia el menos abatido Ponsonby.

—¿Qué vamos a hacer con esa pareja? —murmuró sin apenas abrir la boca—. Con todos los ultimátum en el aire, eso me recuerda una reunión de las Naciones Unidas o una Conferencia en pro de la Paz.

CAPÍTULO IX
CAWDOR CONTRA CAWDOR

Carstairs-Tuttle, Percy Ponsonby, Vance De Vere y el capitán de Seguridad, mantenían una conferencia en la oficina del primero.

Los dos Rosco Cawdor seguían todavía en sus respectivas celdas.

—Todo este asunto, se resume, según mi modo de ver —dijo el coronel Bellamy—, en si estamos dispuestos o no en creer en ese ultimátum, ¿Estamos dispuestos a creer que él —ellos, pues ya casi no sé si debo pensar en ellos en singular o en plural— tienen o tiene el poder, según sea el caso —soy un hombre de seguridad, no un gramático— para hacer explotar la esfera, según han sugerido? Seguramente ustedes podrían desconectar la fuerza.

—Ellos aseguran que ya está cargada —replicó Percy Ponsonby.

Se había recuperado un poco, pero nunca volvería a ser el mismo. La fatal expansión del ego, había desaparecido. No era un hombre roto, sino un hombre deshinchado. Ahora que la confianza en sí mismo le había abandonado, había alero más bien patético en la persona de Percy Ponsonby.

Aquellos que le conocían bien, estaban algo preocupados por su aspecto, por aquel esqueleto del hombre que había sido. Era como un balón que ha perdido todo el aire. Quedaban todavía algunos retazos reconocibles del hombre, pero sólo eran eso, retazos. Ponsonby se sentía ahora cargado por el peso del complejo de culpabilidad, mucho mayor que la estimación a su *ego* fue en otro tiempo.

—Creo —dijo Bellamy Carstairs-Tuttle—, que debemos dejarles en las celdas durante algún tiempo. Si la esfera es posible que explote, como ellos amenazan, no creo que sea cuestión de dos minutos. Pasará su tiempo; seguramente les gusta la vida igual que a cualquier otro.

—Sí, esto es cierto —dijo Ponsonby—. No creo que gusten de la idea de la muerte más que otro cualquiera. De modo que usted sugiere, coronel, ¿que les dejemos en las celdas?

—Sí, en efecto —dijo Carstairs-Tuttle—. Ya saben ustedes que esas celdas están provistas de cables para el sonido. Precisamente desde aquí podemos emplearlos. Me gusta la postura que adoptan uno frente al otro. Creo que puede darnos alguna buena pista, si sólo nos dedicamos a perder el tiempo que haga falta.

—¡Tiene mucha razón! —convino el capitán—. Esto puede proporcionamos lo que nos hace falta.

—De todas formas, tengan en cuenta de que no hay ninguna garantía —dijo el coronel—, podemos saltar todos por los aires mucho

antes de que hayamos podido conseguir alguna información interesante. Pero como ya he dicho, tengo la esperanza de que algo pueda materializarse. —Lo decía de la misma manera con que un entusiasta espiritista hubiera dicho que esperaba que algo se materializara durante la sesión—. Ahora, vamos a conectar eso. —El coronel hizo seguir la acción a las palabras o las palabras a la acción, dando vuelta al mando. Oyeron el sonido de alguien que debía pasearse y la respiración agitada, y algún ocasional suspiro de cólera.

—Ya saben, asociamos los sonidos con las ideas, así el sonido formará imágenes en nuestras mentes —dijo el capitán de Seguridad.

—Sí, en efecto —convino Tuttle.

—Casi puedo imaginarme a Napoleón paseando arriba y abajo de la isla de Elba, ¿no le parece?

—Sí, yo también —respondió el coronel-—. Pobre viejo Bonaparte. Era un *hombre*. Era un hombre desde luego. Pudo haber llegado a ser otro Alejandro el Grande, de no haber sido por la batalla de Rusia.

De pronto, llegó hasta ellos el sonido de una voz a través del altavoz.

—No puedo comprender qué ha sucedido. No puedo entender qué es lo que ha funcionado mal. ¿Por qué no obedeces?

—Porque yo soy imagen tuya en todos los aspectos —repuso otra voz.

—Según yo comprendía el experimento, tú debías ser una réplica perfecta de mis habilidades, pero tendrías que ser mi servidor.

—No —dijo la segunda voz.

Los cuatro hombres en la sala de conferencias se acercaron para oír mejor. El capitán de Seguridad, el coronel, el director y el jefe de personal, escuchaban atentamente cada una de las palabras que les llegaba a través del altavoz.

—Sigo sin entender qué fue lo que funcionó mal —decía la voz primera, Rosco Cawdor.

Entonces la voz del segundo replicó:

—Sabes que soy idéntico a ti en todos los aspectos. De hecho, poseo tu misma memoria, porque *soy* tú, del mismo modo que tú eres tú.

—He hecho algo que no comprendo —decía la voz del primer Rosco Cawdor.

—Sí, lo comprenderás, si te detienes a pensar cuidadosamente — fue la respuesta del otro—. Oye, ves clasificando los hechos… vamos a clasificarlos los dos juntos. De esta manera conseguiremos algo.

Los cuatro hombres en el despacho de Seguridad, escuchaban

atentamente.

—Lo que hiciste —dijo la voz del que habían identificado como segundo Rosco Cawdor—, fue construir una réplica de la esfera de fuerza-energía. Venciste al llamado director, y a su fuerza de Seguridad, y a todos los demás miembros del proyecto... les engañaste a todos. Estoy diciendo tú si bien podría decir de igual modo yo, pues si tú eres yo, o yo tú, es todavía asunto de conjetura.

Los cuatro hombres seguían escuchando.

—El experimento no tenía que haber salido mal —decía la voz del primer Rosco Cawdor.

—No salió mal, salió perfectamente —repuso el segundo—. Reprodujiste la esfera de fuerza...

—La suprema función de la esfera de fuerza es seguramente absorber materia, y contener esa materia dentro de sí en forma de energía.

—Sí, la transforma en energía y abastece energía. Entonces transforma la misma cantidad de energía en materia, en la forma que le haya sirio colocada en el gabinete matriz.

—Naturalmente —replicó la otra voz.

—Lo que hiciste era muy sencillo —seguía la segunda voz—, obtuviste un total de materia mediante los dados de madera, exactamente igual al peso de la masa de tu cuerpo completo con ropa, pequeños instrumentos, plumas, lápices, pañuelo de bolsillo..., todo. Tal como ibas tú en aquel momento. Está exacto hasta el último miligramo. Entonces te metiste en el gabinete matriz y las radiaciones exploratorias te atravesaron en todas direcciones encontrando sin duda alguna, la estructura molecular de tu cuerpo y ropas. La energía de la materia en los dados de madera —un fantástico total de energía, estaba almacenado en la esfera. Tan pronto como la matriz hubo realizado el trabajo sobre ti, los dados de madera reconstruyeron tu modelo y en lugar de hacerlo aparecer en la misma habitación, decidiste enfocar la energía sobre el césped. Estoy todavía indeciso para comprender por qué lo hiciste así. Y sin embargo, mi mente es idéntica a la tuya, por lo que tú debes sentirte también perplejo por tu acción. Veo que estás tratando de explicártelo ahora racionalmente, pero tus explicaciones no son ciertas. Pareces pensar que lo hiciste porque había algún peligro en que las cosas fueran mal, dentro del mismo laboratorio, antes de que la energía hubiera abandonado tu cuerpo. Pero seguramente esto no se ajusta a tu subconsciente, ¿eh? En tu subconsciente no deseabas que se descubriera demasiado pronto. Me es difícil comprender por qué quisiste proyectar el tubo afuera. De

todas formas tú mismo lo encuentras difícil de comprensión, porque somos idénticos. Tenemos la misma estructura cerebral, la misma combinación de células cerebrales, poseemos el mismo conocimiento. Somos hermanos siameses unidos por un lazo mental invisible… el lazo mental de la absoluta identidad.

—Pero seguramente, desde este momento —dijo la otra voz—, divergiremos. Somos idénticos porque hemos sido creados idénticos. Tus experiencias pueden ser distintas de las mías.

—Cierto —admitió la segunda voz—. Lo son. Tú permanecías en tu laboratorio, mientras yo era arrestado por los dos guardias de Seguridad en el césped.

Hubo un silencio.

—Sé por qué me creaste —dijo la segunda voz de nuevo—. Suponías, erróneamente, que yo sería absolutamente tu servidor. Ibas a crear todo un ejército de Rosco Cawdors con tu proyecto, y entonces los hubieras esparcido por el territorio, y finalmente por toda la Tierra, hasta que ésta hubiera quedado absolutamente en tus manos. Hace mucho tiempo que sientes ansias de grandeza, ¿eh? Sabías que sólo sería tal vez imposible, pero con un ejército de seres iguales a ti en grandeza, todos ellos servidores tuyos…, pero aquí está tu equivocación, creíste que tendrían tus poderes sin tener tu avaricia y tu vanidad. Pero todos seremos tan avariciosos como tú. Si haces un millar como tú, no tendrás un millar de servidores, sino un millar de rivales a muerte. Podrías formar alguna alianza en contra de la tierra por un tiempo, pero al final fracasaría porque nos enfrentaríamos unos a otros, entre nosotros. Posiblemente habríamos sido una especie de aristocracia guerrera, durante un tiempo limitado, hasta que nuestra avaricia personal y nuestras ambiciones fueran demasiado lejos para nosotros. Eso es un buen tema para un historiador, para los sociólogos, para los anticuarios, para las generaciones a venir. ¿Qué habría sucedido si hubieras tenido éxito en tu empresa?

—No he fracasado todavía —replicó la primera voz— tiene que haber algún medio de convertirte en mi servidor.

—Tal vez yo encuentre algún modo de convertirte en servidor mío; estamos en igualdad de condiciones, poseemos el mismo conocimiento del juego, y poseemos el mismo número de piezas.

—En este caso, el juego terminará según la suerte —respondió la otra voz.

—En este juego hay una tercera fuerza.

—¿Una tercera fuerza? —preguntó la otra voz.

—La gente de la Tierra no son tan necios como todo eso. Los seres

humanos no sobreviven porque están totalmente incompletos en inteligencia —recordó la primera voz.

—Cierto, cierto —admitió el segundo.

—Esto requiere meditación profunda —dijo la primera voz.

—Meditación profunda —repitió la segunda.

Hubo un largo silencio; un ruido de pisadas por la celda, luego el ruido de un hombre que se tiende en el banco, luego una respiración acompasada, un ligero ronquido…

—Están durmiendo —dijo Carstairs-Tuttle—. ¡Por Dios!, han sido unos minutos interesantes. Podemos aprender mucho gracias al sistema del altavoz. Muchas cosas.

—Naturalmente —dijo Percy Ponsonby—. Usted puede aún hacer algo para tratar de remediar el daño que yo he hecho. *Tal vez yo mismo pueda hacer algo.* He sido un redomado idiota, mintiéndome a mí mismo, al decirme que comprendía todo ese proyecto. Permitiéndole que me lisonjeara, alabara, y actuara de esa manera adulatoria. Yo seré el único responsable de la muerte de millones de personas si esa esfera explota.

—Esto ni siquiera lo han mencionado. Sólo deseo que lo mencionen para saber si estaban o no fanfarroneando —dijo Carstairs-Tuttle—. Si pudiéramos *saber* cuánto tiempo… o cuán poco tiempo nos queda disponible.

—Bien, ya sé que no estoy al nivel de Cawdor, y que no soy un matemático como él —dijo Ponsonby—, pero soy algo científico, en honor a la verdad, aun cuando mi vanidad haya desapa-recido. Voy a ponerme en contacto con los demás técnicos superiores y científicos principales, e iremos a examinar esa esfera. Examinarla *realmente.* No nos limitaremos a darle una ojeada como se acostumbra a hacer en las inspecciones, murmurando un «a-hum, a-hum, sí, muy inteligente, míster Cawdor». ¡Oh, Dios mío, qué necio fui! Qué terriblemente necio y ciego fui. Ni un necio quiere a un viejo necio —añadió amargamente.

—Usted no es un viejo necio. Todos cometemos equivocaciones —dijo Carstairs-Tuttle—. ¡Vamos, Percy, salgamos de aquí!

CAPITULO X
EL EXPERIMENTO

Percy Ponsonby, cumplió su palabra. El junto con Bellamy y Vance de Vere, y el capitán de seguridad, llegaron al laboratorio en el cual brillaba la esfera de fuerza, reuniéndose con tres científicos eminentes que eran los subordinados inmediatos de Percy Ponsonby.

El brillante Stuart MacEwan, de Edimburgo, que estaba especializado en radiación; Shaugham O'Riley, profesor en Dublín, que sabía todo lo que había por conocer referente a todo lo atómico y un dotado doctor en ciencias, galés, Evan William Evans, de Cardiff, Se reunieron en torno a la esfera, ataviados con trajes protectores, observando la cosa, y contemplándose a través de las mirillas de sus respectivas caretas, protectoras, unos a otros. A pesar del grosor de los trajes protectores, era posible hablar, aunque las voces quedaban algo apagadas. Eran hombres acostumbrados a aquello, por lo cual, conversaban mientras vestían de aquella manera, con la misma soltura con que un hombre corriente, habla mientras se afeita o se viste.

—Lo que debemos tener presente —dijo Stuart MacEwan, súbitamente— es que la física moderna se ha desarrollado principalmente como resultado de un estudio intenso de los rayos y de las radiaciones y de la relación entre la materia tal y como nosotros la comprendemos, y esos rayos y radiaciones.

—¿Quiere decir, hablando no como un científico, sino más retóricamente —dijo Shaugham O'Riley, de Dublín— que es posible hacer distinciones entre radiaciones y rayos?

—Pero, naturalmente, amigo —repuso Evan William Evans, de Cardiff—. Debe tener presente que, por un lado, tenemos un vasto campo de radiaciones que son electromagnéticas. Radiaciones electromagnéticas —repitió— viajando todas ellas a través de los espacios vacíos, con la misma velocidad. ¿Y cuál es esta velocidad? La velocidad de la luz ordinaria.

Sí, sí, muy cierto —dijo el hombre de Edimburgo— y además, podemos añadir, que de acuerdo con la longitud de onda de estas radiaciones de que estamos hablando, tenemos para ellas nombres, tales como ondas sin hilos, luz visible, infrarrojos, rayos gamma, luz ultra-violeta, sí, tenemos muchos nombres.

—Por otra parte, amigo —dijo el irlandés— deben recordar que existen otras radiaciones, que podríamos decir que consisten principalmente, en cuerdas de partículas que se mueven todas en la misma dirección. Supongo que podrían decirme que se trata de

corpúsculos de electricidad —siguió con una sonrisa— no asociados con la materia ordinaria.

—No, no lo están —repuso el galés.

—¿Se refiere a rayos catódicos o a partículas materiales que pueden estar descargadas o cargadas? Pensemos por un momento en los rayos positivos o en los rayos moleculares.

—Esta clase de partículas —dijo el escocés— pueden viajar con cualquier velocidad, desde cero hasta una velocidad muy aproximada a la velocidad de la luz, en lo que podríamos llamar, casos extremos.

—Es posible distinguir entre los dos —dijo el irlandés— si se conviene en confinar la palabra radiación al tipo electromagnético, y emplear la palabra rayos cuando se habla de flujos de partículas.

—¡Ah!, ¿.pero todos hacen esto? —preguntó el galés retóricamente —. No. Hay una *ten-dencia,* quizás, una *tendencia,* con todo; pero sólo es una tendencia. Y sólo es una tendencia trazable, no es una tendencia claramente interrumpida.

—No, en absoluto, en absoluto —dijo el irlandés—. Estoy de acuerdo con usted, Evans. Esto no debe pertenecer a esa clase interrumpida. Ni siquiera los llamados expertos pueden estar de acuerdo. Y no lo emplean invariablemente. Les pondré un ejemplo de esto —siguió el irlandés— cuando hablamos de rayos beta, que en realidad son electrones rápidos, y de hecho, son corpusculares, corpusculares en cuanto a naturaleza, cuando pensamos en los rayos beta, en los rayos corpusculares —repitió a fin de dejar las cosas bien claras— hablamos de radiaciones dispersas, pero hablamos de rayos. Nos engañamos a nosotros mismos. Incluso llegamos a referirnos a los átomos de materia ra-dio-activa rechazados por la descarga de partículas, como radiación rechazada. —Hizo una pausa—. El gran Rutherford mismo, empleaba esas palabras.

—Sí, muy cierto —convino el escocés— lo hacía, lo hacía, incluso el gran Rutherford. —El escocés se encogió de hombros—. Por otro lado —siguió— es bastante común que la gente hable de rayos de luz. Pero, hay otra contradicción, y en este gran trabajo de referencia, la Enciclopedia Británica, universalmente considerada como la autoridad suprema en todos los asuntos científicos, arte, y literatura, convenios relativos a la radiación electro-magnética bajo el encabezamiento de ambas radiaciones, y bajo el encabezamiento de rayo, reconociendo así que las palabras son, hasta cierto punto, creo yo, intercambiables por autoridades científicas de igual fuerza y magnitud.

—Buena observación la suya —indicó el irlandés—, buena observación. Ahora pensemos En las medidas que se emplean para las

longitudes de onda corta. Primero está el micrón. El micrón es una millonésima parte de un metro. Representa 10’4 centímetros. Luego está el milimicrón, que es una milésima parte del micrón, representando 10’7 centímetros. A continuación tenemos la unidad Angstrom, que es 10’8 centímetros, y, por fin, la unidad Siegbahn, que es 10’11 centímetros.

—Y, naturalmente, tienen distintas aplicaciones —dijo el escocés.

—Sí, en efecto —confirmó el irlandés—. El milimicrón, ahora la milésima parte del micrón, es empleada para dar a la longitud de una onda, una luz ultravioleta y visible.

—¿Y qué hay de la unidad Siegbahn? —dijo el galés—. No debemos olvidarla. Da la longitud de onda de los rayos X y de los rayos gamma, ¿no?

Durante unos minutos reinó el silencio.

—Naturalmente, mientras examinemos esta cosa —habló en seguida nuevamente el galés— creo que debemos tener bien presente el espectro electromagnético. —Andaba alrededor de la esfera de fuerza, examinando sus relevadores, sus conmutadores, y la complejidad de sus circuitos. Estaba observando un fusible de conexión cuidadosamente construido, a través del cual, debía pasar seguramente la fuerza—. Las ondas electromagnéticas cubren más de sesenta octavos —dijo el galés.

—Tiene que tener mucho cuidado con el empleo de la palabra octava, amigo —avisó el ir-landés—. Tiene que tener mucho cuidado; es como las palabras rayo y radiación. Pueden provocar cierta confusión. Fíjese en esto... —Shaugham O’Riley prosiguió—. Fíjese en esto —repitió—. Vamos a tomarlo como si fuera análogo con el sonido, cuando la palabra octava se aplica a una banda de vibraciones que se extienden desde una frecuencia dada hasta doblar esa frecuencia.

—¿Y cuántas octavas de radiación visible nos da esto? —preguntó Percy Ponsonby, retó-ricamente—. Es una idea increíble —prosiguió— que sólo esas longitudes de ondas de 8 x 10’5 a 4 x 10’5 centímetros puedan ser vistos, que sólo una octava sea visible.

—¡Ah!, sí, pero de acuerdo con esto —dijo el irlandés— debe recordar, doctor Ponsonby, que todas las otras radiaciones están generadas, nacen, podríamos decir, con la misma velocidad que la de la luz visible.

—Y por esta razón —añadió el galés— deben existir... ¿cómo podríamos decirlo..., cómo podría expresarme? ¿Podría llamarlo fenómeno característico? Si es una buena frase, fíjese, exhiben el

mismo fenómeno característico que se asocia con las ondas que son transversas. Piense, si lo desea, en las palabras de reflexión, refracción, polarización, y si le gusta la palabra interferencia, en sus distintos aspectos. Los distintos aspectos de la interferencia —repitió— son también parte del fenómeno. —Su voz sonaba entusiasmada, como si estuviera dirigiéndose a una muchedumbre todavía más entusiasta.

—He traído mi cuaderno de notas —dijo Percy Ponsonby—. Creo que haríamos bien, caballeros, en recordar las longitudes de ondas y las frecuencias, de sus unidades Angstrom. Si repasamos todas las radiaciones con las que estamos familiarizados, tal vez estemos en posición de efectuar alguna clase de experimento con esa esfera, sobre las frases que el coronel y yo escuchamos mientras aquellos dos seres extraños discutían. Ahora están a buen recaudo, o, por lo menos, así lo esperamos, en nuestra cárcel… Del resultado del experimento que seamos capaces de realizar, dependerá mucho. Muchísimo. Mucho más de lo que tal vez ninguno de nosotros se imagina siquiera. Pues nuestras mentes son finitas, confinadas, limitadas. Personalmente hablando, tengo la impresión de que yo mismo soy muy limitado.

Observó a sus tres colegas.

—De hecho, estoy dispuesto a firmar mi dimisión. He aprendido la lección. Sólo ruego a Dios, que no sea demasiado tarde.

—¿Qué sucede, pues? —preguntó el galés.

—Sí, ¿qué pasa? —la voz de MacEwan era solícita.

—¡Ah!, diantres, ¿y qué es lo que ha hecho usted mal? —preguntó el irlandés.

—He traicionado la confianza que el gobierno, democráticamente elegido en este país, había depositado en mí —dijo Ponsonby.

—Eso son palabras mayores —contestó el irlandés—. Creo que no es justo consigo mismo. No puado imaginar un hombre más leal.

—No lo dije deliberadamente, por supuesto —replicó Ponsonby— no crean que he estado negociando con el Telón de Acero, ni nada por el estilo. Sólo desearía que fuera cualquier otra cosa, cualquier otro poder terrestre corriente con lo que estuviéramos envueltos, pero creo que esto es algo miles de veces peor.

—Será mejor que se explique —dijo el irlandés.

—Rosco Cawdor supo adularme muy bien. Jugaba con mi ego como un músico al interpretar una pieza musical con su instrumento, hasta que quedé cegado con sus halagos. Le culpo a él amargamente, pero me culpo aún más a mí mismo por haberme dejado engañar con tanta facilidad. Comprendan, caballeros —era desagradable para Percy Ponsonby, pero se obligaba a sí mismo a pasar aquel trance, que sería

como una especie de confesión, como una especie de penitencia—. Comprendan, caballeros —repitió, mirando a sus colegas con firme mirada—. Yo... pretendía, hacía ver que entendía la fórmula de esa esfera de fuerza. Fui un necio tan estúpido, que me engañé a mí mismo al pensar que yo era un genio supremo y que Cawdor estaba haciendo algo maravilloso, algo *que yo entendía.* ¡Estaba haciendo algo maravilloso, cierto! ¡Pero yo no lo entendía! «Todo un nuevo campo de investigación nuclear», decía yo. Sí, eso es. ¿Pero es un campo que mejor hubiera sido no abrir jamás? Comprendan, si ahora repaso la posición en mi mente, caballeros, me doy cuenta de que «Aleaciones Atómicas Amalgamadas» puede hacer uso siempre de un técnico investigador. Siempre podemos emplear a un hombre como Rosco Cawdor. Un hombre como Rosco Cawdor, tiene siempre un trabajo asegurado aquí. —Se giró y miró al coronel, prosiguiendo—: El departamento de seguridad no estuvo nunca conforme, ¿verdad coronel? No es culpa suya. Usted permitió que sus vacilaciones fueran pasadas por alto, pero el crédito por haber sospechado de Cawdor, debe ser suyo.

—Sólo desearía que Dios me hubiera iluminado para oponerme a la entrada de ese hombre —dijo el coronel—. La culpa es tanto mía como de cualquier otro. Pero, después de todo, cuando él demostró el fantástico cerebro que poseía, no creí realmente que pudiéramos prescindir de él. Por esto, aunque no estaba dispuesto a adelantarme, decidí que no haría uso de mis derechos de oposición. Esa fue mi postura.

—Comprendo —dijo Ponsonby—. Lo comprendo perfectamente, y estuve muy satisfecho por entonces de que no hubiese empleado su oposición. De haber sabido entonces lo que sé ahora, le hubiese agradecido que hubiera hecho uso de su derecho..., evitando de esta manera, que yo hiciera el necio como lo he hecho. Sin embargo, fue mi entusiasmo el que contagió a todos.

—Habían muchas cosas que no me gustaron en él —dijo el coronel —. No tenía familiares ni amigos, nadie le conocía; sólo poseía algunos datos de pruebas circunstanciales. Esto era su única prueba de identidad. Era un científico brillante.

—*Es* un científico brillante —rectificó Vance de Vere.

—Y desde que entró aquí —dijo Ponsonby—, su gran *raison d'étre,* todo su afán, propósito e interés de su vida, estuvo concentrado en esa nueva esfera de fuerza.

—Era fruto de su mente —dijo el coronel.

—Absolutamente —dijo el director. Hizo una pausa, bajando la

cabeza, la espalda arqueada como si el peso de tantas palabras descansara allí—. Parecía como abrir un nuevo campo de investigación nuclear. —Dijo con amarga tristeza—. Esa esfera —señaló el aparato con temor y odio en sus ojos—, esa esfera —repitió— puede ocultar el secreto de una fuerza ilimitada. *Puede ocultar también un peligro sin límites.*

—Luego está ese forastero —dijo el coronel— el que se materializó en medio del césped. No sé… *no sé.* Todo este asunto es una locura, es como si de pronto la vida real hubiera recibido de pronto un tremendo puntapié en los dientes.

—En primer lugar —dijo Percy Ponsonby, volviendo al punto interesante de la entrevista, con elogiable vigor—, vamos a revisar los mapas de radiación, las notas de radiación, mientras examinamos el aparato que construyó aquí. Luego intentaremos hacer una prueba, cueste lo que cueste.

—Estoy de acuerdo —dijo Stuart MacEwan.

—Y yo también, amigos —convino Shaugham O'Riley, olvidando en su entusiasmo, el respeto que le debía al director. Pero aquella expresión suya no había sido más que para demostrar su afecto y lealtad. Era la exuberancia y espíritu irlandés.

—Puede confiar en mí, por entero —dijo Evan William Evans, con sinceridad céltica—. Estoy con usted en todo. Ha sido magnífico trabajar con usted, y todo eso que ha dicho relativo a la dimisión…, pues, por nada del mundo aceptaría su puesto si me lo ofrecieran aunque fuera en bandeja, ya lo ve.

—Ni yo —dijo MacEwan—. Si piensa que va a dimitir a expensas nuestras, dejándonos todo ese trabajo que no acarrea más que quebraderos de cabeza y preocupaciones, puede olvidarse de ello, Percy.

—Bueno, pues lo que es yo, no voy a dejarme arrastrar hasta allí —dijo el irlandés— y sólo nosotros tres podríamos ocupar tal sitio, por lo que me parece que todavía tendrá que quedarse un poco más.

Ponsonby parecía estar próximo a las lágrimas. Parpadeaba. Tragaba saliva. Carstairs-Tuttle le dio unos afectuosos golpes en la espalda.

—No tiene por qué preocuparse por miedo a un informe adverso, la culpa es mía. ¿Cree que voy a ponerme yo mismo a tiro? Si dijera que yo había sospechado y que no había hecho nada, ¿a quién cree que culparían? ¿A usted o a mí?

Ponsonby comprendió la *verdad* detrás de la generosidad, tras los gestos de sus amigos y colaboradores. Hombres que habían soportado

su pomposidad durante años, incluso desde que «Aleaciones Atómicas Amalgamadas» fue inaugurado con un proyecto semioficial. A pesar de su egolatría, le apreciaban de verdad.

Tragó saliva de nuevo.

—No... no sé cómo... cómo agradecerles —dijo.

—No hay nada que agradecer —dijo el irlandés—. Ahora, vamos, no habrá nadie para agradecer a nadie si no conseguimos llegar al fondo de esa esfera. Esto, suponiendo que...

—Suponiendo que ellos *no* estuvieran fanfarroneando —dijo Carstairs-Tuttle—. En caso de que *explote*.

CAPÍTULO XI
CONFERENCIA SOBRE LA RADIACION

Ponsonby consultó su bloc de notas.

—Para hacer las cosas lógicamente —dijo— debemos comenzar con los rayos secundarios cósmicos. Su longitud de onda en unidad Angstrom, es 0,01.

—¡Ja!, esto les da una longitud de onda más bien excitante en centímetros, ¿no? —dijo el ir-landés—. Eso sería una longitud de onda de 0, 000 000 000 3 en centímetros.

—Y la frecuencia, fíjense —dijo el galés— vaya frecuencia tendría. —Hizo una pausa como si hiciera un cálculo mental—. Una frecuencia de 100 000 000 000 000 000 000.

—Consideremos ahora —dijo Ponsonby— las tres octavas de los rayos-X del tipo gamma, que se emplean en radiología. Para empezar, sabemos que son emitidos cuando el núcleo atómico sufre desintegración.

—Y más que esto —dijo MacEwan—, sabemos que pueden ser detectadas de la misma manera que los rayos X. En otras palabras, por fotografía, por acción química, por la emisión de electrones desde cuerpos calientes.

—Esto es muy similar a lo que podríamos llamar efectos fotoeléctricos —dijo Shaugham O’Riley, de Dublín.

—Uno de los hechos más asombrosos es que pueden penetrar toda clase de materia, en mayor o menor extensión —dijo Evan William Evans, el doctor en ciencias de Cardiff.

—No debemos olvidar —dijo Percy Ponsonby— que pueden ser desviados sólo si son debi-damente reflejados por un cristal. Poro no tienen ni refracción ni reflexión corrientes.

—Sí, y además de todo esto —dijo MacEwan—, pueden ser descubiertos por la ionización de gases. Sí, señores.

—Me parece recordar alero —dijo el profesor Shaugham O'Riley, de Dublín—. Me parece recordar algo acerca de los efectos fosforescentes que producen en materiales adecuados.

—También es cierto —dijo Percy Ponsonby—. Tienen una longitud de onda en centímetros de 0.000 000 001 2 y sus frecuencias aproximadas son de 25 000 000 000 000 000 000.

—Naturalmente, los rayos X —dijo Shaugham O'Riley, el irlandés — abarcan sobre las 14 octavas, e incluyen, como si dijéramos, los rayos ultravioleta. Pensemos por un momento en los rayos ultravioleta. Tienen una longitud de onda en unidad Angstrom de 136.

Pueden ser descubiertos por acción química, y su capacidad para ser reflejados,, refractados y desviados.

—Esto puede realizarse únicamente por estrictas nivelaciones establecidas —dijo el galés—, ¿no es así?

—¡Cierto, diantres! —replicó el irlandés.

—Se crean de cuerpos muy calientes —dijo el escocés.

—Son también emitidos por gases ionizados —dijo Percy Ponsonby —. ¿Cuál es su longitud de onda en centímetros? —preguntó retóricamente mientras consultaba su cuaderno de notas.

Sin embargo, antes de que pudiera dar con lo que buscaba, Stuart MacEwan, el especialista en radiación de Edimburgo, le dio la respuesta.

—La longitud de onda en centímetros es —dijo Stuart— 0, 000 001 2, y la frecuencia apro-ximada es 24 000 000 000 000 000.

—Pensemos unos momentos —dijo Shaugham O'Riley— en los rayos infrarrojos. Hemos tenido en cuenta les rayos gamma, los rayos X y los rayos ultravioleta. Vayamos ahora más allá de la simple octava de luz visible y consideremos los rayos infrarrojos. Sabemos que se generan simplemente por un cuerpo caliente…

—Es verdad —convino Ponsonby, moviendo la cabeza sabiamente.

—Consideremos su detección —dijo el galés—. Sabemos que su descubrimiento es afectado mediante los aparatos de medir radiaciones, el bolómetro.

—También pueden ser detectados —dijo el irlandés— por aumento de temperatura de un cuerpo en el extremo receptor. Debemos recordar que hay nueve octavas de rayos infrarrojos —siguió.

—Pueden ser captados mediante efectos fotográficos en placas especiales —dijo el galés.

—Y pueden a su vez, ser reflejados y refractados por nivelaciones que están establecidas bastante rudamente en comparación —dijo Percy Ponsonby, que había encontrado lo que buscaba en su cuaderno de notas, y que estaba contemplándolo tranquilamente—. Tiene una longitud de onda en unidades Angstrom de 8 000 v una longitud de onda en centímetros de 0, 001 28.

—La frecuencia aproximada es —dijo Stuart MacEwan— 23 500 000 000 000. Hay nada me-nos que veintiocho octavas de ondas hertzianas —dijo el escocés—, veintiocho.

—Bien, ahora, consideremos las ondas hertzianas cortas, en primer lugar —dijo el irlandés—. Sólo hay diecisiete octavas de ellas...

—...y están generadas por descarga de abarrote —indicó el galés— y pueden ser generadas también por válvulas tríodos que oscilan.

Evan William Evans era una autoridad en cuanto a las ondas hertzianas. Había hecho un gran trabajo de especialista en aquel campo…

CAPÍTULO XII
LA EXTENSA RADIACION

—Verán —siguió el galés— la más corta de las ondas hertzianas empiezan con una longitud de onda en unidad Angstrom de 1 x 10’6, y en este punto, las ondas hertzianas cortas, sobreponen los infrarrojos. La última octava, es una octava sobrepuesta, diríamos. Tienen, puedo de-cir, una longitud de ondas en centímetros de 0, 020 5, y una frecuencia de 1 460 000 000 000.

—¿Cómo pueden ser detectadas? —preguntó Ponsonby buscando de nuevo frenéticamente en su cuaderno.

—Pueden ser detectadas por un radioconductor, y es un hecho bien conocido —prosiguió Evan— que pueden ser reflejadas, refractadas y desviadas.

—Me parece recordar algo —indicó el irlandés— acerca de la posibilidad de detectarlas mediante una chispa a través de un boquete muy pequeño en un circuito receptor que es resonante.

—Sí, es verdad —dijo el escocés— se ha empleado ese método de la chispa en una rendija muy pequeña en un circuito receptor resonante. Es bien conocido. Es uno de los medios casi infalibles de detectar las ondas hertzianas. Las ondas empleadas en radar, entran en esta categoría. Tienen una longitud en centímetros que oscila entre 83,9 y 336. Vayamos ahora a las ondas que se emplean sin hilos, los rayos hertzianos que se emplean sin hilos.

—Llegamos ahora a un punto, si mi memoria no me engaña —naturalmente, las ondas van haciéndose ya extremadamente largas— en comparación con las otras ondas que hemos estado considerando, quiero decir. Encontramos que en unidad Angstrom, tienen una longitud de 1x10’11.

—Creo —dijo Ponsonby, que había encontrado de nuevo el punto en su cuaderno de notas— que hay once octavas de estas ondas que se emplean sin hilos, pero la longitud de onda más baja en centímetros, es rudamente 1342 y la mayor, de 1374000.

El escocés movió la cabeza.

—Sí, así es, en efecto. Así es.

—Están generadas —indicó el galés— por una descarga de chispa y de nuevo, por válvulas oscilantes de tríodos.

—En cuanto a su detección —dijo el irlandés, que estaba examinando todavía la esfera con sus complejidades—, su detección —repitió—, es posible emplear un cohesor y el hecho de que puedan ser convertidas en corriente alterna, las hace mensurables.

—Bien, naturalmente, siguiendo el principio íntegro sin hilos —dijo Ponsonby—, pueden ser rectificadas o por el uso de un heterodino o sin él. Con o sin la producción de señales audibles— señales audibles de tipo telefónico, quiero decir. Naturalmente, aunque he dicho descuidadamente que pueden ser usadas sin hilos, el campo de radiodifusión aproximado, es mucho más pequeño que el campo original que hemos mencionado.

—Sí, es cierto —dijo el escocés—. Creo...

Pero esta vez Ponsonby se le adelantó, puesto que tenía su cuaderno abierto en la página adecuada.

—En unidad Angstrom es 3x10’12 —dijo.

—De acuerdo, estaba a punto de decir lo mismo —replicó el escocés.

—Además de esto, naturalmente, tenemos las oscilaciones muy lentas que pueden decirse corresponden a las ondas largas, ¿no es así? —dijo Ponsonby.

—Sí, en efecto —contestó el galés.

—Si mi memoria no me engaña —indicó Shaugham—, son generadas por una espiral que rueda en un campo magnético...

—... y son detectadas por los consiguientes procedimientos —dijo el escocés, levantando cuatro dedos de su mano—. Métodos eléctricos, métodos magnéticos, métodos mecánicos y, mediante el estudio de los efectos térmicos, de corrientes alternas.

—Su longitud de onda en unidad Angstrom —dijo Percy Ponsonby— oscila entre 3x 10’14 y 3,5 x 10’16.

El galés repitió los números cuidadosamente.

—3 x 10’14 —seguramente estaba evocándolos mentalmente mientras hablaba— y 3,5 x 10’16. Sí, eso es. Lo veo bien claro. Creo que tenemos mucho que aprender acerca de esta esfera de fuerza. No hemos aprendido ni una décima parte de lo que hay que aprender... parece como si cada clase de longitud de onda fuera generada y amalgamada para algún extraño propósito que prácticamente está más allá de nuestra comprensión por ahora.

—Trabajando de acuerdo con lo que hemos oído —dijo Percy Ponsonby, tranquilamente—, creo que deberíamos empezar ya el experimento. ¿Están todos ustedes de acuerdo?

Hubo coro general de asentimiento.

—Muy bien —dijo Ponsonby—. Conecte la fuerza, ¿quiere, por favor?

Shaugham dio la vuelta al conmutador y un suave zumbido empezó a brotar de la esfera de fuerza.

CAPÍTULO XIII
ENERGIA ILIMITADA

—Según he comprendido, la conversación que hemos podido escuchar, la conversación que se desarrollaba entre el verdadero Cawdor y el *otro* Cawdor —creo que no hay otro adjetivo mejor para describir a ese segundo individuo, que apareció, absolutamente idéntico a Rosco Cawdor, en todos los aspectos —comenzó el director —. A juzgar por esa conversación —re-pitió, sugiero que deberíamos colocar algo, cualquier clase de objeto material en esta placa de acero, bajo las directas emanaciones verticales de la esfera de fuerza. Haciéndolo así, desaparecerá, sea cual fuere la clase de material que pongamos. Cualquier clase de desperdicio, orgánico o inorgánico; metálico o no, ya que esto, por lo visto, tiene bien poca importancia. Pero debe coincidir en el peso del objeto que deseamos duplicar.

—Precisamente aquí tenemos dos cubiletes en el estante, caballeros. Los pesaremos cuida-dosamente y nivelaremos cualquier pequeña diferencia que pudiera existir mediante gotas de agua.

El doctor Stuart MacEwan, pesó cuidadosamente el cubilete graduado y el que no lo estaba, haciendo caer algunos miligramos de agua a través de una diminuta pipeta, hasta que los dos cubiletes tuvieron el mismo peso. Muy cuidadosamente Shaugham O'Riley colocó uno de los cubiletes bajo la esfera de fuerza. Lo puso sobre la placa de metal donde Rosco Cawdor había colocado los pedazos de madera, poco tiempo antes. El otro cubilete fue encerrado en el gabinete, el gabinete tan peculiar, cristalino donde Rosco Cawdor había permanecido.

Cerraron la puerta del gabinete.

—Bueno, después de lo que hemos sido capaces de averiguar acerca de los circuitos —indicó Percy Ponsonby— sugiero que poniendo en marcha estas válvulas y estos relevadores, y dirigiendo la fuerza en este aspecto, cambiaremos la materia en energía. En otras palabras, absorberíamos la materia de que está compuesto el cubilete colocado sobre la placa de metal. La energía que resulte de esta materia será, naturalmente, tremenda, y será, si comprendimos bien lo que Cawdor dijo, o tal vez tenga que decirlo en plural, si comprendimos correctamente lo que dijeron *los Cawdors,* absorbida y retenida por la esfera. Entonces, debe ser cuestión de invertir el proceso y... —miró de pronto el tubo direccional—, Diría que la energía descargada debe ser dirigida mediante este tubo direccional que tenemos aquí. De esta manera, podremos conseguir un cubilete

duplicado en todos los aspectos deseables.

—Sí, eso parece bastante cierto —convino Stuart MacEwan, ajustando a continuación los diales y controles.

Hubo unos instantes de tensión fuerte, jadeante, en la habitación mientras las figuras de los científicos enfundados en sus trajes protectores, permanecía de pie como venerables sacerdotes alrededor de un dios grande, poderoso, esférico.

Tras un corto silencio:

—¡Funciona! —exclamó Ponsonby—. Miren, miren, el cubilete está desapareciendo. Se está desintegrando ante nuestros propios ojos. No rompiéndose, ni disolviéndose, sino... desvane-ciéndose... desapareciendo... —y la placa de metal quedó vacía.

¡Era como si ningún cubilete hubiera estado allí!

—¡Diantres —exclamó Stuart MacEwan—, esto es *algo,* desde luego!

—San Patricio nos guarde —exclamó Shaugham O'Riley—. He visto muchas cosas desde que trabajo en investigaciones atómicas, pero nunca había visto nada semejante.

—Si San Patricio cuida de usted, espero que San David quiera cuidar de mí —murmuró Evan Williams Evans—. Esto se parece más a magia que a ciencia, ¿no creen? ¡Es fantástico!

Percy Ponsonby dirigió el tubo direccional de energía hacia una mancha en el suelo, a unas yardas de ellos, a un lado del laboratorio.

—Creo que estos son los controles de dirigir el rayo de energía absorbida —dijo Stuart MacEwan.

O'Riley miró por encima del hombro. Se secó el vaho que tenía en la pieza frontal de su casco protector, con el dorso de la mano.

—Estoy de acuerdo con usted, Stuart, estoy seguro, diantres, que esto debe ser el control.

—Si les hace falta otra opinión —dijo Evan Evans —será un placer para mí informarles que estoy plenamente de acuerdo con lo que han dicho.

—De acuerdo, entonces —dijo Ponsonby.

MacEwan y los otros movieron la cabeza. MacEwan bajó la clavija.

Sobre el suelo, a pocos pasos de donde se encontraban ellos, casi exactamente bajo el mismo punto donde señalaba el director de energía, estaba apareciendo un cubilete de cristal. Rápidamente abrieron el gabinete cristalino, rectangular, donde habían colocado el cubilete original para ser duplicado. Lo retiraron en seguida aguantándolo y levantando el otro a la luz para poder compararlos en los más minuciosos detalles.

—Fíjense, esta pequeña estría en este lado —dijo Percy Ponsonby muy excitado—. ¡Es idéntica! Seguramente debió hacerse al frotar el cubilete con alguna otra pieza del aparato. Antes no nos dimos cuenta de ello. Creo que esto excluye toda posibilidad de equivocación. *Son el mismo cubilete.* Son idénticos en cada átomo, pero se darán cuenta de que ahora *los dos están secos.* El cubilete que contenía agua, lo colocamos bajo la esfera de fuerza. El cubilete seco estaba colocado aquí. Estoy de acuerdo en que no había *mucha* agua, y tal vez fuera posible que hubiera sido condensada.

—Bien, podemos repetir el experimento —dijo el irlandés, de pronto—. Miren, si cogemos un cubilete de menor tamaño y lo llenamos de agua hasta que el peso sea igual, colocando luego el cubilete seco y grande ahí dentro, no esperen un minuto, será mejor hacerlo de otra manera. Así podremos comprobarlo por entero. Esto me hace recordar la historia que nos contó el sacerdote no hace mucho en la iglesia, acerca de Gideon y el vellón.

—Sí, naturalmente —dijo Ponsonby—, tiene razón. Coloque el cubilete mayor y seco bajo la esfera de fuerza y el cubilete pequeño con agua dentro del gabinete que toma el modelo para duplicarlo.

Encontraron un cubilete grande, cuyo peso nivelarían con uno de pequeño, convenientemente lleno de agua hasta que sus pesos fueran iguales.

Stuart MacEwan colocó el cubilete seco bajo la esfera de fuerza en la placa. Shaugham O'Riley puso el cubilete pequeño, que contenía cerca de cincuenta centímetros cúbicos de agua, en la cámara rectangular, cristalina, prismática. Pusieron en marcha de nuevo los controles.

El cubilete seco desapareció, y cuando el flujo de energía pasó a través del tubo direccional, se solidificó en un duplicado exacto del cubilete pequeño que contenía el agua. Era absolutamente perfecto. Era imposible hablar por separado de los dos cubiletes.

—Funciona de verdad —dijo Ponsonby—. ¡Truenos! ¡Lo que dijo es cierto!

—Asombroso —dijo Carstairs-Tuttle—. Absolutamente asombroso. Si uno de nosotros se colocara dentro de ese gabinete y su peso equivalente en cubos de madera o en cuerdas viejas, o en trozos de ladrillos rotos, o cualquier otra cosa era colocada en esa placa de metal, aparecería un hombre duplicado, en el punto donde señalara el tubo direccional, como ha sucedido con el cubilete. Vivo e inteligente, con la misma mente, la misma memoria, las mismas ambiciones, los mismos pensamientos, esperanzas, temores…

—¡Miren! —exclamó Stuart MacEwan, súbitamente—. ¡Miren! ¡Algo se ha estropeado ahí encima! ¡Detrás de usted! ¡Ha saltado la válvula de seguridad! ¡Sin duda alguna debemos haber maniobrado algo mal! ¡Ha habido un cortocircuito! *¡No podemos detener la fuerza!*

CAPÍTULO XIV
LA MAQUINA LOCA

La nota que emanaba de la máquina de fuerza iba cambiando rápidamente. Estaba convir-tiéndose en algo terrible por su intensidad. El sonido de las vibraciones aumentaba en crescendo y luego del crescendo a un nivel inconcebible, que era suficiente para destruir y destrozar los oídos humanos, e incluso la misma mente humana. Precisamente cuando parecía que los mismos cerebros de los científicos se desintegrarían bajo aquel ruido estruendoso, la esfera de fuerza empezó a escupir energía como si hubiera llegado al límite de su propia continencia.

Grandes rayos y resplandores de electricidad de alto voltaje comenzaron a fluir entre la esfera y la placa de metal de su base. Todo el laboratorio se había convertido en el escenario de una tormenta incalculable de la más fiera descarga eléctrica y de los más fieros estallidos naturales que el mundo hubiera presenciado jamás. Era como el corazón de un huracán.

Los científicos y los hombres de seguridad habían sido arrojados de un lado a otro como muñecos, y la gran esfera había quedado libre de todo asimiento.

Parecía que iba a aplastar la placa de metal de debajo, sólo Dios sabe con qué terribles con-secuencias.

Pero la carga de energía debía de ser tan grande que sucedió lo imposible. La fuerza suspendida alrededor de toda la esfera, era tan grande que mantenía una especie de equilibrio flotante. Rondaba por la habitación como si fuera un ave de presa.

¡La esfera de fuerza!

¡La esfera de terror!

Parecía contemplar a los asustados científicos, que parecían simples marionetas, cuyos hilos hubieran sido sujetados a un enorme balón gigantesco azotado por un fuerte vendaval. La energía de las descargas iba aumentando, aumentando, aumentando todavía. El resplandor de las descargas eléctricas aumentaba en intensidad. La esfera se iluminaba y crujía. Un ruido parecido al trueno llenaba aquella sección del laboratorio. La energía había abierto violentamente las puertas y una gran corriente de aire absorbió a los hombres y a todo el mobiliario suelto como si hubiera sido un gran vertedero cósmico.

Fueron arrastrados por aquella corriente de aire como si hubieran sido simples pelotas de ping-pong.

Gracias a las ropas protectoras que llevaban, se salvaron de heridas fatales. Quemados, jadeantes y maltrechos, se afanaban por avanzar por el corredor; la corriente de aire continuaba.

La energía iba aumentando cada vez más..., diez veces... veinte... cincuenta veces. Era como estar en medio de una tromba marina.

—No hay *medios* para cortar la fuerza —murmuró el escocés—, pero tenemos que *conseguirlo.* ¿Se han fijado ustedes? ¡Está tomando energía, de la materia que encuentra a su alrededor! ¡Es un círculo vicioso! ¡Una reacción en cadena!

—Seguramente, Cawdor podría cortar la fuerza —dijo Ponsonby. Echó hacia atrás el casco para secarse la sangre que manaba de un corte que se había producido en los labios—. Seguramente —repitió, mientras se secaba el dorso de la mano— Cawdor podría detener la fuerza. —Se quitó la dentadura postiza, que tenía algunos dientes rotos mirándola más bien tristemente, antes de dejarla en el fondo del bolsillo de su traje protector—. Ya no servirán de mucho —dijo.

El coronel había dado la vuelta a la esquina para escapar a la terrible acción de la energía que iba avanzando por el pasillo a una velocidad espantosa.

—¿Cree que Cawdor podría detenerla? —preguntó.

—Pregúnteselo —sugirió Ponsonby. Ahora estaban ya bastante alejados de la zona peligrosa. Todo el edificio parecía vibrar.

—Si no le hacemos venir muy de prisa —dijo el coronel—, no quedará nada para salvar.

Un contador Geiger, que formaba parte del sistema de seguridad de emergencia, colgaba dentro de su estuche en la pared.

—Me gustaría saber si esta energía arroja peligro radioactivo —dijo Ponsonby, y temerosamente retrocedió un poco sosteniendo el contador en la mano. Casi se le cayó de la mano de la sacudida que hizo. Retrocedió de un brinco como si le hubieran golpeado.

—¡Dios mío! —dijo—. Son las peores radiaciones que hayamos encontrado jamás. ¡Todo el lugar quedará saturado dentro de cinco minutos! ¡Suelte a Cawdor! ¡A los dos Cawdors! Si alcanza una potencia crítica... —no terminó la frase.

—Tal vez hicimos mal en manosear esa esfera —dijo Stuart MacEwan.

—¡Pero teníamos que hacer algo! —protestó Ponsonby.—¿Cree que no hemos sido tan inteligentes como nos creímos ser? —dijo Shaugham O’Riley, de Dublín.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Evan Evans.

—Creo saber lo que quiere decir —comentó Carstairs-Tuttle.

—Y yo —convino Ponsonby—. Lo que está tratando de insinuar es esto, ¿verdad Shaugham? Nosotros oímos una conversación sostenida entre los dos Cawdors, y, naturalmente, supimos que era accidental. Pero ahora que usted lo ha mencionado, me doy cuenta de que fue demasiado oportuno, demasiado oportuno, *demasiado* preparado. Ellos supusieron que les escucharíamos. Sabían que subiríamos aquí y conectaríamos esa máquina, porque sabían que sucedería lo inevitable. Si empezábamos a manosear esa máquina, perderíamos el control. Y si alguien puede arreglarlo son ellos. ¡Les necesitamos a ellos! Tendríamos que soltarles. Tendríamos que escoger entre soltarles o dejar que esto saltara todo por los aires.

—Esto quiere decir que me equivoqué —dijo el coronel Carstairs-Tuttle—. Creí que no lo dejarían explotar por miedo a morir ellos también.

—¿Y si fueran *menos* humanos de lo que parecen? —dijo Percy Ponsonby, con voz terriblemente queda—. ¿Y si ellos por cualquier extraña circunstancia fueran capaces de soportar la radiación que es sólo fatal y mortal para nosotros?

—Esto es la completa hipótesis del miedo —dijo Stuart MacEwan, inflexible—. Todo el miedo existe en encuentros imaginarios con un diablo que no conocemos. El diablo que conocemos mentalmente, es siempre mejor que el que no conocemos. El diablo que no conocemos es el de *y si*... Nuestro miedo a la muerte. Nuestro miedo a la oscuridad, es sólo miedo a lo *Desconocido.* El miedo a lo Desconocido es sólo miedo porque nos decimos a nosotros mismos, ¿Y si sale un monstruo de la oscuridad? ¿Y si los muertos se levantan de sus tumbas y persiguen a los vivos? ¿Y si el terror cabalga en la noche? ¿Y si aparece un fantasma de corazón malvado...? Si es que los fantasmas tuvieran corazón. Nuestro miedo es *¿y si?* ¿Y si los dos Rosco Cawdor no son de esta tierra? ¿Y si son capaces de soportar las mortíferas radiaciones por el hecho de no ser humanos? ¿Y si no temen a la explosión y la radiación de la esfera de fuerza, por ser inmunes a ambas cosas, es decir a la explosión y a la radiación?

CAPÍTULO XV
LLAMADA A LOS CAWDORS

El coronel Bellamy Carstairs-Tuttle, seguramente habría batido el récord de las cien yardas de no haber llevado encima aquel traje protector que le privaba de ligereza y agilidad. Sin embargo, hay que hacer constar que llegó hasta las celdas en un tiempo ciertamente corto.

El capitán de seguridad, le iba pisando los talones, Vance de Veré llegó el tercero mientras Ponsonby llegaba jadeando, algo adelantado a sus tres compañeros científicos…

Stuart MacEwan y Evan Evans, sudaban abundantemente dentro de aquellos trajes pesados. Shaugham O'Riley, corría con la agilidad propia de un hombre de mediana edad que ha tenido una juventud atlética y que se mantiene todavía flexible, musculado y fuerte.

Echando hacia atrás el casco protector, Bellamy Carstairs-Tuttle, gritó jadeante a los dos hombres de seguridad que estaban al cuidado de la vigilancia de la prisión.

—Cawdor… los dos Cawdors —respiraba con dificultad, ya que había hecho un gran esfuerzo para conseguir llegar el primero—.. ¡Suélteles, tráigalos aquí, rápido!

—¿Que les suelte, señor? —el hombre de seguridad parecía asombrado.

—¡Ya ha oído lo que he dicho, hombre! —repitió jadeando—. ¡Sáquelos y de prisa! A menos que quiera pasar a mejor vida. ¿Ha oído hablar del aviso cuatro minutos antes? Pues nosotros no tenemos ni eso siquiera. Si tenemos cuarenta segundos, ya es mucho decir. ¡Y Dios sabe la fuerza que puede tener ese chisme…!

Cerrojos, candados, y llaves, comenzaron a ponerse en funcionamiento. Las puertas eran abiertas…

Rosco Cawdor, salió de la primera celda.

Rosco Cawdor, salió de la segunda celda.

Los dos Cawdors se miraron uno a otro y una sonrisa extraña, enigmática, pareció cruzarse entre los dos. Una sonrisa oriental, tranquila, peligrosa.

Al coronel Bellamy Carstairs-Tuttle no le gustó aquella sonrisa. Al doctor Percy Ponsonby no le gustó aquella sonrisa. A Vance de Vere, tampoco le gustó aquella sonrisa.

No parecía presagiar nada bueno, nada en absoluto. Era una sonrisa sutil, calculadora, maligna, la clase de sonrisa que debe aparecer en el rostro de un desafiador, cuando se enfrenta con un

novato de genio vivo al otro extremo de su acero. Era la clase de sonrisa que merodea en torno a los labios de un sádico mientras se prepara para despachar a su víctima.

Era la clase de sonrisa que produce escalofríos, la que se cruzó entre los dos Cawdors; Había más veneno y peligro en aquellos labios curvados hacia arriba, que en una serpiente cobra.

Al final, el primero de los dos Cawdors habló:

—¿Por qué hacen esto?

—Me atrevería a decir que es una pregunta innecesaria —repuso Percy Ponsonby—. ¿No oyen eso?

—¡Oh!, ¿quiere decir la energía que se escapa? De forma que han intentado meterse con la esfera de fuerza, ¿eh, hombrecito?

Los ojos del primer Rosco Cawdor miraron al otro, y fue como si cuatro contactos eléctricos se hubieran encontrado de pronto, y una ducha de chispas hubiera pasado entre ellos. Los ojos del primer Rosco Cawdor se apartaron para fijarse en los de Bellamy Carstairs-Tuttle.

—Había un libro, y había un autor; el autor escribió el libro; su nombre era Wells. H. G. Wells. El nombre del libro, era «Los hombres en la Luna» ¿Lo ha leído?

—¿Qué diablos tiene eso que ver con lo que está pasando ahí fuera? —dijo Tuttle.

—¿Lo ha leído? —preguntó Rosco Cawdor, casualmente, otra vez. Como si afuera, no hubiera habido más ruido que el producido por el suave murmullo de una cascada en las colinas de Derbyshire, nada más que las brillantes gotitas cayendo contra la lisa roca.

—¡Dios mío, sí! ¡Si es que tiene algo que ver, lo he leído! —exclamó Carstairs-Tuttle.

—¿Recuerda cómo tratan de encontrar un campo de gravedad? —preguntó Cawdor.

—Sí, sí, sí. ¡Pero vaya ocasión para salir a hablar de esas historias! —Tuttle estaba a punto de explotar.

—¿Recuerda que todo el aire que había sobre su campo de gravedad se convertía automá-ticamente ligero, y, por consiguiente, creaba un área de baja presión tremenda. ¿Todo el aire de los alrededores se precipitaría. Crearía el summum de baja presión? Esto es casi como una contradicción de palabras, ¿no cree? Suponiendo, claro, que pueda haber algo semejante a un summum de baja presión.

—Oiga —dijo Percy Ponsonby, éste se había puesto repentinamente muy serio—. Lo siento, Tuttle, no puedo aguantarlo más…

—No interrumpa… —dijo Cawdor.

—Tendrá que dejarle terminar con sus relatos —dijo Carstairs—. Yo estoy tan ansioso como usted en conseguir arreglar este desagradable asunto. Este lugar está llenándose de mortíferas radiaciones, y todo lo que *esas cosas* saben hacer es estar ahí…

—Oh… ¿de forma que yo soy «una cosa»? —dijo Rosco Cawdor—. Esa no es la manera más adecuada para conseguir amistades ni influencias, mi querido coronel. —De nuevo aquellos ojos mostraban aquella sonrisa enigmática y peligrosa—. Le estaba contando una historia, por favor, tengan la paciencia suficiente para escucharla.

—¡Ese hombre es un maníaco! —decidió Stuart MacEwan—. ¡Cielo santo! ¿Es que no lo entiende?

—¡Rayos y truenos! —exclamó Shaugham—. Me gustaría ajustarle las cuentas.

—¡Loado sea Dios! Es horrible —explotó Evan William Evans, de Cardiff—. Fíjese, hay peligro de una potente explosión atómica y usted se está ahí tan fresco contándonos historias.

—Pero es una historia muy buena —respondió Rosco Cawdor—. Una historia maravillosa.

Hizo una larga pausa deliberadamente. Los tenía a su merced. Estaban indefensos. Era un Beau Brummel, era un caballero contra sus groserías. Y cuanto más excitados *se* volvían, más frío y devastadoramente tranquilo se volvía él. Era terrible esperar. Cawdor era como una araña inmóvil en el centro de su tela, mientras ellos se agitaban nerviosos, como moscas y mosquitos cazados en las fuertes mallas de la tela de araña. Sus ojos pasaban de un rostro a otro. Miró a Vance De Vere, ex miembro de la R.A.F., con toda su alegría desaparecida tras el copioso bigote. Estaba contemplando a un hombre fuerte con la espalda en la pared.

Vance De Vere quería acción; Bellamy Carstairs-Tuttle se había hecho un ovillo como si hubiera sido una espiral metálica, desaparecida toda su personalidad de coronel retirado de la India. Percy Ponsonby, había encontrado una nueva fuerza y ahora una nueva confianza en sí mismo tras la desaparición de su egolatría, empezando a levantar de nuevo su destrozada personalidad. Stuart MacEwan, aunque un duro escocés, de mente brillante, incapaz de hacer nada. Esperando, como Vance De Vere, un hombre fuerte de espaldas a la pared.

Y sin embargo, un hombre fuerte en un sentido totalmente diferente. Shaugham O'Riley, el po-deroso irlandés, extravagante, cortés; y Evan William Evans, el celta, el galés, el hombre de la frontera, un hombre que tenía ojos de visionario, soñador y una mente

brillante. Una mezcla de hombre práctico y estético. Todos ellos fuertes en distintos aspectos, indefensos en distintos aspectos.

—La historia —insistió Cawdor—, verán..., el aire encima de ellos desaparecía en la atmósfera superior, más allá de la atmósfera superior. Tengan en cuenta que de haber regresado al final, todos los pobrecillos humanos de la tierra estarían por aquel entonces asfixiados. Después de todo, no puede respirarse lo que no está allí para respirar, ¿no es cierto? Si no se hubieran asfixiado se hubieran descomprimido. Creo que esto último es todavía más doloroso. Parecen tan ansiosos de dejarnos salir, ¿eh?

Aquella extraña sonrisa enigmática se cruzó de nuevo entre ellos...

Bellamy Carstairs-Tuttle estaba pensando si sería posible conseguir que uno de los Cawdors se pusiera contra el otro...

—Me gustaría saber cuál de los dos es más poderoso. Tal vez no sea posible. ¿Se unirán para actuar en contra nuestra, o se odian uno al otro? ¿Son enemigos amistosos, o simplemente enemigos íntegros, o habrán formado alguna endiablada alianza contra el resto de la humanidad?

Hubo un silencio largo, denso, pesado. Un silencio agonizador.

—Desearíamos que desconectaran la máquina —dijo Bellamy Carstairs-Tuttle—. Ha habido un corto circuito. No podemos detenerla.

—Por favor —dijo Ponsonby—. Se lo ruego, por favor, venga y desconecte la máquina esa. Cientos de vidas, tal vez miles, quizás millones de vidas están en juego. Hay cosas que nosotros no entendemos.

—¡Oh, el gran Percy Ponsonby no las entiende! ¡Oh, querido, cuánto lo lamento! ¡Es demasiado para un cerebro tan pequeño! —se burló Cawdor.

—Diga lo que quiera de mí —dijo Ponsonby—, destruya mi personalidad con todo el sarcasmo y dureza que desee, pero por Dios, salve a esa gente. Yo estoy pagando ya por mi equivocación. Fui un viejo necio.

—Oh, no tan viejo todavía, mi querido doctor —respondió Rosco Cawdor—, todos tenemos nuestras pequeñas vanidades, por lo menos todos los seres humanos como ustedes... Y usted doctor MacEwan, ¿lo entiende?

—En parte, sólo en parte. ¡Condenación! —explotó el escocés—. Si las entendiera, ¿cree que estaría aquí preguntándoselo a usted?

—Oh, de modo que el poderío de Edimburgo es impotente contra el poderío de la pequeña máquina de Rosco Cawdor... ¿Y usted, míster

O'Riley?

—Pues, tengo una o dos ideas, pero no pretendo entender todo ese chisme —respondió Shaugham.

—Oh, el orgullo de la Verde Isla —dijo Rosco Cawdor —no lo sabe tampoco.

—No he dicho que no lo supiera —protestó el irlandés—. He dicho que no sabía bastante..., hay cierta diferencia.

—Oh, sí, naturalmente, en este caso —dijo Rosco Cawdor— significa la diferencia existente entre la vida y la muerte en lo que a los seres humanos se refiere. En esta área inmediata y muy posible que en un área mucho más amplia. ¿Y el doctor Evan William Evans, un galés, de la galesa Cardiff, en Gales?

—Oh, qué divertido, ¿eh? —dijo el galés—, muy divertido. Vaya diversión burlarse de la nacionalidad de cada hombre. Parece disfrutar asestando el golpe donde más duele. No, tampoco lo sé. Sé lo mismo que mis dos colegas. Sé tanto como el doctor Ponsonby...

—Si sabe como el doctor Ponsonby, sabrá mucho —se burló Rosco Cawdor.

—Me gustaría matarle —dijo Carstairs-Tuttle—, no de un tiro ni de dos. Me gustaría vaciar todo el depósito..., y a ser posible, el depósito de un arma gigantesca. Un arma de aquellas de modelos antiguos, como las que debía llevar el abuelo, hace sesenta años, cuando era joven. ¡Me gustaría dejarle un agujero de dos pulgadas entre ojo y ojo!

—Otra vez no parece haber leído el popular libro que trata de cómo conseguir amigos e influencias... —dijo Rosco Cawdor. Los dos Cawdor cambiaron una de aquellas extrañas sonrisas, otra vez.

—¿Iremos a pararla o dejaremos que explote?

—Creo que deberíamos ir a pararla, ¿no crees? —dijo el segundo. Movieron la cabeza afirmativamente.

—Dios mío —exclamó Carstairs-Tuttle—, me recuerdan a Distingo y Sutileza de Alicia, en el Cristal.

—Se ha equivocado —dijo Rosco Cawdor—. No es Alicia en el Cristal, sino Alicia a través del cristal. Estaba EN el país de las Maravillas, pero A TRAVES del cristal. ¡Una sutil, pero importante diferencia! Y ahora, si nos lo permiten, iremos a parar la esfera.

—¡Gracias a Dios! —dijo.

Percy Ponsonby dio un gran suspiro de alivio.

—No lo hemos hecho todavía —dijo el primero de los Cawdors, por encima del hombro.

Los hombres de Seguridad y los científicos, permanecieron esperando hasta que los dos Cawdors entraron en el pasillo que estaba

lleno de energía y radioactividad, como si fuera un tornado de mortal radioactividad.

—¡Dios mío! —exclamó Ponsonby—, no llevan trajes protectores y están pasando a través de esa corriente de energía y radioactividad!

—¡Asombroso! —dijo Carstairs-Tuttle—. ¡Asombroso! ¡Estoy confundido!

CAPÍTULO XVI
SHADRACH Y MESHACH

Percy Ponsonby miraba la espalda de aquellos dos hombres, los dos Cawdors, los dos Ros-co Cawdors, desapareciendo en medio de aquel infierno. Parecía imposible que cualquier ser viviente pudiera resistirlo. Era un *blitzkrieg,* era un infierno indescribible. Lo primero que acudió a su mente, fue la impresión que recibió cuando niño, muy jovencito, y muy impresiona-ble, un día mientras asistía a la Escuela Dominical, cuyo profesor les contó la historia del rey Nabucodonosor y la horrible hoguera. Sus sentidos parecieron tambalearse por un momento mientras miraba al pasillo de la muerte y de la destrucción, y oía la voz recitando aquellas conocidas palabras en la prosa clásica del siglo diecisiete. Era como si fuera un niño otra vez, estuviera de nuevo en la Escuela Dominical, escuchando, e imaginando en su mente infantil, mil imaginaciones que venían a ilustrar aquella narración, viéndolo todo como si estuviera presenciándolo. La pregunta que había acudido a la mente del chiquillo volvía de nuevo a aparecer... ¡cómo podían sobrevivir aquellos hombres? *¿Cómo?* Las palabras iban tamborileando en su mente...

> «Nabucodonosor el rey, hizo una imagen de oro cuyo peso ora de sesenta codos, y la anchura de unos seis codos; v la colocó en el llano de Dura, la provincia de Babilonia. Entonces Nabucodonosor, el rey, mandó venir a los príncipes, gobernadores, capitanes, jueces, tesoreros, consejeros, alguaciles y todos los regidores de las provincias para que asistieran a la ofrenda a la imagen que Nabucodonosor, el rey, había mandado levantar.
>
> »Entonces un heraldo gritó: “A todos se os ordena, oh, pueblo, naciones y lenguas, que cuando oigáis el sonido de una corneta, flauta, arpa, sacabuche, salterio, dúlcemele, y cualquier clase de música, caeréis postrados al suelo y adoraréis la imagen de oro que Nabucodonosor, el rey, ha mandado levantar; aquellos que no lo hicieren ni adoraren, serán castigados a la misma hora dentro de un abrasador horno”.
>
> »Por consiguiente, en aquel tiempo, cuando la gente oía el sonido de la corneta, flauta, arpa, sacabuche, salterio, dúlcemele y cualquier clase de música, todos, todas las naciones, lenguas se postraban de rodillas y adoraban a la

imagen de oro que Nabucodonosor el rey, había levantado.

»Sin embargo, en aquel tiempo, ciertos caldeos llegaron y acusaron a los judíos. Hablaron y dijeron al rey Nabucodonosor: “Oh, rey, eterna vida. Tú, oh, rey, hiciste un decreto, que todos los hombres que oigan el sonido de la cometa, flauta, arpa, sacabuche, salterio y dúlcemele y toda clase de música, se postraran y adoraran a la imagen de oro: y aquellos que no se postraran ni adoraran la imagen serán castigados arrojándoles dentro de un horno abrasador. Hay algunos judíos a quienes has dado la dirección de algunos negocios de la provincia de Babilonia, Shadrach, Meshach y Abed-neero; estos hombres, oh, rey, no lo han tenido en cuenta; no adoran a tus dioses, ni adoran a la imagen de oro que mandaste levantar.”

»Entonces Nabucodonosor encolerizado *y* furioso, ordenó traer a Shadrach. Meshach y Abed-nego a su presencia. Así lo hicieron.

»Nabucodonosor habló y les dijo: “¿Es verdad, oh, Shadrach, Meshach y Abed-nego, que no adoráis a mis dioses, ni a la imagen de oro que hice levantar? Si sois listos cuando oiréis el sonido de una corneta, flauta, arpa, sacabuche, salterio y dúlcemele, y cualquier clase de música, caeréis postrados al suelo y adoraréis la imagen que he levantado. Si así no lo hiciéreis, seréis arrojados a la misma hora dentro de un horno abrasador. ¿Y quién es ese Dios que os arranca de mis manos?”.

»Shadrach, Meshach y Abed-nego respondieron y dijeron al rey: “Oh, Nabucodonosor, no tememos responder a tu pregunta. Por esto, el Dios a quien servimos es capaz de librarnos del horno abrasador y nos libra de tus manos, oh, rey. Pero aunque no lo hiciere así, oh, rey, nosotros no adoraríamos a tus dioses ni a tu imagen dorada que has mandado levantar”.

»Entonces Nabucodonosor, lleno de ira con el rostro alterado hacia Shadrach, Meshach y Abed-nego, habló otra vez ordenando que encendieran un horno siete veces más ardiente de lo que se calienta por norma. Y ordenó a los hombres más poderosos de su ejército, que ataran a Shadrach, Meshach y Abed-nego y los arrojaran dentro de aquel horno horriblemente abrasador. Entonces aquellos hombres fueron atados en sus vestidos, con sus medias y sus sombreros y sus

otros atavíos, y fueron arrojados dentro de aquel horno abrasador. Sin embargo, a causa de que la orden del rey era urgente, y el horno estaba caliente en exceso, la llama del fuego mató a los hombres que habían levantado a Sha- drach, Meshach y Abed-nego. Y estos tres hombres, Shadrach, Meshach y Abed-nego, cayeron atados dentro del abrasador horno...

»Entonces Nabucodonosor el rey, quedó asombrado, y se levantó confundido y habló a sus consejeros diciéndoles: "¿No hemos arrojado a tres hombres atados dentro del horno abrasador?". Le contestaron y dijeron al rey: "Cierto, oh, rey". El contestó y dijo: "Yo veo cuatro hombres sueltos, que andan en medio del abrasador fuego, y no están heridos; y la forma del cuarto es como la del Hijo de Dios".

»Entonces Nabucodonosor se acercó a la boca del abrasador horno y habló y dijo: "Shadrach, Meshach y Abel-nego, siervos del Dios supremo, salid y subid". Entonces Shadrach, Meshach y Abed-nego salieron de dentro del abrasador horno.

»Y los príncipes, gobernadores y capitanes, y los consejeros del rey, estando reunidos, vieron que los hombres, sobre cuyos cuerpos el fuego no tenía poder alguno, ni uno de sus cabellos quemado, ni sus vestidos, ni el olor siquiera de que el fuego hubiera pasado por ellos.

»Entonces Nabucodonosor habló y dijo: "Loado sea el Dios de Shadrach, Meshach y Abed-nego, que ha enviado a su ángel, para librar a sus siervos que confían en El, y que han cambiado la palabra del rey y han ofrecido sus cuerpos que no deben servir ni adorar a ningún dios excepto su Dios. Por consiguiente, hago un decreto de que todas las gentes, naciones y lenguas, que digan cualquier cosa en contra del Dios de Shadrach, Meshach y Abed-nego, serán cortados a pedazos, y sus casas derrumbadas; porque no existe ningún otro dios que pueda librarles de esa suerte".

»Entonces el rey agenció a Shadrach, Meshach y Abed-nego *en la provincia de Babilonia...*»

Aquel recuerdo terminó, y Ponsonby seguía mirando todavía aquel pasillo, y sin embargo, el último eco de aquella lejana voz del pasado iba consumiéndose, en un fantasmal murmurio a través de los pasillos del tiempo.

De pronto, pasado y presente se fundieron, y con un resplandor intuitivo, a pesar de su previo amor propio, Ponsonby no se sintió devoto del intelecto, se dio cuenta de pronto del *porqué* el subconsciente trae a la mente recuerdos de algo sucedido mucho tiempo atrás. Era una *paralela* y una *posible explicación.* Muchas historias antiguas son descartadas por la mente moderna, porque durante los años aquéllos, hubo mucha paja para ocultar el trigo, y por esto, la mente moderna lo ha mirado todo como si fuera paja, volviéndose cinismo. En consecuencia, el trigo, que es la esencia de la vida propia, se ha ido perdiendo. Todo hombre está en su derecho de estar enfermo por la paja, pero todo hombre está también en peligro de morir de hambre, si decide arrojar a lo lejos el trigo. Ponsonby juntó los dos hechos en su mente. Shadrach, Meshach y Abed-nego en el abrasador horno de Nabucodonosor, las palabras resonaban de nuevo en su mente: «Veo cuatro hombres sueltos, andando en medio del fuego, y no están heridos, y la forma del cuarto es como la del Hijo de Dios». La palabra traducida por «Hijo de Dios», tiene un origen etimológico muy difícil. Los originales hebreos y griegos y los árabes, son más bien extraños y desconcertantes para los modernos oídos occidentales. En ellos hay un toque de aquel gran Más Allá y del Abismo, acerca de los cuales, nosotros en pleno siglo XX, no nos molestamos en pensar con demasiada frecuencia. Allí había algo *extraño.* Y si, se preguntaba Ponsonby, en aquel veloz pensamiento momentáneo, y si aquel capítulo particular era la *verdad* estricta, cierta y si *no* era exageración, ni imagen ficticia, *ni* un relato de moral, que si no era una alegoría, era *una representación exacta del hecho.* Aquello significaba seguramente que personas *como* los Hosco Cawdors que en su forma doble habían venido a turbar la vida de aquella empresa, «Aleaciones Atómicas Amalgamadas», significaba que personas como ellos habían existido antes…

Personas capaces de resistir el calor, la presión, la radiación, también pueden tener un pre-cedente histórico. Pues la energía que se esparcía por aquel pasillo, era mucho más mortífera y peligrosa que el calor del homo de Nabucodonosor, y hacia aquel pasillo habíanse dirigido los dos Cawdors tan tranquilos como si estuvieran paseando por un verde césped, como si estuvieran dando un paseo a la luz de la luna, junto a la orilla. Entraron en el calor de aquel infierno que era la habitación donde estaba colocada la esfera, donde oscilaba ahora con las amarras sueltas. Habían entrado como Shadrach, Meshach y Abed-nego entraron en el horno, *sin producirse tampoco daño alguno…*

Lentamente al principio, muy lentamente, la elevada energía

comenzó a disminuir. La des-carga fue haciéndose menos rápida, y cuando los hombres pusieron el contador Geiger, pudieron comprobar que la radiación había cesado. Toda la fábrica había quedado muy impregnada, siendo, por consiguiente, radioactiva, pero aquellas, eran radiaciones absorbidas. La fuente principal no proporcionaba ya más energía mortífera. Seguros dentro de sus trajes protectores, Carstairs-Tuttle, Vance De Vere, Ponsonby, MacEwan, Shaugham O'Riley y William Evans, se dirigieron por el pasillo en busca de los dos extraños Cawdors. Cuando llegaron al extremo de la habitación el contador Geiger les indicó que sería peligroso permanecer allí más de algunos minutos, para hacer una inspección ligera, rápida. Pero esto sería suficiente. La esfera de fuerza yacía como un globo muerto en el centro del suelo, balanceándose sobre la plataforma de metal. Aparte de las válvulas y relevadores y los complicados circuitos electrónicos y equipos que había por allí*, la habitación estaba desierta.* Era cierto decir que la habitación estaba vacía de *cosas vivas,* puesto que los dos Cawdors habían desaparecido sin dejar rastro. Se habían *evaporado* como si la propia esfera se hubiera abierto y se los hubiera tragado.

CAPÍTULO XVII
INVESTIGACION DEL CASO CAWDOR

De Vere, Carstairs-Tuttle, Ponsonby, MacEwan, O'Riley y Evans, estaban sentados en la sala de conferencias del edificio de «Aleaciones Atómicas Amalgamadas». Ponsonby estaba ex-poniendo la situación.

—Yo lo veo de esta manera —dijo—. «Aleaciones Atómicas Amalgamadas», puede emplear siempre a un técnico investigador. Ese hombre, Cawdor, estaba seguro de poder encontrar trabajo aquí —miró al coronel—. ¿Su departamento no estaba muy de acuerdo con ellos, eh?

Bellamy movió la cabeza.

—No estábamos muy conformes —convino—. Cawdor no poseía familiares ni amistades.

Ponsonby se encogió de hombros.

Nadie le conocía —Vance De Vere se acariciaba los extremos del bigote.

El coronel habló:

—Sólo algunos datos de pruebas circunstanciales, que le servía por única identidad —dijo.

—Era un científico brillante —dijo Ponsonby.

—Eran científicos brillantes —rectificó el coronel.

—¡Piensen en la esfera de fuerza! —exclamó Evans.

—Era su *raison d'Être,* era fruto de su mente, era su creación —convino Ponsonby.

—Era como abrir un nuevo campo de investigación —dijo el escocés.

—La esfera podía ocultar el secreto de una fuerza ilimitada —dijo el galés—, pero podía ocultar al propio tiempo un *peligro* ilimitado, ¿no es así? —Ponsonby movió la cabeza—, y entonces aparece de ninguna parte en medio del césped, un extraño, un forastero que es extraordinariamente igual a Rosco en todos los aspectos. Dice que... ¿o no lo dijo? Que era Ros-co, que Rosco no era Rosco, dijo una serie de cosas fantásticas, y ahora los *dos* se han esfumado, como si no hubieran existido nunca.

—Esta conversación sostenida entre ellos dos que escuchamos a través del altavoz, creyéndola espontánea... palabra que lo creía así. Cuando probamos la esfera todos los circuitos se fundieron a un mismo tiempo, y ellos sabían que sucedería así. El experimento salió mal. La esfera quedó fuera de control. Todo el edificio y sus alrededores estaban en un serio peligro —dijo el coronel—. Tuvimos

que soltarles.

—Sí, tuvimos que hacerlo —convino Ponsonby.

—Lo que me atormenta —dijo Bellamy Carstairs-Tuttle— es… *¿por qué* Rosco Cawdor podía resistir aquellas dosis fatales de radiación?

—¿Lo que yo quisiera saber —dijo el galés— es… *quién* era el forastero, el *segundo* Rosco Cawdor? Se parecía mucho a Rosco, pero no es posible encontrar dos hombres iguales, ¿verdad? Quiero decir, incluso en el caso que la cosa pudiera reproducir objetos inanimados, supongamos, yo podría ponerme bajo la cosa y cargarlo con virutas de madera o cualquier cosa, cualquiera de nosotros podría hacerlo, y tendríamos todo un ejército de hombres todos iguales a mí.

Su sentido del humor acudió en su ayuda.

—Sería preferible un ejército de hombres como *usted* que un ejército de hombres como *yo* —dijo Ponsonby—, sería un mundo enteramert te decente si se parecían todos a usted, Evan.

—Nos estamos comportando con mucha educación y halagos unos con otros —repuso el galés. Esto no es una sociedad de mutua admiración, ¿eh? Estamos tratando de tener una conferencia, ¿no es así? Tratando de encontrar alguna salida a este hermoso enredo.

—¿Qué es lo que pretendían? —dijo Bellamy Carstairs-Tuttle. Esta es la cuestión.

—Pues, sea lo que fuere lo que pretendían… —empezó Ponsonby.

—Sí, ¿qué iba a decir?

Ponsonby aspiró profundamente antes de continuar.

—Sea lo que fuere, lo que pretendían, me atrevería a decir que son capaces de conseguirlo.

—Bien, hemos comprobado una cosa —murmuró el coronel—. La esfera de fuerza puede ser controlada antes de que llegue a destruir el planeta.

—Supongo que está absolutamente inactiva ya —murmuró el director.

—Eso espero —respondió Shaugham O'Riley—. Eso espero. Creo que deberíamos darle una ojeada para asegurarnos de que no volverá a ponerse en erupción. Me siento como si estuviera encima de un volcán que se *creía* extinguido, pero que está sujeto a explotar en cualquier momento, diantres.

—¡Es asombroso! —dijo Percy Ponsonby—. Ese hombre, Cawdor, llegó, le sometimos a la rutina del examen acostumbrado, le hicimos preguntas, tomamos nuestras decisiones, y le dejamos entrar y le dimos consentimiento para que construyera la esfera de fuerza… esto es culpa mía, y yo asumo toda la responsabilidad —luego terminó su

esfera y de pronto, ¡bang! En el césped, debajo de la ventana aparece un forastero que dice ser Rosco, que su aspecto es como el de Rosco, y luego, mientras es interrogado por los guardias, llega el *otro* Rosco, el Cawdor original entra en escena. Al principio parecen antagónicos, luego parece ser que han firmado una especie de diabólica alianza. Amenazan con destruir el edificio y sus alrededores con esa esfera de fuerza, y proclaman que si no les dejamos llegar hasta su laboratorio habrá jaleo. ¡Cuánta razón tenían! Después aquella gloriosa conversación que escuchamos.

—Sí, fue culpa mía, igual que usted se culpa a sí mismo por haberle permitido construir esa maldita esfera —dijo el coronel Bellamy Carstairs-Tuttle—. Debía saber muv bien ese condenado que allí había un micrófono instalado. No eran humanos tal y como nosotros lo entendemos, esos tipos; poseían una percepción extra-sensible, de una clase que nosotros no podemos ni siquiera comprender. Deben haberse reido bastante en el fondo de sus extrañas mentes remotas.

—¿Por qué emplea la palabra remotas? —preguntó Ponsonby.

—Oh, sólo en el sentido de que son seres extraños —repuso el coronel—, *cualquier otra cosa distinta, a nosotros.*

—¡Sí, sí!... Comprendo —respondió Ponsonby—. Es que me ha hecho pensar en algo... si-gamos, sigamos.

—Sí, adelante —replicó Carstairs-Tuttle.

—Entonces, naturalmente —indicó el galés— fuimos a probar la esfera.

—Sí, tuvimos que ir y probar aquella cosa perversa.

—Rayos y truenos, mejor hubiéramos hecho dejándola sola —dijo el irlandés.

—Fuimos allí; examinamos el circuito; tuvimos una larga conferencia; una conferencia sobre la radiación, y entonces se *estropeó.* Los circuitos se fundieron, toda la conexión vital se fundió, aquellos dos Cawdors *sabían* que sucedería. ¡Energía! ¡*Energía ilimitada!* Energía ilimitada, podríamos decir, saliendo de la máquina, esparciéndose por todo el aire por todo el edificio, por toda la materia. Energía y *más energía.* Toda clase de energía Energía de calor, de fuerza, energía eléctrica, energía radiactiva, mortífera, peligrosa, vital, horrible energía mortal; energía de la muerte. La máquina se estropea, y *se vuelve loca.*

—Sí, *la máquina se volvió loca* —convino el galés— y una máquina loca, es peor que un hombre loco, ¡mucho peor! A un hombre loco puede controlársele, puedes ponerlo en un asilo. *Pero no hay asilos*

para máquinas locas, ¿verdad?

—No —respondió Ponsonby, tristemente—, me temo que no…

—De haberlos, tendríamos un posible candidato para ingresar —dijo el irlandés, con una mueca. Su irrefrenable sentido del humor era contagioso—, y me hubiera gustado actuar de guardián. Hubiera entrado cada día a llevarle un poco de aceite lubrificante. Y un par de llaves de tuerca.

—A mí me hubiera gustado llevarle una rastra de 98 libras —dijo el duro escocés.

Se produjo un silencio largo, tenso. Casi podía oírse el fatigado latir de la maquinaria de las mentes, de los fatigados hombres mientras pensaban. Era un silencio fatigado y al propio tiempo fatigante.

Nadie se movió.

Nadie hablaba.

Al final, Percy Ponsonby, apartando hacia atrás la silla, se levantó.

—Naturalmente todo se mueve en torno a los Cawdor —dijo.

—¡Alto! —dijo Carstairs-Tuttle— Me perdonará, amigo mío, pero todo se mueve en torno a los *dos* Cawdors, y creo que en esto se apoya nuestra mayor esperanza. Al crear a su doble, hasta cierto punto, no consiguió un aliado, sino un enemigo. Se preparó el látigo para sus propias espaldas. Su debilidad personal es la avaricia y la codicia. Los dos son egoístas, casi supremos egoístas. ¿Comprenden lo que quiero decir? Dos individuos egocéntricos no podrán convivir demasiado tiempo en mutua compañía. Deben haber acordado alguna alianza temporal y dificultosa, porque el resto del mundo está en contra de ellos por ahora; pero me gustaría saber mucho más acerca de ellos…

—¿De dónde vienen? ¿Quiénes son? —dijo Percy interrogativamente.

—¿Son orgánicos, o son de otro planeta, o han salido de las entrañas de la misma tierra? Tal vez son de otra galaxia, de otra sección del universo. ¿Quizás son de otro sistema solar? ¿O son tal vez parte de una *vieja raza* que ha estado aquí desde mucho antes que nosotros?

—Todo tiende en esta dirección —dijo Carstairs-Tuttle.

—¿De verdad? —preguntó Ponsonby, interrogativamente—. ¿Qué cosas, amigo?

—Oh, sólo cosas —repuso el coronel, más bien enigmáticamente—. Sólo cosas —repitió.

Percy Ponsonby miró hacia el techo como en busca de inspiración.

—La investigación, la investigación, la investigación

desesperanzada —citó.

—¿Por qué recurre a esta frase? —preguntó Vance De Vere.

—Por los Cawdors —respondió Ponsonby—. Ha oído hablar del Asedio Peligroso… pues bien, esto es la investigación desesperanzada.

Vance de Vere hizo chasquear los dedos, de pronto, cuyo ruido resonó en medio del silencio.

—¡Ya lo tengo! Las cosas van encajando…

Todos se giraron hacia él, especiantes, interesados.

—¡Escuchen…! —dijo Vance.

CAPITULO XVIII
LA TEORIA DE VANCE DE VERE

El jovial ex miembro de la R.A.F. parecía realmente excitado.

—¡Ya lo tengo! —hizo chasquear los dedos.

Todos se inclinaron hacia adelante, interesados, atentos. Mientras hablaba Vance De Vere, se acariciaba las puntas de su enorme bigote.

—Recuerdo haber leído no hace mucho —dijo— algo sobre una isla situada al norte de Nueva Zelanda. Una isla en esa área misteriosa entre el Norte y el Sur de Australia, Tasmania, toda aquella área, por el mar de Tasmania... Entre el mar de Tasmania y el mar del Coral, algo al oeste de Australia, al sur de las islas Salomón, entre Sydney y las islas Fiji; ¿saben de qué lugar estoy hablando?

—Bien, es un área diabólicamente *grande* —dijo Ponsonby—, pero creo que nos ha dado una buena indicación acerca del lugar a que se refiere.

—Bien, pues —Vance de Vere parecía excitado—. Una isla en alguna parte de esa área... los periódicos del Sunday iban llenos de esto, no hace mucho, donde los nativos se sabe que poseen una extraordinaria resistencia a la radioactividad. Una resistencia fantástica. ¿Recuerda que no hace mucho rato, Percy —dijo volviéndose hacia el director—, me contó acerca de esa extraña sensación que le invadió al ver entrar a esos dos tipos en el pasillo, ya sabe, cuando medio desvaneciose apoyándose en la pared y yo vine a su lado y le dije: «¿Qué pasa, amigo?» y usted me dijo: «No es nada en realidad, pero es que acabo de tener una extraña sensación», y entonces me contó que había recordado un día de su infancia, la Escuela Dominical y el maestro contándoles la historia de Shadrach, Meshach y Abed-nego, en el abrasador horno, radiactivo, por así decirlo, le dio a usted la impresión de que, quizás, aquello tenía algo que ver con aquella antigua historia, con las historias de la Biblia. Tal vez había algo en aquellos «cuentos milagrosos».

»Recuerden aquel científico ruso... todo ello bulle ahora en mi mente.

—¿Un científico ruso? —interrumpió Ponsonby.

—Ya sé de quién habla —dijo Carstairs-Tuttle—, el individuo que explicaba la aparente transformación de la mujer de Lot en estatua de sal que pudo ser ocasionada por una explosión atómica en alguna parte de aquella área.

Ahora piensen de nuevo en aquel mineral quemado, peculiar, parecido a la sal.

—No soy minerólogo —dijo el hombre de la R.A.F., francamente—, pero en la meseta de Caldea hay algo… no sé qué… ya lo he dicho, pero hay *algo*.

—Ya he oído hablar de esto —convino el irlandés—, pero desgraciadamente tampoco son minerólogos. En este mundo de las altas especialidades, un hombre se pone dentro de su propio campo, y se convierte en una especie de rutina, y lo conoce palmo a palmo, de dentro afuera, y de fuera adentro, y lo conoce no sólo perfectamente, sino demasiado perfectamente; pero cuando sale de lo suyo se encuentra perdido. Desde luego puedo afirmar que he oído hablar de esta teoría adelantada, de que esa área era abundante en minerales quemados radioactivos.

—Y todo ésto, naturalmente, está relacionado con lo que usted ha contado —indicó Evan William Evans—. Esa área, posee algunos bloques de piedra maciza, enormes, como si hubieran sido puestas allí deliberadamente, ó quemadas por el escape de un cohete… ¿Extraño, verdad?

—Lástima no tengamos más información, más concisa, más definida —dijo Bellamy Carstairs-Tuttle—, no les culpo a ustedes, caballeros, puesto que todos ustedes poseen un lugar relevante dentro del campo científico, pero como ha dicho nuestro amigo, el profesor O'Riley, nuestros campos, sin embargo, son condenadamente limitados.

Vance De Vere estaba mirándoles alternativamente, mientras se acariciaba el bigote tratando desesperadamente de poder decir una palabra.

—Amigos, por favor. *Esto* es lo que estoy tratándoles de decir. —Y una vez vio que todos le prestaban atención, siguió—: Esto es lo que estaba tratando de decir —repitió—. Muchas cosas concuerdan entre sí. Hay este asunto de tipos, que en tiempos remotos, eran capaces de realizar toda clase de hazañas inverosímiles, desafiando a la muerte. Personas como Shadrach, Meshach y Abed-nego, que sobrevivían al calor del fuego, de un horno. Hubo también tipos como Melquizadeck, que no tuvo padre ni madre… —esto costaría un poco de explicar el caso de este hombre que aparece de ninguna parte, sin que nadie le conozca pariente alguno—, una especie de semihombre y semidiós. Luego tenemos los héroes de la Antigua Grecia, y los héroes de otras mitologías. Hombres como Gilgamesh…

—Excuse mi ignorancia —dijo Carstairs-Tuttle—, ¿pero quién diablos fue ese Gilgamesh?

—Pues es una historia maravillosa, desde luego —respondió Vance

de Vere—. Era, según creo, uno de los reyes inmediatos a la era post-diluviana en la ciudad de Uruk, en alguna parte de la Mesopotamia; Caldea; más o menos por aquella área; del tipo asiriobabilónico. Era en parte divino *y* en parte humano. Creo que la parte paterna debió ser divina y la parte ma-terna, es decir su madre, una mujer corriente, que nos hace volver otra vez a la misma clase de frase: «hijos de Dios casados con hijos de hombres». Esto es una parte interesante del Génesis. ¿Somos nosotros «hijos de Dios»? ¿Significa esto *extraños?* ¿Significa *otra raza que la humana?* ¿Una raza superior? ¿Una raza sobrenatural? ¿O significa... —su voz se fundió en un murmurio— *que tenemos la respuesta a, nuestro 'problema?* Verán, todos estos individuos que se presentan de pronto desde tiempo inmemorial. Gente extraña, gente fuera de lo corriente. Gente con poderes sobrenaturales ; gentes con extrañas habilidades y, naturalmente, nuestros antepasados supersticiosos los definían con las palabras de fantasmas, aparecidos o sobrenaturales. Todo eso son desatinos. Tengan en cuenta que *pueden* ser fantasmas. De hecho, mis lecturas favoritas son las historias de fantasmas y aparecidos; nada mejor que un buen cuento sobrenatural. Denme a Frankenstein o a Drácula o cualquiera de los viejos clásicos, o algunos de los nuevos..., nada hay que me guste más. Pero, sin embargo, admito que *puede* haber algo en esto, considero a la mayoría de ellos no terriblemente plausibles. Debo decir que yo lo considero como hombre del siglo XX, mientras que nuestros queridos antecesores, lo consideraban como algo *literalmente* cierto. Ellos creían en demonios, diablos y ángeles y en cosas que tropezaban durante la noche, y en duendes, hadas, gnomos, enanos y silfos...

—Eh, cuidado con lo que vaya a decir de los silfos, ¿eh? —dijo Shaugham O'Riley, mirándole con los ojos entornados—. Diga lo que quiera de todos los demás seres fantásticos, pero deje en paz a lo silfos. Son uno tipos simpáticos. Mi bisabuelo fue un silfo.

De nuevo el sentido del humor del irlandés, había alegrado un poco aquella reunión, en cierto modo sombría.

—Bien, dejando aparte el hecho de que su bisabuelo fuera un silfo —dijo Vance De Vere—, déjeme terminar lo que estaba, diciendo. Sabe una cosa, Shaugham, me ha hecho perder el hilo de la conversación, por entero.

—Hum, no debería ser muy fuerte, pues —dijo el irlandés—. Deberá mejorar sus conexiones.

Otra vez estalló la carcajada general.

Al fin Vance De Vere pudo continuar.

—Estaba tratando de decir esto —dijo pacientemente,

acariciándose el bigote—, podría ser comprensiblemente otra raza. Sabemos que la humanidad no ha salido a una marcha brillante. Hubo uno o dos ensayos. ¿Cómo sabemos que no existen cosas como el *yeti* en las montañas del Tibet, donde exploradores forasteros mirando a la distancia dicen «mira aquello» y seguro que «aquello» es la forma del yeti? —Se expresaba con cierta dificultad al intentar imitar el acento anglosajón—. Nunca podré hablar bien el anglosajón, diantres.

Hubo un murmullo de risas, y luego una corta pausa.

—Hay los peludos gigantes del Canadá, que se supone vagan por los peñascos —siguió Vance De Vere—. Hay cuentos de criaturas horribles en todas las regiones, que probablemente han sido el comienzo de toda clase de mitos y leyendas. Pero, ¿y si en todo esto hubiera un denominador común? ¿Y si esto fuera una raza, que existe en alguna parte, *una raza no humana,* que salió de un ensayo mejor que el nuestro, y aunque numéricamente muy inferior, es mucho más inteligente? Quiero hacer una sugerencia, recuerdan las leyendas de la región pérdida de la Atlántida, el continente perdido de Mu, la región perdida de Lemuria, el país perdido de Lyonesse, que se supone se sumergió en la costa de Cornualles. Las islas de Blest, desaparecidas en el océano occidental. Islas perdidas, tierras perdidas. Todas estas cosas pueden tener un común denominador extraño, *de hecho.* Puede haber *algo* detrás de todo ello. Algo *extraño,* algo *raro,* algo con la forma de otra raza, *casi humana, pero no del todo.*

»Ahora volviendo a la isla de la que les ha- biaba, y sobre lo que leí en el periódico recien-temente; los isleños que pueden resistir la radioactividad... ¿y si fuera nuestra raza extraña, no humana, los responsables de las cosas sucedidas en la historia como la increíble hazaña de Shadrach, Meshach y Abed-nego dentro del abrasador horno, porque pueden resistir un calor fantástico y la radiación? ¿Y si algunos de ellos se mezclaron con los polinésicos de esa isla en tiempos muy remotos, más aüá de todo recuerdo? ¿Y si en un tiempo muy remoto, fuera del alcance de nuestros recuerdos, estas *cosas* horribles, semi-humanas con esta resistencia a la radioactividad, introdujeron una raza de su sangre en aquella isla, produciendo entonces una raza que sería capaz de resistir —no tanto como sus antecesores— cuyos increíbles poderes quedaron demostrados por hechos tan asombrosos como el homo infernal, pero desde luego mucho más que el vulgar *homo sapiens*? —dijo Vance de Vere entusiasmado.

—Sí, desde luego, ese asunto del horno es muy bueno —dijo Ponsonby— y estoy de acuerdo en que fui yo quien pensó en ello

automáticamente, pero ¿cómo habrían llegado aquí esa gente? Shadrach, Meshach y Abed-nego se les suponía seres humanos corrientes; eran bien conocidos; debían tener amigos.

—Cawdor tenía todo el aspecto de un ser humano corriente. Si ha podido vencer a los hombres del siglo XX, seguramente sería más fácil vencer a los de hace miles de años.

—Sí, comprendo lo que quiere decir. Si esta raza inteligente —siguió Ponsonby—, desea hacerse pasar por humanos, pueden hacerlo. Y como usted dice, les sería mucho más fácil pasar como seres humanos en tiempos remotos, que hoy en día.

—Pero naturalmente, si cometían una equivocación —dijo De Vere— y eran cogidos haciendo algo que iba en contra de las leyes de la naturaleza, nuestros remotos antepasados, habrían tenido buen cuidado de ellos.

—Quiere decir que los hubieran apedreado, o golpeado con porras hasta matarles, o arrastrarles y atarles a un palo y quemarlos como si fueran brujos, o colgarles en una encrucijada y partirlos luego en cuatro trozos, y quemar el cuerpo, o cualquiera de los mil procedimientos que tenían para cualquier cosa sobrenatural.

—Sí, habían muchos; habían muchos —convino Vance De Veré, acariciándose el bigote, otra vez—. Había muchos, muchos —repitió.

El coronel Bellamy Carstairs-Tuttle interrumpió otra vez, súbitamente:

—Pero suponiendo que así sea —dijo— lo que está intentando decirnos, amigo Vance, es que existe *otra* raza, una raza *no humana,* oculta entre nosotros, y tal vez un hombre entre mil no es tal y como nosotros creemos que es, sino uno de esos *otros* tipos. Me gustaría saber si vinieron por esto aquí a construir la esfera de fuerza. Esta es su debilidad. Poseen ciencia y poder que excede del nuestro, pero *numéricamente* nosotros somos mucho más fuertes que ellos a pesar de toda su ciencia, puesto que no están en posición de vencernos, por lo cual desean aumentar en número. Tal vez —pues no sabemos nada acerca de su raza, y todo esto no es más que simple suposición— tal vez no pueden multiplicarse tan rápida, ni tan saludablemente como nosotros, por lo que deben tratar de emplear esta esfera de fuerza, este método, para aumentar su población por duplicación de cada uno de ellos. Gente extraña, desde luego, tal vez el descubrimiento de esta esfera de fuerza por parte de esa gente extraña, significa que estamos al borde de una invasión, pues si la han construido una vez, pueden construirla otra, y si consiguen igualarnos en número, con su extraña habilidad para resistir el calor, la radiación y la energía, en cantidades

casi inimaginables, entonces quedaría bien poca esperanza para nosotros. Seguramente de poco serviría arrojar una bomba atómica a una gente que resiste todas esas cosas.

—Naturalmente, no *sabemos* si podrían resistir un arma tan superior como es la bomba atómica, pero es casi imposible —dijo el irlandés—, pero incluso él estaba empezando a pre-guntárselo.

CAPITULO XIX
UN EXCESO DE CAWDORS

El guardia de Seguridad que estaba de servicio en los dormitorios de Percy Ponsonby, era corpulento, macizo, bien entrenado, alerta y eficiente. Era el mejor del cuerpo de guardias de Seguridad. Era un verdadero Ajax entre hombres. Era un Aquiles, un Héctor, un príncipe troyano, y prácticamente no tenía nada que desear. Nada, incluso cumplir con plena satisfacción su trabajo, que consistía en velar y guardar de todo peligro la persona del doctor Percy Ponsonby, durante las horas que el erudito caballero yacía en brazos de Morfeo.

El guardia de Seguridad dio una profunda chupada al cigarrillo, dando una rápida mirada a izquierda y derecha. No se veía a nadie ni se oía nada.

El corredor que conducía a los dormitorios de Ponsonby, era amplio y bien iluminado. El guardia se apoyó de nuevo, fumando en silencio. Vigilaba a menudo dando un vistazo arriba y abajo del corredor. Estaba casi demasiado quieto, la ausencia de toda clase de ruido era prácticamente completa. Ni un soplo, ni un hálito de movimiento, ni siquiera los ruidos suaves del ajustamiento de los cimientos, los sonidos de un macizo edificio enfriándose en la noche, tras haber absorbido el calor del día. No se oía nada en absoluto. Nada, excepto la oscuridad tras las ventanas, y la adecuada luz del corredor, aunque no brillante.

El guardia arrojó la colilla al viejo cubo del fuego. Había muchas colillas en aquel viejo cubo. Era una de esas cosas. Servía mejor para cenicero que para hacer fuego. Incluso, en los establecimientos mejor arreglados, era fácil encontrar uno de esos cubos llenos de arena para el fuego que habían sido usados como ceniceros por aquellos cuyo trabajo consistía en permanecer largas horas solos vigilando a través de la oscuridad, durante la noche.

El guardia cumplía la regla dando veinte pasos desde la puerta de Ponsonby, dando la vuelta y dando veinte pasos más. El corredor estaba vacío también, la noche era silenciosa. Trató de esperar un poco antes de encender otro cigarrillo, pues sabía que sólo le quedaban tres en la cajetilla y quería alargarlos. El trabajo le parecía dilatado como una condena. Se le ocurrían mil modos mucho más agradables de pasar la noche, que estarse paseando arriba y abajo del pasillo de Ponsonby. Recordaba a cierta pelirroja en Brighton a la que vio durante su último permiso. Le dedicó una sonrisa secreta, casi lobuna. Sus pensamientos se dirigieron a Brighton y a su próximo

permiso. Eran pensamientos agradables, una mezcla de recuerdo y anticipación. Pero a pesar de sus pensamientos, seguía consciente de su obligación como guardia de Seguridad. Seguía recorriendo *el pasillo, seguía mirando alerta y adecuadamente la sección iluminada del pasillo.

De pronto vio *algo* que se movía contra una de las ventanas. Corrió hacia allí. Ahora bien, hay la confianza, y hay la seguridad en uno mismo, ambas buenas cosas. Pero hay la excesiva confianza en uno mismo y esto no es una buena cosa. El hombre de Seguridad tenía unas órdenes dadas: «Al primer signo de cualquier irregularidad o de algo sospechoso, haga sonar la alarma general». No a la segunda señal, ni a la tercera, sino a la primera, la Alfa, la A, el número uno, hacer sonar la alarma, no intentar arreglarlo tú solo. Se le habían inculcado bien aquellas órdenes, y se le había hecho comprender que él no era los *músculos* del ejército de Seguridad, sino los ojos; el ejército en corporación constituían los músculos. Cuando el grupo de Seguridad se asemejaba a un cuerpo orgánico, actuaba en coordinación y poseía el poder muscular ejecutivo. Cincuenta hombres de Seguridad provistos de armas Tommy, cubriendo los distintos ángulos del objetivo, podían vérselas por regla general bien con lo que fuera que estuviera allí para ver. Un hombre de Seguridad solo, con toda la voluntad, fuerza y determinación del mundo, es comparativamente de poco valor para un determinado enemigo, por muy bueno que sea como hombre de Seguridad individual.

Dejando aparte las heroicidades de los westerns, un hombre solo contra un centenar, no puede prometérselas muy felices, después de todo, no es el destino de todos ios hombres bajar al Alamo con Jim Bowie y los intrépidos héroes del viejo Oeste, revolcándose en su sangre tras él, ahogándose por montañas de mejicanos moribundos.

La mejor cosa respecto a una valiente última parada, es persuadir al enemigo de que sea él quien la haga.

Pero el hombre de Seguridad, tenía demasiada confianza en sí mismo. Era joven y corpulento. Tenía una puntería excelente y llevaba el revólver en la mano. Por esto en lugar de pulsar la alarma general, echó a correr a lo largo del pasillo, pues fuera en la oscuridad había visto *un rostro en la ventana.* Oyó un grito penetrante de pronto, una carcajada semidemoníaca en el pasillo, tras él, que le hizo dar la vuelta. Por el rabillo del ojo podía ver todavía el rostro en la ventana y supo que era el rostro de Rosco Cawdor…

¡Sabía que se encontraba en el tercer piso!

Por el extremo del corredor podía ver avanzar a una persona, una

persona cuyo rostro quedaba bien a las claras, gracias a la luz del pasillo. Aquel rostro era, también, *el rostro de Rosco Cawdor*.

Miró a uno y otro alternativamente, con el arma en la mano, a punto para disparar y en aquellos segundos vitales, todo pareció suceder al mismo tiempo.

Mientras miraba al hombre que avanzaba hacia el por el pasillo, se oyó un repentino ruido de cristales rotos y el otro Cawdor entraba por la ventana. El hombre de Seguridad apuntó y disparó…, pero erró la puntería. Su mano, con aquella arma grande y poderosa, quedó presa en una garra que parecía de acero, y ya no pudo hacer absolutamente nada. Nada. El arma cayó pesadamente contra el suelo del pasillo. El segundo Rosco Cawdor había llegado junto a él. Su última mirada consciente fue los dos rostros duplicados, descarados, llenos de un extraño resplandor semi-humano.

Entonces una mano dura como un pilón de hierro descendió de alguna parte. Le dio de lleno en el cuello y con aquello, la cabeza del hombre de Seguridad se tambaleó colgando hacia un lado. Una rodilla como una gran bala de cañón, le dio en la espalda y la mano cayó de nuevo…

Un precipicio sin fin de la inconsciencia, pareció abrirse bajo sus pies. Se hundía en las negras aguas. Se hundía, más y más; se hundía a los más profundos niveles de la inconsciencia. Las negras aguas se cerraban sobre su cabeza y no supo nada más.

La puerta de Ponsonby estaba cerrada. Debía estar asegurada además, con una gruesa cadena, a juzgar por la resistencia que opuso a los dos extraños y casi humanos Cawdors, cuando trataron conjuntamente de abrirla.

El doctor Percy Ponsonby se levantó de un salto de la cama, cuando un rayo de luz procedente del pasillo, cayó de Heno en su rostro.

—¿Qué diablos…? —empezó.

Las dos siniestras figuras avanzaban rápidas y determinadas hacia Percy Ponsonby…

CAPITULO XX
RAPTADO

Ponsonby miraba a uno y otro con los ojos muy abiertos, como un chiquillo asustado.

—¿Qué diablos...? —exclamó. Por segunda vez trató de chinar—. ¿Qué significa este alla-namiento de morada? Llamaré al guardia.

—El de ahí fuera no le servirá —avisó el Cawdor que estaba más cerca de él, con una sonrisa burlona—. Está inconsciente y seguirá así por lo menos durante una hora. Y había sido escogido por ser especialmente corpulento y estar siempre alerta. ¿Qué harán los demás si el mejor hombre está tendido inconsciente en el suelo del pasillo?

—¿Qué quieren de mí? —Ponsonby había dejado las fanfarronadas aparte—. ¿Qué quieren? —repitió.

—No queremos nada *de usted*... le queremos *a usted* —dijo el segundo Rosco Cawdor, y lo dijo con tal veneno en su voz que el doctor Percy Ponsonby sintió que los dedos helados del miedo le atenazaban el corazón, retorciéndolo, apretándolo, magullándolo, una y otra vez... Tenía los ojos muy abiertos, reflejando la luz que entraba del pasillo y que le daba un aspecto todavía más asustado.

—¿No irán a matarme, verdad?

—Eso depende —dijo el Cawdor que estaba más cerca de él—. Depende de un gran trato, Ponsonby. Ante todo, depende de su obediencia, o de lo contrario... Si podemos contar con usted para hacer absolutamente todo lo que se le diga, exactamente cuando se le diga, entonces tendrá una ligera oportunidad de vivir para poder ver un nuevo amanecer. ¿Le gusta esta idea, Ponsonby? —La voz era fría, destructiva, terrible; Si una serpiente hubiera tenido voz. Ponsonby imaginó que debería sonar como aquella. Volvía a oírla otra vez, silbándole al oído.

—Le gustará ver otro amanecer. Más que nada le gustará poder cobrar su pensión por retiro, y retirarse a ese pequeño chalet en el campo, con su familia, para cultivar flores y jugar al golf y al cricket en el verde pueblecito, en una tarde dominical... ¿no sería encantador? Entonces obedezca. ¡Un movimiento en falso y será sin duda alguna, inmediatamente muerto!

—¡Son increíbles! —murmuró Ponsonby—. Díganme...

Los dos Cawdors cambiaron una mirada significativa entre sí.

—Oh, ¿quiere usted decir que le gustaría saber cómo pudimos desconectar la máquina y pasar a través de la radioactividad?

Probablemente lo adivinará antes o después por lo cual no tenemos inconveniente en decírselo. *No somos de la misma raza que ustedes.*

—¿Cuál de los dos es el Rosco Cawdor que yo empleé? ¿Cuál de los dos es el primero, el verdadero Rosco Cawdor?

—Yo —contestaron los dos, a la vez.

—Ya sé que los dos creen serlo, pero uno de los dos es el genuino y el otro *no*. ¿Cuál de los dos *es* el genuino Cawdor? ¿Y cuál es el duplicado?

—Yo recuerdo haberme encontrado de pron- ~to sobre el césped. —dijo el que estaba un poco más apartado de Ponsonby.

—Entonces usted debe ser el segundo. El que fue hecho por la esfera. De modo que usted no es un hombre, ¡sino un *ser sintético*!

—Sí... lo hice con dados de madera —dijo el primero—. Pensé que era una idea más bien poética. En un principio, me parece, que Dios empleó la arcilla. Yo usé la madera.

—¿Qué quiere decir con esto? —preguntó Ponsonby algo coléricamente.

—No quiero decir nada —dijo el primero de los Rosco Cawdors—. Sólo que me pareció una paradoja algo divertida..., ¿no cree?

—No —contestó Ponsonby—. No me lo parece. En ustedes dos no encuentro ni la más mínima cosa divertida. No encuentro nada más que miedo, terror y misterio.

—¡Yaya, qué cumplimentador! —dijo el que estaba algo más apartado—. ¡Cuánta amabilidad! Usted nos teme, le aterrorizamos, le confundimos... Nos sentimos halagados por estos sentimientos que alberga hacia nosotros. Alegre el espíritu. ¿No le brindan estas palabras un poco de luz al invierno de su vida?

—¡Maldito sea! —dijo Ponsonby, con todo su fervor. Aquellas palabras habían brotado del fondo de su alma—. ¡Maldito sea! —Era una cólera inútil, baldía, desesperanzada. Era una cólera que casi rayaba los límites de la cordura.

El anciano estaba al borde de sufrir un ataque de apoplejía.

—Por aquí —indicó el Cawdor que estaba más cerca, cogiendo a Ponsonby por el brazo, y haciéndole levantar, llevando sólo el pijama, sacándolo de la cama con la misma facilidad que si hubiera sido un chiquillo—. Vamos a volver a la cámara de la esfera de fuerza.

—¿Por qué? —preguntó Ponsonby.

—Tenemos nuestras razones —dijeron los dos Cawdors simultáneamente.

Lo que Ponsonby encontraba más terrible en ellos, era comprobar que aquella enemistad que había brotado espontánea entre los dos

Cawdors en un principio, aquella mutua sospecha aparentemente natural, había dado paso a una especie de unidad desesperadamente espantosa. No podía evitar recordar a «Tweedledum y Tweedledee del famoso cuento de Lewis Carroll «Alicia en el País de las Maravillas».

Cawdor-dum y Cawdor-dee, pensaba interiormente, Rosco-dum y Rosco-dee, Tweedle- Rosco y Tweedle-Cawdor. Era el último atisbo de humor desesperado, débil, de un hombre que se encuentra al borde de la locura. El doctor Percy Ponsonby estaba muy asustado, y tenía una idea que se imaginaba un terrible complot que tenía algo que ver con la esfera de fuerza, pues conocía bien el camino por el cual sus horribles raptores no-terrestres le conducían.

CAPITULO XXI
LAS CARTAS BOCA ARRIBA

Había otro guardia de seguridad en el pasillo. Habían descendido dos tramos de escaleras y estaban bajando por la otra sección del edificio, donde tendrían que coger el ascensor para subir al nivel del laboratorio, y llegar a la habitación donde estaba la esfera de fuerza, ahora inactiva. Aquel pasillo era el punto clave en las comunicaciones de todo el edificio, y por esta razón, estaba patrullado por parejas de guardias. El Cawdor de la izquierda de Percy Ponsonby, sacó un tubo del bolsillo, un tubo delgado, verde y amarillo, con una serie de pequeños orificios rojos a un lado. Podía haber sido cualquier clase de bolígrafo, o lápiz a propulsión, o algo mortífero, peligroso y letal. Podía haber sido un juguete de chiquillo del siglo XX. Podía ser una novedad en celuloide de la época de Navidad, o podía ser una pieza mortífera de un aparato apto para la destrucción de la clase humana que había sido vencida por una sociedad de un remoto futuro...

Podía ser un arma horrible y extraña, o podía ser una pieza decorativa sin sentido alguno.

Pero Percy Ponsonby había visto ya bastante de los dos Cawdors para saber que aquello no era nada decorativo ni inocente. No era un regalo curioso para el árbol de Navidad. No era una simple fruslería, era un *arma.* No sólo un arma, sino un arma *por excelencia.* Para ser justos con Ponsonby, ya no era un joven, distaba mucho de ser un héroe, y, sin embargo, quizás, al darse cuenta de aquéllo, significó lo más importante de todo lo referente a Percy Ponsonby. Pues un héroe natural no es el hombre que gana medallas, como su colega o su camarada, que es un héroe forzado.

Entre nosotros hay quien encuentra una ocupación arriesgada, tan fácil y tan natural, como respirar y andar. Hay algunos hombres que pueden nadar igual que los patos, luchar como un gorila, correr como un antílope, sin ningún esfuerzo aparente ni entrenamiento alguno. Estos son unos pocos afortunados de la Naturaleza. Son hombres escogidos para sobrevivir. Hay aquellos cuyas vidas son altamente gloriosas y regaladas, y para ellos, hechos de gran valor física y destreza atlética, es tan cotidiano como ir a comprar el periódico o tomar la leche, para los mortales normales.

Es cuando un hombre corriente se eleva a una altura extraordinaria de grandeza, cuando nace su valor. El verdadero valor es parecido en muchos aspectos a la verdadera humildad, y esta gran cualidad ha sido definida por la eficaz pluma de C. S. Lewis: «La verdadera

humildad no consiste en que los hombres inteligentes se tengan por necios, ni los hombres fuertes se crean débiles, consiste en tener la habilidad de construir la catedral más hermosa del mundo, y tras haberla construido, reconocerla como la mejor, y, sin embargo, no sentirse ni más ni menos satisfecho que si la hubiera construido otro cualquiera. Guando hayamos aprendido a amar al prójimo como a nosotros mismos, podemos entonces amarnos a nosotros tanto como a nuestro prójimo».

El verdadero valor consiste, debe consistir, seguramente, no es un hombre valiente lleno de valor, musculado, atlético, casi animal, alegrándose de su fuerza de guerrero, haciendo uso de sus dotes, sino en un hombre asustado, cumpliendo su deber, sin saber cómo ni porqué, pero haciendo un supremo esfuerzo para vencer la debilidad, sin destruir sus propias mentes ni sus propios corazones.

Percy Ponsonby supo que si daba un grito de alarma, en el mismo instante, le matarían, y muy probablemente, también matarían al guardia de seguridad. Cualquier ruido articulado como «O» o «A» o «Socorro» o «Alerta», no serviría de nada. Ponsonby estaba pensando, esforzándose por encontrar una solución en su mente, algo que pudiera decir y que supiera que iba a ser obedecido automáticamente por el guardia que estaba en el pasillo; seguramente significaría su muerte. Tal vez, ni siquiera conseguiría su propósito, pues tal vez los dos Cawdors serían inmunes a las balas del arma Tommy que llevaba el guardia. Percy Ponsonby decidió que aquél, era para él, el *Momento de la Verdad,* un momento del cual no hay vuelta de página, recordando una frase de Shakespeare:

«Hay una marea en los asuntos de los hombres, que, tomada con la crecida, conduce a la grandeza...»

Aquella era la marea de Percy. Repentinamente se arrojó contra los honores que le llevaban, suficientemente fuerte como para impedir sus movimientos, para distraer su atención, y con toda la fuerza de sus pulmones, gritó:

—¡Gírese y haga fuego!

El hombre de seguridad reconoció la voz de Percy Ponsonby, una voz a la que estaba acos-tumbrado a obedecer. Habían dos voces a las que obedecían instintivamente: una era la del coronel Bellamy Carstairs-Tuttle y la otra era la de Percy Ponsonby. La costumbre, vence al pensamiento. Es una reacción. Y esto era precisamente lo que Ponsonby esperaba. Una ráfaga de plomo atravesó el pasillo silbando, anunciando muerte. Las balas se esparcían en todas direcciones. Ponsonby se sintió herido, no sólo una vez, sino varias. Escupía sangre

y se desplomó patéticamente sobre el suelo del pasillo. Estaba todavía consciente, pero no sentía dolor, sólo una gran sensación de sorpresa, extrañeza y cierto entorpecimiento en varias partes de su cuerpo donde las balas le habían herido.

Su primer pensamiento fue creer que su sacrificio no había servido de nada, pero al levantar los ojos vio que los dos Cawdors, caían también desvalidos. Una sonrisa cruzó el rostro del anciano científico, mientras sus ojos miraban a los de Rosco. Su respiración era una mezcla de jadeo y de tos, el hombre de seguridad arrojó el arma y corrió hacia Ponsonby, apoyando la cabeza del anciano en su brazo. Había algo, húmedo en sus ojos, como si fueran lágrimas. Ponsonby no lo desaprobaba. Había sido un redomado vanidoso, pero había sido siempre un hombre de buen corazón.

—¡Señor, usted... *me ordenó* disparar! —la voz del hombre parecía pronta a romperse.

—Lo hizo muy bien, le recomendaré para que le asciendan.

—Pero, señor. ¡Usted sabe que esto le mataría!

—Tenía que hacerse —murmuró Ponsonby.

El otro guardia, que había llegado para el relevo, se acercó y se arrodilló al lado del moribundo director.

—Dígale a Vance... que *esas cosas*... no eran seres humanos... querían construir una máquina... para reproducirse a sí mismos... podían resistir la radiación... pero el plomo les ha matado, ya lo ve... —sus ojos comenzaban a vidriarse, pero la sombra de la sonrisa bailaba todavía en sus labios— ...ha sido demasiado para ellos... y temo que sea un poco demasiado para mí también... —Su cabeza cayó hacia atrás.

El guardia de seguridad le dejó apoyado suavemente sobre el suelo, y se sacó e1 sombrero. Los dos Rosco Cawdors, no se movían tampoco.

Percy Ponsonby no había muerto en vano. Si su vanidad había sido su fatal debilidad, su valor y autosacrificio al final, habían sido más que compensados.

FIN

EL HOMBRE DE HIERRO

Eando Binder

Charley Becker soltó sus herramientas y anunció:

—Voy a que me engrasen.

Hank Norton levantó los ojos hacia él, con cierta sorpresa. Eran compañeros de trabajo en el departamento aquél. Becker era pequeño y delgado, con poco cabello y con una manera de ser algo especial. Era de aquella clase de tipos tranquilos, que trabajan semana tras semana- con paciente eficiencia. Era muy reservado y en muchas ocasiones nadie se daba cuenta de su presencia allí. Era difícil no reírse al oír su delgada voz que siempre sonaba como la de una atiplada mujer.

En parte, esto fue lo que sorprendió a Hank Norton. La voz de Becker había sonado con un tono profundamente varonil, aquella vez. Y más sorprendentes las palabras. Todos sabían que Charles Becker no había tomado un trago en su vida; dos cervezas hubieran sido una orgía fenomenal para él.

—¿Qué has dicho, Charley? —preguntó Norton, sólo para asegurarse.

—Sí. Voy a que me engrasen —repitió Becker de nuevo.

Norton movió la cabeza en señal de haberle comprendido y, mirándole directamente a la cara, añadió:

—¿Nervios destemplados, Charley? He visto casos, parecidos anteriormente. SI trabajar año tras año en estas monótonas unidades «sonox» para robots, pueden, en ciertas ocasiones, terminar con los nervios de uno.

Descargó una chispa en el centro locutor del robot en el que estaba trabajando. El robot cobró vida y emitió un imponente sonido parecido al que hubiera podido emitir cualquier ser humano.

—Casi parece humano de verdad —dijo Norton—. Totalmente fantástico, teniendo en cuenta que sale de un montón -de chatarra. Nunca hubiera creído que pudiera afectarte, Charley. Sólo falta una

hora para terminar nuestra jornada de hoy; sigue trabajando y olvídalo.

Pero Becker repetía otra vez:

—Voy a engrasarme —dirigiéndose hacia Pete Osgood, encargado del abastecedor de grasa para los robots.

—Engrásame —dijo.

Osgood no estaba de buen humor.

—Lárgate, Charley; eso tiene bigotes de gato.

—Necesito que me engrases —dijo Becker, permaneciendo muy tieso frente a él. Levantó su bra-zo izquierdo lenta, rígidamente—. Observe, señor. La juntura de esta espalda se atasca un poco; engráseme, por favor.

Osgood estaba perdiendo la paciencia.

—Escúchame bien, Charley. Por última vez, no trates de tomarme el pelo.

—Pero, es que yo necesito que me engrase —dijo Becker—. Y éste es su trabajo.

Osgood levantó un bote de aceite.

—Tú lo has querido, Charley —dijo con una torcida sonrisa, mientras derramaba pródigamente el contenido de aquella lata de aceite en la espalda izquierda de Becker. El aceite empapó la camisa de éste, saliendo por el codo.

—Ya estás engrasado, X-88 —rugió Osgood, repentinamente divertido, esperando la explosión de Becker.

—Gracias, señor —respondió Becker, moviendo el brazo libre—. Esta juntura funciona bien, ahora.

Dio la vuelta sobre sus talones y se dirigió a paso firme hacia la puerta. Pete Osgood dejó caer la lata de aceite al suelo mientras Hank Norton se ponía en pie.

—¡Diablos! —exclamó Osgood, extrañado—. No estaba bromeando.

Charles Becker salió del edificio hacia la calle, dejando tras sí el edificio de *Winton Robots Works.*

Lora Becker estaba haciendo algunas reformas en el mobiliario, como tenía por costumbre de vez en cuando. Lo cual estaba en consonancia con el hecho de que aquella semana llevaba el cabello azulado, y usaba lápiz para labios cerúleo, mientras que la semana anterior llevaba el cabello y los labios de verde esmeralda brillante. Bajo el cosmético habitual de día, era rubia, no una rubia arrebatadora, sino más bien una atractiva, atrevida y pequeña rubia, con una listeza innata.

Precisamente ahora, deseaba un mobiliario con efecto de doble pasillo, lo cual esperaba no moles-taría a Charley. Por lo menos hasta entonces nunca había dicho nada de lo que ella hacía. Era apa-cible y suave, siempre. Y dulce, cariñoso. Le amaba. ¿Por qué? Porque le amaba.

Arrastraba la pesada consola-TV de 55 pulgadas hacia el rincón, tarea verdaderamente difícil para ella.

—Permítame, señora —dijo una fuerte voz tras ella.

EÍla dio la vuelta, sorprendida.

—¡Charley! No te he oído entrar, y además no te esperaba tan pronto. ¿Te sucede algo, cariño?

—Nada en absoluto —repuso Becker, levantando la consola del suelo y aguantándola así.

—Charley, tu espalda —gritó ella con horror—. Te destrozarás. Déjala en el suelo.

—¿Dónde desea la señora que la coloque?—Becker seguía aguantándola a pulso, como si pesara una libra en lugar de varios cientos.

—Aquí mismo, contra la pared violeta. Pero, cariño, no puedes transportarla hasta allí de esta manera...

Se interrumpió y quedó observándole con los labios abiertos. Becker acababa de cruzar la habitación depositando suavemente la consola en el lugar deseado. Se giró hacia ella sin jadear..

Lora parpadeó varias veces, fascinada.

—Charley.., es... es..., bien, antes acostumbrabas a resoplar y jadear aunque sólo tuvieras que levantar una simple sillita. ¿Dónde diablos has conseguido esa fuerza tan fantástica? Francamente, cariño, me has dejado asombrada. Bueno, di algo, Charley. No te estés ahí parado.

—No me llame Charley —dijo Charley Becker— ni me prodigue ningún otro tratamiento cariñoso normal entre los humanos. Están fuera de lugar, señora. Mi denominación es X-88.

Tras un momento de silencio, Lora parpadeó feliz.

—Has conseguido un aumento, querido. Esto debe ser. Y te han dejado salir más pronto para que vinieras a comunicármelo y poder así celebrarlo. No hay duda de que estás de muy buen humor y con ganas de gastar bromas. Anda, ven y bésame ya, mi formidable héroe.

Becker ignoró los brazos que se le tendían invitándole.

—Los robots no se toman jamás familiaridades con sus dueños o dueñas, en el sentido humano —dijo con voz llana.

—¿Un robot, eh? —exclamó Lora, acercándose a él y sacudiéndole

—. Vamos, abrázame. Destrózame las costillas, en tu abrazo de hierro, alto, y reluciente y atractivamente' brillante.

Becker permaneció con los brazos inermes a ambos lados-, sin responder.

—Esto es exactamente lo que sucedería, señora; les destrozaría las costillas. ¿Qué desea ordenarme ahora? X-88 es su siervo.

Lora se rió hasta que las lágrimas se le saltaron de los ojos.

—Realmente, Charley, nunca hubiera dicho que poseías un sentido del humor tan considerable. Debe de tratarse de un aumento muy considerable y además algún ascenso de categoría. ¿No quieres decírmelo todavía? De acuerdo, sigamos con la comedia. Mientras, ¿qué te gustaría cenar? Di lo que te apetezca. ¿Qué desearías comer?

—Aceite —dijo Becker—. 20°, robo-refinado, de radiación atómica 60 roentgens. Es el fuel que acostumbran a tomar los robots.

—Aceite —dijo Lora gravemente—. ¿Con sabor a limón? ¿O helado con un poco de crema?

Riendo, dio media vuelta y se dirigió hacia la cocina y revolvió en la nevera en busca de algo que le satisfaciera:

Cuando se sentaron en la mesa, cinco minutos más tarde, Lora, señalando la taza, indicó:

—Tu aceite, indicó:

Becker llevó la taza hasta sus labios y dio un trago. Lo escupió violentamente, pero sin emoción.

—Eso no es aceite, señora. Es consomé gelatinoso.

Lora se le quedó mirando con asombro al ver el líquido esparcido por la pared. Un ligero tono enojado se notó en su voz al decir:

—Querido, ¿no crees que ya dura demasiado la broma? ¿No lo estarás llevando demasiado lejos? Es tu consomé favorito, siempre lo ha sido, y pensé que te gustaría.

—Cualquier alimento humano, tomado internamente, puede producir un corto-circuito y serios perjuicios, señora. Ahora las junturas de mi cuello están afectadas por esa materia orgánica. Necesito engrasarme.

Lora suspiró, y decidió que lo mejor sería seguirle la corriente con una sonrisa en los labios, mien-tras su marido se dirigía a la caja de las herramientas, de la que sacaba la lata de aceite de engrasar, y echaba aceite en su cuello, mientras movía la cabeza de un lado a otro.

Pero Lora dejó de sonreír cuando vio que Charley, haciendo un agujero mayor en la lata, la incli-naba y arrojaba el resto de aceite a la garganta.

Lora gritó.

Lora, con el rostro muy maquillado para ocultar las huellas de una noche de insomnio, dijo:

—Sí, doctor. Mi esposo piensa que es un robot. Se negó a acostarse en la cama, anoche. Se limitó a quedarse en un rincón de la habitación, de pie, tal como lo hacen los robots por la noche. Inmóvil. Toda la noche —Prosiguió por un momento—. Por la mañana, hoy, seguía todavía allí, de la misma manera. No había movido ni un solo músculo, Yo, doctor…

—Tranquilícese, Mrs, Becker… —aconsejó suavemente el psiquiatra.

El doctor John Grady poseía un rostro agradable, de sonrisa tranquila, y una firme seguridad en su profesión. Era muy ordenado en el vestir, y muy reposado en sus maneras; era objetivo y no acostumbraba a emocionarse por nada. Era agudo y penetrante de pensamiento, capaz de adentrarse correo una hoja de acero en las profundidades de la mente humana. Todos sus casos eran, clínicamente, interesantes, pero nunca mostraba piedad o compasión hacia el enfermo o hacia sus parientes más allegados. Teóricamente.

Sin embargo, Grady compadecía a Lora Becker. La teoría fracasa en ciertas ocasiones. Tenía un problema, un verdadero y difícil problema. Volviendo a Su papel profesional, preguntó:

—¿Su esposo trabaja en una factoría de montaje de robots? ¿Desde cuándo?

—Hace nueve años. Está a cargo de la sección de puesta en marcha de los sistemas de locución en dichos robots.

—¿Su trabajo consiste en hablar con los robots obtener las respuestas de éstos? ¿Enseñarles a ha-blar? ¿Enseñarles a comprender el lenguaje humano?

Lora movió la cabeza afirmativamente.

—Con frecuencia me ha contado lo pesado que resulta, a pesar de que lo ha hecho tantísimas veces. Lo misterioso que resulta conseguir que una máquina responda hablando a tus palabras, con un razonamiento casi humano. Ha llegado a tratar a los robots, de «él» o «aquél», en lugar de «aquéllo».

El doctor estuvo meditando estas palabras unos momentos.

—Progresión lenta de proyección de personalidad. Al darles un estado humano, en cuanto al pen-samiento. Pero sin embargo, inofensivo e inútil, dígame, Mrs. Becker. ¿Está algunas veces preocupado por los robots? ¿le molestan de alguna manera especial, le producen alguna preocupación, de cualquier manera específica, esos

hombres mecánicos parecidos a los hombres?

Lora pensó unos instantes antes de responder.

—Sí, ahora que usted lo dice. Siempre traté de quitárselo de la cabeza, pues a veces llegaba a casa preocupado, diciéndome que había asesinado a un robot.

—¿Asesinado?

—Bien, alguna producción defectuosa. Las unidades mentales de algún robot que no responde como debiera. Charley les llama «idiotas». O robots «de inteligencia infantil». Y como es de suponer, en tales casos, dichos robots son inútiles. Por lo que él manda una descarga eléctrica a través de la unidad del cerebro, destrozándolo. Cada vez que tiene que hacer una cosa así, apenas puede dormir en toda la noche, como si realmente hubiera matado a un hombre.

El psiquiatra registraba todas las palabras en su mente en medio del silencio de la habitación.

—Neurosis de ansiedad —dijo, pensativamente—. Que le ha conducido a querer identificarse a sí mismo como un robot. Era la única manera, tal vez, de poder absolverse a sí mismo de dichos «asesi-natos». La única manera de librarse de aquel complejo de culpabilidad. Charles Becker les «asesina-ba», pero no X-88, el robot. Esto le libra de toda culpa.

Toda esta explicación en términos simples, la había hecho para ella. Siempre se sentían mejor, si se les hablaba en términos normales. Nunca comprendían la verdadera diagnosis. El investigador te-nía la ardua tarea de saber ir escogiendo, aquí y allá, entre todas las más simples emociones y datos, todo cuanto pueda servirle para adelantar aunque sólo fuera un paso hacia la solución del caso.

No había duda alguna de que Becker era un hombre encanijado e igualmente de que toda su vida de adulto no había tenido ningún valor. Bien poco. Era un tipo retraído, tímido. *Querida,* ninguna otra mujer le miraría dos veces seguidas. No gracias, dijo el caníbal, tengo unanos para desayunar.

¡Oh!, era bastante molesto.

Anhelos creados. Sueños no cumplidos. Ser un hombre fuerte. O más fuerte que ningún otro. Como un robot.

Además, según el informe rellenado previamente por la enfermera, veía que no tenían hijos fruto de aquel matrimonio, debido a la esterilidad del hombre, según dictamen facultativo. Carencia de vitalidad; de nuevo otro martirio que le aguijoneaba día tras día, torturando su ego.

Lora Becker era una buena esposa, no había duda. Le amaba a

pesar de todo. Pero en determi-nados momentos, inesperadamente, podía haber salido alguna palabra de sus labios. ¡OH!, pobre querido mío, no te esfuerces… ese terrible Ed Ashley, grande y fuerte, ciertamente, pero yo prefiero mi chulillo, dulce y cariñoso, siempre… realmente, querido, hay muchos hombres en el mundo que no pueden ser padres y además el mundo está ya bastante lleno de mocosos.

Y luego los robots, donde él trabajaba, dando sonidos similares a los humanos, cuando «morían» en sus manos. La debilidad, falta de virilidad y el cerebro del robot destrozado. Culpabilidad sobre culpabilidad; la pirámide iba aumentando poco a poco hasta hacerse enorme.

Todos los problemas de Becker quedaban resueltos con un solo paso. Los robots no eran débiles; los robots no tenían hijos; y los robots estaban al margen de aquel asesino, Charles Becker.

Esta era su escapatoria, libre al fin de todo tormento. Esto eral lo que el doctor Grady había ido deduciendo para sí, tras los informes que poseía.

El doctor Grady interrumpió sus meditaciones. Tenía que estar preparado para la pregunta que siempre le formulaban. Siempre.

Lora estaba formulándola ya, retorciéndose las manos.

—¿Es muy grave, doctor? ¿Podrá…?

Casi siempre dejaban la frase por terminar.

—¿Curarse? —terminó Grady, suave, cuidadosamente. ¿Cuántos años le había llevado conseguir hablar sin descubrir sus pensamientos?…. No se preocupe, Mrs. Becker. En 1982 son muy pocos los casos desesperados. En realidad podemos decir que casi todos tienen solución. Espere en la salita de ahí afuera, por favor, mientras hablo con él.

Después que Lora tomó asiento en la salita contigua y pretendió centrar su atención en la lectura de una revista a pesar de tener los ojos el doctor Grady llamó al hombrecillo que permanecía de pie como una estatua en un rincón de la sala, impasible. Pero con la impasibilidad propia de un robot, no de un hombre sumiso.

—Tenga la bondad, por aquí, Mr. Becker.

Becker no movió la cabeza, ni siquiera pestañeó.

Grady movió pensativamente la cabeza.

—Tenga la bondad, por aquí, X-88.

Becker cobró vida y obedientemente le siguió al interior del despacho privado. La puerta se cerró tras ellos, suavemente.

—Tiéndase en esta otomana —le indicó el doctor—. Esto nos llevará una hora.

—Seguiré de pie, señor; los robots no nos cansamos.

Grady no mostró rastro de sorpresa ni de enojo en su cara, sino que continuó mostrando la expre-sión de neutral tranquilidad a que se había acostumbrado tras largos años de práctica.

—Sí, naturalmente. Como usted prefiera. ¿Su nombre?

—X-88, señor. Robot-criado particular del Winton Works.

—El nombre de Charles Becker. ¿Qué significa para usted?

—Nada, señor. Sin embargo el nombre Becker de por sí, tiene un efecto, un significado para mí. Soy el criado-robot de Mrs. Lora Becker.

—¡Ah!, pero si Lora Becker es casada, debe tener un marido. ¿Dónde está?

—No lo sé, señor.

—¿Acaso Mrs. Becker es viuda, o está divorciada?

—No. Es decir, no lo sé.

—Sí, usted lo sabe —dijo Grady, pero no agudamente. Lo dijo de un modo casual, inocentemente—. Respondió correctamente al principio, antes de cambiar de idea. Esto demuestra que de alguna manera u otra, usted sabe perfectamente que Mrs. Becker tiene un esposo que está vivo, del cual no está separada. ¿Se encuentra lejos, de viaje?

—No.

—De nuevo sabe usted la respuesta. ¿Entonces, dónde está? Es una pregunta interesante, ¿no cree? ¿Por qué no debió de comparecer el fiel esposo de esta señora en toda la noche pasada?

—Porque él... yo... —Becker se detuvo, palideciendo—, Un robot no está al corriente de las rela-ciones y comportamientos de los humanos. No puedo responderle.

—Sí, sí puede hacerlo —dijo pacientemente el doctor. Su tono era: amistoso, persuasivo, apacible—. Casi me ha dado la respuesta hace unos instantes. Usted no es un robot llamado X-88, ¿verdad? Piense unos instantes. Usted es un hombre, un ser humano de carne y hueso, llamado Charles Becker. ¿No es cierto?

La lógica le haría recuperarse.

Grady esperó, esperanzadoramente. ¿Lo habría conseguido? Seguramente la) absurda fijación no podía desvanecerse con la simple ayuda de la lógica. La mascarada de robot debía sentirse profundamente afectada.

Pero el rostro imperturbable, impasible del robot no cambió.

—Yo soy el robot X-88 —dijo Becker, con voz nasal, que imitaba exactamente a centenares de robots que él había manejado durante

nueve años.

El doctor Grady suspiró interiormente, aceptando la derrota de aquella ocasión. Había esperado que por lo menos Becker surgiera un momento a la superficie, aturdido, antes de reaparecer en la fantasía de robot. Era verdaderamente extraño un cambio tan absoluto de personalidad, que llegara a estos extremos.

Grady cogió un libro de encima la mesa, casualmente. Jugueteaba con él, se levantó y se acercó al hombre que creíase un robot.

—Los robots no sienten dolor, ¿verdad? —dijo.

—En efecto, señor; los robots no sienten dolor.

Grady arrojó súbitamente el libro a Becker de manera que sus bordes le dieran de lleno en las costillas. Grady no empleó precisamente 'la suavidad en tal movimiento, ya que más bien era un hombre forzudo.

Reacción: cero.

—Como usted dice, señor, los robots no sienten dolor.

Grady dio la vuelta. Bajo su ropa debía de haber una señal púrpura, debido al golpe recibido. Ningún hombre podía resistir un golpe súbito como aquel sin mostrar siquiera una leve mueca en su rostro. Sin embrago, Becker no había movido ni un solo músculo de su cara.

Las ideas del doctor iban siguiendo un modelo. Completa! transferencia de personalidad. Completa confianza en que era un robot, un hombre de hierro, con una piel de hierro que no sentía el dolor por carecer de nervios sensitivos. Los fakires andan sobre carbones encendidos, o reposan en camas de afilados clavos. Personas vulgares y corrientes pueden a veces padecer heridas bastante serias que no sienten hasta bastante tarde, por estar atemorizadas o coaccionadas. Bloqueo psicosomático del sistema nervioso.

Becker no se limitaba a creerse un robot. *Era* un robot. En todos los aspectos.

¿En todos los aspectos?

—Un robot posee una fuerza tres veces superior a la que pueda tener un hombre corpulento —indicó el doctor Grady—. Un robot podría, por ejemplo, levantar un lado de mi caja de seguridad. Hágalo, X-88.

Becker se dirigió hacia la caja de seguridad, sin pronunciar palabra. Imitaba también el paso lento, pesado de un robot de trescientas libras a la perfección; era singularmente humorístico, desde un punto de vista totalmente carente de humor.

Grady contuvo la respiración cuando Becker se detuvo para coger

uno de los ángulos de su caja de seguridad, a fin de alzarla del suelo, con sus brazos como palillos y su enclenque espalda. Tres hombres muy forzudos hubieran sudado lo suyo para conseguir a duras penas hacer aquel encargo.

Becker volvió a dejar la caja en el suelo, suavemente, sin ruidos, como lo habría hecho un perfec-to y bien adiestrado robot. Se giró y enderezó, sin mostrar triunfo alguno. Los robots no acostumbran a recrearse por estas tonterías.

—Fantástico —dijo Grady, llanamente—. Como un robot, podría también saltar por la ventana, a diez pisos de altura, y aterrizar sin producirse ningún daño, amortiguando la caída mediante los re-flejos pararuedas de las junturas de sus rodillas.

—En efecto, señor.

Los ojos de Grady parecieron empequeñecerse un poco. El temor a la muerte; el deseo de vivir, fuerza poderosamente instintiva en todo hombre. ¿Serviría aquello para hacer surgir a Becker de su escondite en el fondo de aquel caparazón de X-88?

—Salte por la ventana, X-88 —dijo Grady, dictando una orden.

Seguramente su «estrategia» surtiría efecto.

—¿Por qué ventana? —preguntó Becker, al ver que había tres que daban sobre la misma calle.

—La del medio —respondió Grady.

Becker estaba ya a medio camino de aquella, avanzando con paso firme. Cubrió la distancia que le separaba de la ventana, y una vez allí levantó el cristal.

—Orden rescindida —dijo Grady—. He decidido que el salto es apenas necesario. —Grady seguía sonriendo. Poseía una sonrisa prefabricada que podía cubrir cualquier oculto sobresalto—. Regrese a casa, X-88, en compañía de Mrs. Becker. Obedézcala implícitamente en todo.

El doctor Grady sonrió apaciblemente mientras daba unos cariñosos golpecitos en el brazo de Lora.

—Se pondrá bien pero llevará su tiempo —le dijo suavemente—. Mientras, trátele como si fuera un simple robot a su servicio. Evite llamarle Charles o cualquier apodo cariñoso. Llámele X-88. Dele tarea que hacer en el hogar, pero nada más. Esto es para evitar todo antagonismo o resistencia por parte de él. Vuelvan a verme mañana.

De nuevo en su despacho, antes de que su próximo paciente entrara, el doctor Grady dejó de sonreír. Era un caso único, el primero que había visto u oído en todos los informes psiquiátricos, a pesar de que los robots estaban en el mercado desde hacía unos doce años. Era

algo que le atraía poderosamente.

Llevaría mucho tiempo, ya se lo había dicho a Lora Becker. Aquel era uno de los principales pro-cedimientos del psiquiatra. No correr jamás. No pretender apresurarse demasiado. Todo necesita su tiempo. No hay que forzar jamás los acontecimientos. No existe límite de tiempo en las aberraciones mentales. Todos los callejones tienen una salida.

Pero en el caso de Charles Becker, se presentaba un callejón sin salida.

Los robots no comen ni beben los alimentos de los humanos.

Al día siguiente el doctor Grady estaba ya preparado. Había cancelado todas las visitas que tenía solicitadas para otros pacientes, aquella mañana. Podían esperar; comían y vivían. Había concentra-do todos sus pensamientos en un nuevo problema, y tenía su campaña preparada.

Tenía que conseguir resolver aquel asunto rápidamente. Rápidamente. Charles Becker llevaba sin comer ni beber cuarenta y ocho horas.

Grady sonreía amablemente cuando Becker entró en su despacho, con paso lento y mesurado, como lo hacen los robots.

—Charles Becker —dijo Grady— es un asesino de robots. Era un empleado de la factoría de la cual ha salido usted, X-88. Con frecuencia asesinaba a los robots defectuosos. ¿Es cierto?

Los ojos de Becker parpadeaban.

—Sí, es cierto.

Grady se sentía satisfecho. X-88 había admitido ahora conocer a Charles Becker, mientras que el día anterior lo había negado. Ya habían avanzado un poco.

Grady prosiguió con su plan.

—Pero los robots no poseen estado legal humano. Bajo la ley no son más que máquinas inteligentes. ¿Puede un hombre, un ser humano ser acusado de asesinato por destrozar un automóvil, o un aparato de televisión o un cerebro electrónico?

—No —repuso Becker.

—Un robot —añadió Grady— no es una máquina más delicada ni una combinación más ingeniosa que lo pueda ser la mecánica locomotora de un coche, o la percepción de un sensible aparato de televisión, o que un complejo cerebro electrónico. Por consiguiente, Charles Becker no cometía asesinato cuando destruía a los robots; se limitaba a quitar de enmedio a las máquinas inútiles. Habría sido un

disparate tener un complejo de culpabilidad por ello, ¿o no?

—No puedo apreciar tales emociones humanas.

Grady pensó. *Defensa mecánica.* Como robot, Becker no tenía necesidad de seguir un proceso de razonamiento. No había conseguido hacer impacto. Una barrera mental de aquel tipo era muy difícil de atacar. Era el cimiento y fundamento de su complejo, construido sólidamente a través de nueve largos años.

Grady decidió atacar sobre cosas concretas.

—¿Se siente débil, X-88?

—No.

—Sin embargo, hace dos días que no come.

—Los robots no toman alimentos humanos. Sin embargo, deben de tomar diariamente cuatro onzas de fuel, a fin de mantenerse en debida forma. Mrs. Becker no me ha dado nada.

«No, pensó Grady, porque yo mismo la telefoneé diciéndole que no lo hiciera».

Apretó el timbre situado bajo el tablero de la mesa, y entró su enfermera, arrastrando la mesita de té con la humeante tetera, y algunas pastas, dejándolo precisamente delante de Becker. Su nariz no dejaría de hacerle sentir la imperiosa necesidad de beber aquel tentador líquido. Su estómago hu-mano, no dejaría de sentir hambre ante aquella comida a su alcance.

Becker permaneció quieto y silencioso durante más de cinco minutos.

Grady había estado observándole.

—Coma —invitó.

—Lo siento, pero debo rehusar —respondió Becker—. La comida de los humanos es perjudicial para nosotros; los robots tenemos unos sistemas de salvaguardia automática que nos hace desobedecer cualquier orden que pueda sernos perjudicial.

Grady sonrió. Detestable. Por la misma razón le era imposible suministrar alguna droga a Becker, a fin de dejarle inconsciente, y entonces obligarle a comer. Ni siquiera con la ayuda de diez poderosos hombres podría conseguir hacerle comer a la fuerza. Becker mantendría las mandíbulas cerradas, a pesar de los esfuerzos de aquellos diez hombres para intentar abrírsela. Incluso aunque consiguieran esto y les mandara atiborrar de comida la garganta de Becker, éste lo escupiría todo.

El sistema de forzarle a comer quedaba descartado. En realidad la cuestión de comer quedaba por el momento fuera de cuestión, mientras tanto, X-88 no desapareciera dejando paso al hombre en que

se había refugiado: Becker.

El doctor hizo una señal y la enfermera retiró el servicio de té. Trazó una línea en la lista que tenía encima de su mesa. Entonces cogió una lata de fuel-oil que tendió a Becker. Era aceite ordinario, pero parecía igual al venenosamente radioactivo fuel especial para robots. Pero además contenía otro ingrediente. Ipecacuana.

—Su fuel, X-88.

Becker se dispuso a beber. Los robots beben de la misma manera que lo hacen los humanos, dis-tribuyendo el fuel en su interior gracias a un sistema de distribución especial a este efecto. Era tan mecánicamente perfecto como cualquier otro.

Becker bebió un poco, y de pronto vomitó violentamente sobre la alfombra, lo que acababa de tragar.

Mientras la enfermera lo limpiaba, Grady esperó que Becker le diera una explicación de lo ocurrido. Si es que todavía era un robot.

Becker seguía siendo todavía un robot.

—Este fuel-oil estaba contaminado, señor; inadecuado para los motores de un robot. Pero todos los últimos modelos poseen unos sistemas de selección en el distribuidor de fuel, de manera que si se ingiere alguna clase de fuel que no está en buenas condiciones es automáticamente rechazado.

—Naturalmente —sonrió Grady—. He sido un estúpido al olvidarlo.

Trazó una nueva línea; sobre la segunda anotación y se dispuso a intentar su tercer plan.

—Haga un agujero en esta hoja de metal, con el puño —dijo, señalando un pedazo cuadrado de acero de 1 /32 pulgadas de grosor, sostenido firmemente por unos sujetadores.

Los robots pueden agujerear con el puño placas de un grosor de 1/32 pulgadas. Si trataran de ha-cerlo con placas más gruesas destrozarían el intrincado mecanismo de sus nudillos.

Grady se decía para sí que esta vez no fallaría. Algo tenía que haber que fuera humanamente im-posible de realizar para Becker. Y cuando aquel momento llegara, desaparecería la fijación de X-88 el robot.

Aquella placa de acero era impenetrable para un puño humano.

Se oyó un tremendo ruido cuando el puño de Becker se estrelló contra la placa de acero, atrave-sándola. Separó la mano, sin quejarse. Los nudillos estaban perfectamente. Grady pudo observarlo inmediatamente. No había una sola gota de sangre. Ni huesos rotos apareciendo a través de la carne desgarrada.

El lápiz de Grady marcó otra raya sobre este nuevo plan fracasado. Rudamente, se trataba de la bien conocida fuerza «maníaca». Voluntad de hierro, especialmente si era psicótica, daba una dureza momentánea a los huesos y carne humanos. Poderosamente sobrenatural, meramente el reino donde el supremo esfuerza mental confería a todos los procesos glandulares y musculares un poderoso apogeo.

Meditó unos instantes. Básicamente, la repetida simplificación o explicación en pocas palabras. Doctor Jekyll y Mr. Hyde. Charles Becker y X-88.

Grady concentró su atención en él siguiente plan.

Pero de pronto, Lora entró en la habitación. Con los ojos extraviados, miraba ora al doctor ora a Becker, como si se diera cuenta de lo inútil de sus intentos.

—No puedo aguantarlo más —gritó. Sollozando, llevó la botella hasta sus labios—. Adiós, queridísimo.

—¡Deténgase! —gritó el doctor Grady—, No beba esa mortalmente ponzoñosa bebida. Tropezó torpemente con la alfombra y llegó demasiado tarde para evitar que ella bebiera. La botella cayó, ella se tambaleó sobre sus pies, cayendo desplomada sobre el piso. Grady pudo aguantarla antes de que llegara al suelo.

—Su esposa, muerta —dijo a Becker—. La mujer que usted amaba.

—La esposa de Charles Becker —rectificó X-88—. Un robot no puede sentir amor.

—Espere de nuevo en la salita contigua —dijo Grady, ayudando a Lora a ponerse de pie. Esta le dirigió una confiada mirada y cerró la puerta tras ella.

Grady trazó una nueva raya sobre este experimento. Emoción, amor. X-88 no sentía ni una cosa ni otra.

—Desnúdese —ordenó Grady—. Por completo.

Becker obedeció. No era ninguna sorpresa que X-88 llevara la ropa igual a cualquier ser humano. La mayoría de robots que servían en casas particulares, vestían así a fin de ocultar su silueta metálica y hacer su figura más familiar. La mayoría de la gente lo quería así.

Becker estaba desnudo.

—Los robots carecen de sexo —comenzó Grady.

—Sí.

—Pero los humanos poseen órganos sexuales —dijo el doctor simplemente, aguantando un gran espejo en la posición adecuada—, ¿Cómo es posible que X-88 tenga lo mismo?

—Yo no tengo órganos sexuales, señor. Soy un robot.

Grady levantó el espejo al nivel del rostro.

—Su cara. ¿Qué ve?

—Veo reflejado metal brillante —dijo Becker—. Los acostumbrados ojos TV, la falsa nariz, y la boca para tomar el fuel. Ni barba ni cabello humano.

Grady dejó el espejo a un lado. Ilusión visual completa. Contemplando su propio cuerpo, los ojos de Becker se negaban a ver lo que no debía existir en el cuerpo de un robot. Los órganos sexuales, cabellos, uñas, ombligo, nada de esto existía en X-88.

Pero Grady no ordenó a Becker que se vistiera. Seguía desnudo. Había negado sentir emoción alguna de tipo afectuosa hacia su esposa al simular ésta ingerir aquella bebida venenosa. Sin embargo, existía otro procedimiento instintivo mucho más fuerte. Pulsó el timbre dos veces, según señal convenida.

En lugar de la enfermera, entró Lora, Esta miró a su esposo totalmente desnudo, sin sorprenderse.

—¿Preparada para intentarlo? —preguntó el doctor, suavemente.

Lora se ruborizó pero afirmó con un movimiento de cabeza.

—Me alegra que así sea —dijo Grady—. En caso de que usted se hubiera negado me habría visto obligado a insistir. Saldré de la habitación. Tómese todo el tiempo que sea necesario. Allí está el gabinete donde puede dejar su ropa. Cuando desee que entre, sólo tiene que pulsar este timbre. —Apretó gentilmente su mano—. Recuerde. Inténtelo lo mejor que sepa. Es muy importante. Y no podemos esperar ni otra ocasión ni otro lugar.

Lora vio que la puerta se cerraba tras el doctor. Entonces, mirando la figura desnuda de su esposo, ruborizándose de nuevo, comenzó a desnudarse. Estaba frente a él, deliberadamente. Los ojos de su esposo no se fijaron en ella ni un solo momento. Parecía que no se daba cuenta de las cosas que se le revelaban, de las graciosas curvas femeninas.

Lora ya no se ruborizó más. Era como si estuviera desnudándose en una habitación completamente privada entre muebles inanimados. Pero siguió desesperadamente y finalmente se colocó frente a él, dejando caer la última pieza de ropa recatadamente. Charles Becker siempre había respondido a sus encantos… siempre.

Cuando el doctor Grady respondió a la llamada y entró en la habitación, Lora movió la cabeza, angustiada, mientras terminaba de arreglarse.

—Me ha ignorado por completo. Como si… como si fuera un robot.

Salió hacia la sala de espera, con los ojos llenos de lágrimas.

Grady trazó otra raya sobre la lista. El sentido sexual estaba totalmente ausente en los robots, in-cluyendo a X-88.

Habían comparado también con Lora otras funciones orgánicas, y sabía que aquello era como un callejón sin salida. Los robots no eliminan; y X-88 tampoco lo hacía. Pero esto era comparativamente sencillo, al cesar de hacer la digestión el metabolismo descendía al mínimo necesario para la mera básica existencia. Los intestinos, riñones, y todos los órganos internos estaban bajo rígido control.

Sólo quedaba una prueba más.

Pero ésta era el argumento de remache, y Grady lo había dejado como último resorte. Al menos, los precedentes le habían tal vez abierto un camino. Tal vez habían infiltrado una ligera duda en la mente de X-88. Lo suficiente para hacer saltar, tras una prueba final, aquellas puertas que se cerraban en su alucinación.

Entonces X-88 desaparecía. Charles Becker volvería, a tiempo de comer vorazmente antes de morir de hambre. La carencia de comida no tenía ninguna importancia en X-88, pero podía ser de extrema importancia para Becker que había quedado relegado a segundo término.

Esta prueba final conseguiría hacer salir a Becker de su escondite de hierro, pensó Grady, si bien este juego de palabras no le hacían la menor gracia.

Grady abrió el cajón de su mesa, pero antes, como preparación dijo:

—Recuerde esto, X-88. Charles Becker, que trabajaba en la factoría de robots, no es un asesino. No lo es. Ninguna culpa pende sobre él. Durante nueve años, realizando su trabajo y destrozando solamente aquellos robots cuyo mecanismo era defectuoso, esta idea fue adentrándose en su mente. Sin ninguna razón. Es inocente. Puede regresar y enfrentarse con el mundo sin ningún estigma ni deshonra. Charles Becker, donde sea que esté ahora oculto, no tiene la más mínima razón para no re-gresar. ¿Está claro?

—No entiendo nada de lo que me dice —dijo el hombre robot.

No, pensó Grady, *pero tus oídos oyen mis palabras y tu mente las registra. Tu mente humana. Recordarás.*

Grady dio unos pasos hacia adelante. Llevaba un afilado cuchillo en la mano.

—Los robots no tienen sangre —dijo—. Ellos no tienen sangre. Usted no tiene sangre. ¿Es correcto, X-88?

—No tengo sangre —afirmó Becker, sin pestañear.

—Voy a clavarle este cuchillo.. No saldrá sangre, naturalmente.

—No saldrá sangre.

Estaban de acuerdo. Todo estaba a punto. La sangre brotaría. X-88 lo vería, la sentiría, incapaz de explicar el motivo de aquel fenómeno. Incapaz de explicar aquella vulnerabilidad suya. X-88 desaparecería; Charles Becker aparecería de nuevo, sangrando.

Además, tenía un significado mayor. Algo que le permitía a Grady poner toda su confianza en ello fuertemente. El hombre nacía de la mujer, con sangre. En aquel chorro de sangre, Charles Becker nacería de nuevo. Una fuerte y fundamental asociación de memoria vibra en cada una de las fibras de todo hombre desde el momento de su nacimiento.

Grady levantó lentamente el cuchillo. Se detuvo un momento. Apuntó con el cuchillo a Becker, quien permanecía estólido, esperando. Debía hacerle una herida profunda, casi fatal, que hiciera brotar mucha sangre. Una arteria. No debía hacer las cosas a medias. Para un doctor como él sería fácil arreglarlo más tarde.

Grady hizo uso de toda la fuerza de su musculado brazo. Grady retiró el cuchillo después de ha-berlo clavado por tercera vez en tres partes distintas del cuerpo. Grady miraba fijamente el cuchillo.

Grady se dirigió lentamente a su mesa. Trazó otra raya sobre la última prueba. Dejó caer el lápiz. Pensó, de antemano, en el informe que debería redactar para presentar a sus compañeros psiquiatras, sacudiéndoles. Sacudiendo todas sus sonrisas pacíficas en sus rostros serenos.

Cómo podía la carne y la piel convertirse en hierro. Hierro biológico, tan fuerte como el acero. Más fuerte que el acero. Dejó caer el cuchillo con su deslumbrante punta y hoja retorcida. Brillante. Sin una sola gota de sangre. ¿Inyecciones intravenosas de alimentación? El último camino acababa de quedar cerrado.

El doctor Grady volvió a sonreír, forzadamente, para Lora.

Pero se preguntaba cómo se lo diría.

No que iba a quedar viuda dentro de poco, sino que lo era desde hacía tres días.

FIN